

Mark M.

DIME QUÉ VES



Dime qué ves



Mark M.

Título: *Dime qué ves*

©Mark M.

©Dolce Books

Primera edición: octubre 2017

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.



Índice

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

Capítulo I

Mi amor por la cocina me hacía sentir viva. En cada plato que preparaba, unía sabores, y olores que dejaban una huella en el paladar de cada comensal y los postres enamoraban a cualquiera con tan solo verlos y al probarlos, quedaban extasiados con el sabor de la vainilla.

—Cristina, ven que te quieren felicitar —me decía a cada momento, el anfitrión que había contratado hace poco tiempo para dedicarme de lleno a la cocina.

Mi familia y mi restaurante eran mis amores más cercanos. Después del fracaso en mi matrimonio, me dediqué a ellos por completo. Mis amigos decían que me había casado muy joven, pero yo sabía que ese no había sido el motivo de mi divorcio, solo Agustín y yo sabíamos que habían sido los cuernos que él me puso los que me hicieron tomar la decisión. Pero no me arrepiento, gracias a eso hoy soy la chef reconocida que soy, después de tanto sufrimiento. Pero no todo pasó así de rápido, en mi vida hubo muchos momentos que cambiaron para siempre el ritmo de mi vida. Aquí les dejo mi historia.

Después que me casé con Agustín, traté de consentirlo en todos los sentidos, éramos una pareja muy amorosa, pero después de un año, él había cambiado tanto que hasta dejó de creer en mi talento y aún así, lo seguía amando como aquel primer día que lo vi.

—Mi vida, llegaste temprano hoy. Te preparé un plato que te va a encantar y como las pocas veces que salimos a un restaurante te gusta pedir pasta fresca a los cuatro quesos, quise prepararte una muy especial, con el toque de Cristina —le dije a Agustín emocionada con mi preparación, mientras él apenas estaba abriendo la puerta.

Dejé el vaso que tenía en la mano sobre la mesa y salí corriendo a abrazarlo, pero desde hacía un tiempo, Agustín ya no era el mismo conmigo, a veces sentía que le estorbaba, pero pensaba tanto en que era un hombre tan

trabajador y o justificaba de alguna manera, pero cada vez lo sentía más ausente y todo lo que yo hacía parecía no importarle.

—Sí, está bien, Cristina. Voy a darme un baño y me siento en la mesa para ver si hoy atinas y me gusta tu comida, ya te dije que dejaras los inventos e intentes hacer algo normal —me dijo muy despectivo, como siempre.

Yo optaba por no darle importancia a sus comentarios, aunque era difícil no sentirme afectada y la tristeza se me notaba en la mirada.

Agustín siempre había sido un hombre muy tenaz con sus comentarios, pero de novios era muy especial y los primeros meses del matrimonio también. Pensaba que estaba teniendo algún tipo de problemas en su trabajo y por eso su nivel de estrés hacía que se descargara conmigo, pero en algún momento eso tenía que pasar y así el volvería a ser el hombre que antes era.

Cada día yo confiaba más en mi talento y a pesar de no tenerlo a él para que me alentara a continuar, me sentía como una de esas científicas apasionadas, pero en vez de un laboratorio, mis mezclas las hacía en la cocina.

Después de una hora, porque de paso se hacía esperar, mientras chateaba por su teléfono, Agustín decidió salir de la habitación.

—Ya estoy en la mesa, Cristina. Quiero que me traigas el famoso plato con el que pretendes sorprenderme para ver si al fin me terminas de convencer —me dijo Agustín de manera irónica.

Pero mi forma de ser era tan relajada, quizás por mi juventud no les daba mucha importancia a esos detalles porque todo lo que hacía en la cocina, me ponía muy orgullosa de mí misma, pero hasta ahora mi fan número uno, era yo misma.

Me senté a cenar con mi amado y a veces odiado Agustín, esperando como todos los días agradar a su delicado y refinado paladar, anhelando que en cualquier momento me dijera que sí tenía mucho futuro en la cocina, pero cuando terminamos de comer, sus palabras y críticas muy duras seguían siendo las mismas.

—No fue gran cosa, Cristina. No terminas de ponerle la sazón que debe tener la comida. Tantos años juntos y todavía no me sorprendes, ya deja esos inventos —me dijo mientras se levantaba y se iba a la habitación.

Para mí, Agustín se había convertido en un reto, pero también me estaba alejando de ese amor por el que me había casado con él. Siempre hacía lo mismo, trataba de humillarme con sus palabras, pero al ver su plato en la mesa, me daba cuenta de que realmente le gustaba mi comida porque jamás me daba la oportunidad de guardar algún residuo ni para los perros de la calle. Lo que no podía comprender era la manera en que él disfrutaba diciéndome al hacerme sentir mal.

A pesar de crear mis propias recetas de platos exóticos y postres, siempre me guiaba por alguna base. Mi guía principal era uno de los chefs más importantes del mundo, quien se había convertido en mi gran inspiración, el gran César Acosta. Antes de dormir, tenía el ritual de hojear algunos de sus libros para despertar con alguna idea para desarrollarla al día siguiente en la cocina.

Como me había salido todo mal con Agustín, decidí tratar de darle un momento especial en la cama y esa misma noche, cuando me fui a la habitación, Agustín fingió que dormía y llegué a darme cuenta porque tenía su móvil con la luz encendida debajo de las sábanas. Intenté de meterme debajo para acariciarlo y animarlo con besos en su espalda, pero ni tan solo se volteó a mirarme. Ya casi ni me tocaba, pero yo seguía a su lado, esperando que sus problemas de trabajo pasaran y todo por mantener mi matrimonio a salvo.

—Hasta mañana mi vida, sé que estas despierto. Sueña conmigo, te amo —le dije mientras le daba un beso por encima de la sábana.

Ese “*hasta mañana mi vida, sé que estas despierto*” se había convertido un himno antes de dormir, en un mantra que pronunciaba y quedaba en mi mente todas las noches, eran las palabras con las que me despedía de él, pero dentro de todo, me daba risa verlo comportarse como un niño que jugaba a las escondidas. Inmediatamente me quedaba dormida y al despertar, ya Agustín se había marchado a su oficina, sigilosamente como si no quisiera que lo viera despertar.

Trataba de desahogarme con mi familia, pero cada vez que le comentaba a mi madre por lo que estaba pasando con Agustín, ella me decía que así eran los hombres, por eso no le daba mucha importancia y tenía mucha paciencia con él, esa fue siempre la excusa que me daba y aguantaba todo en silencio

porque así debía ser, aunque siempre había imaginado la vida de casados de otra manera.

Cuando me quedaba sola, aprovechaba la mañana para escribir en mi diario cada nueva receta que llegaba a mi mente y comprobaba que funcionaba muy bien y con ello iba alimentando mi blog de cocina que manejaba desde hace poco en la web a escondidas de Agustín. Los lectores fueron creciendo poco a poco y gracias a ellos yo cada vez me inspiraba más en la cocina y con cada uno de sus excelentes comentarios de que tenía mucho futuro como chef, se me olvidaban las torturas psicológicas de Agustín. Tanto, que me tomé en serio la idea de prepararme académicamente, pero debía hacerlo a escondidas de mi esposo porque para él, yo no necesitaba estudiar ni trabajar con el dinero que él tenía y el que tenían mis padres.

La amargura de Agustín se acrecentaba a diario y aun más al ver que yo nunca le demostraba que me afectaba, siempre lo recibía con una sonrisa, aunque por dentro estaba hecha pedazos. Aun sí, yo continuaba preparando mis deliciosas comidas y postres para tratar de satisfacerlo, ya no me importaba que no me halagara, me sentía tan atrapada con cada tema de mis clases a distancia, todo o que aprendía ahí me llenaba de mucho entusiasmo para complementar mis conocimientos gastronómicos. Estaba aprendiendo técnicas que no conocía, ni en los libros de mi gran maestro César aparecían en detalles, claro, sería como dar el secreto de su éxito en la cocina.

Así transcurrieron algunos meses y me sentía con esa necesidad de compartir mi emoción con mi esposo, ya era necesario decirle la verdad a Agustín porque se acercaba la fecha de mi graduación y tenía que recibir la certificación en persona, para mí era muy importante que él estuviera conmigo, así que había decidido salir de esa situación y me fui hasta su oficina para darle la sorpresa.

Me vestí muy bonita para que todos en la empresa me pudieran admirar, aunque a Agustín no le gustaba que yo saliera de la casa, decidí tomar mi coche y manejar hasta allá.

—¡Buenas días, Ana! —le dije a la secretaria, quien se sorprendió al verme e inmediatamente se levantó muy exaltada para decirme que no podía pasar.

—¡No puede pasar, señora Cristina! —me gritó como si estuviera nerviosa.

Su actitud me pareció muy extraña, como si estuviera ocultando algo.

Me regresé a su puesto para preguntarle por qué no podía entrar a la oficina de mi esposo, pensando que quizás él se encontraba en alguna reunión.

—Pero, soy su esposa, Ana. No te preocupes que no vas a tener problemas — le dije mientras guiñaba un ojo, haciéndole ver que yo estaba a cargo de la situación.

Como no me dio ninguna respuesta ni me hizo ver que estaba ocupado con un cliente, me fui caminando de lo más sonriente y cuando abrí la puerta, Agustín estaba muy ocupado, pero con una rubia encima de él. Sus manos estaban rodeando la cintura de esa mujer, mientras se besaban muy apasionadamente. Mi mirada estaba ida, vacía. Me quedé en silencio, parada en la puerta y ellos estaban tan concentrados en la escena que ni cuenta se dieron que yo había entrado por estar tan concentrados en lo suyo. Coloqué mi bolso sobre el sillón y me senté con sumo cuidado a ver, como si estuviera ante la gran pantalla viendo una película, pero de terror para mí. Fue una actitud masoquista de mi parte, pero no había nada de morbo en conocer de cerca una realidad.

—Hazme el amor, como ayer, mi Agus... —le decía la mujer a mi flamante esposo.

—Pídeme lo que quieras, Priscila —le respondía Agustín, con un tono de voz muy complaciente, estaba muy deslumbrado por la forma como ella lo seducía y él estaba rendido a sus pies por la forma como le hablaba.

No sé cuánto tiempo iba a aguantar estar ahí, por más que quise hacerme la fuerte no podía, pero gracias a que mi bolso cayó al suelo, ellos voltearon a mirar qué se había caído y ahí estaba yo, mirando, escuchando y llorando. En ese momento, ella se levantó y mientras se cerraba los botones de la camisa, miraba a Agustín que estaba pasmado del susto cuando notó mi presencia.

Ella, muy indignada, como si se tratara de la señora que se ha sentido ofendida al verme, le reclama a Agustín preguntando:

—¿Qué está pasando, Agustín? ¿Quién es esta mujer y por qué esta ahí sentada mirándonos? —le preguntó, dejando salir su molestia al ver que había violado su privacidad.

Agustín se levantó y por los nervios, las manos le temblaban y no podía ni arreglarse la corbata ni la camisa, estaba literalmente en estado de shock. Apartó hacia un lado a Priscila, supe su nombre porque así la había llamado y luego se acercó al sillón donde yo estaba sentada.

—¿Desde cuándo estás ahí sentada, Cristina? No es lo que tú crees mi vida —me decía mientras Priscila continuaba gritándole y preguntando qué quién era yo.

Agustín ni la escuchaba, eso aumentaba su ira y sus gritos podían oírse más allá de la oficina. Al ver que yo no respondía, se arrodilló ante mí, pero yo estaba con mi vista nublada ya casi no podía ver por las lágrimas. Me levanté del sillón y tomé mi bolso, dejándolo ahí en el piso. Cuando estaba parada frente a la puerta, los miré con mucha indignación y directamente a ella le dije:

—Yo, soy la mujer que se casó con Agustín, pero no te preocupes, a partir de hoy ese hombre queda libre y lo tendrás completamente para ti —le dije mientras salía de la oficina.

Agustín salió enseguida y gritaba con desesperación para que no me fuera, pero yo no podía parar de llorar. Seguí caminando ennegrecida por todo el pasillo y los empleados estaban todos fuera de sus puestos viendo y murmurando sobre el tremendo espectáculo. Ana, trató de alcanzarme para saber si estaba bien, pero por no ser grosera le pedí que se alejara y me fui llorando hasta llegar al coche. Me sentía tan triste que no lograba sacar las llaves del bolso, las manos me temblaban, era tanta mi impotencia que tuve que salir de ahí y buscar un taxi que me llevara a mí casa.

En el camino, tomé el móvil para llamar a mi madre, pero no quise preocuparla, pensé que lo mejor era resolver sola y ya después que la familia se enterara. Cuando llegué a la casa, me senté a analizar estos dos años de mi vida al lado de Agustín y no encontraba ningún motivo que me haya dado para permanecer a su lado en todo este tiempo. Siempre trataba de excusar su mal humor y sus desaires, pero ya no podía tapar más la realidad de su infidelidad. Tuve en mis manos tantas pruebas de desamor que pude evitar que llegara todo a esta situación de dolor.

Comencé a sentir un gran dolor de cabeza y una presión muy fuerte en los

ojos que parecía que me encontraba en un túnel, donde solo tenía visión de frente porque a los laterales se reflejaba todo muy oscuro. Me recosté en el sofá y cerré los ojos para esperar que el dolor cediera un poco y así logré quedarme dormida y después de una hora, desperté con el mismo dolor.

Me levanté con el malestar y me preparé una taza de café, actuando de lo más normal y me senté frente al computador para revisar mis e—mails. Para mi sorpresa, ya me habían confirmado que la graduación sería en tan sólo pocas semanas y nos estaban fechando un día para una reunión previa al gran evento para dar algunas premiaciones. Me sentía feliz por eso, pero también triste porque iba a ser mi triunfo sobre el desprecio de Agustín. Inmediatamente, me fui a la habitación para tomar un analgésico y me recosté esta vez en la cama.

Al poco tiempo de haberme quedado dormida, pude escuchar la voz de Agustín pronunciando mi nombre, pero cuando abrí los ojos, solo podía ver sombras.

—¡Cristina, mi vida! Sabía que estarías aquí. Por favor, quiero que hablemos sobre lo que viste hace un rato en mi oficina —me dijo mientras se sentaba a un lado de la cama —Priscila, no es lo que piensas, ella solo es un desahogo ante tanto estrés —continuaba dando su explicación y con ella, cada vez lo hundía más en su descaro.

Traté de sentarme en la cama para que Agustín no notara que me estaba sintiendo mal y todo a causa de la escena tan fuerte que había presenciado. Apenas podía abrir los ojos y todavía no lograba tener una imagen nítida. Aun así, me armé de coraje y lo encaré, sentía tanto desprecio por él que aproveché el momento para desahogarme.

—¿Qué me tienes que decir, Agustín? ¿Que el tiempo que no me tocabas por tu estrés de trabajo, llamabas a Priscila porque ella si te preocupaba? —le dije con mucha ira y mi dolor de cabeza seguía aumentando y la presión en la vista se hacía más fuerte, pero aun así continué —¿Quieres saber por qué fui a tu oficina, hoy? —le pregunté bastante conmovida, ya sin poder aguantar las ganas de llorar por la impotencia.

Agustín se quedó totalmente en silencio, esperando que yo le diera mis razones para no creerle, pero, se notaba que había algo más que le estaba

afectando. Al ver que no me respondía, me levanté y me fui hasta la sala, él me siguió, pero en ese momento me desvanecí por tanto dolor.

—¡Cristina, mi vida! ¿Qué te sucede? —me gritaba desesperado, mientras me sostenía entre sus brazos para que no cayera al piso.

El desmayo fue algo muy fugaz, rápidamente reaccioné y el dolor había pasado. Me había tomado por sorpresa ese dolor, pero me repuse de inmediato.

—¡No me toques, con tus manos llenas de pecado! —le dije con mucho rencor, mientras me sentaba y le insistía en que respondiera a mis preguntas.

Él con su mirada de culpa, pretendía que yo olvidara lo que había visto y con su manipulación de arrepentimiento quería lograr que lo perdonara.

—Dime todo lo que quieras, insúltame, si quieres Cristina. Pero no me pidas que me aleje de ti. Y sí, quiero saber todo lo que me tengas que decir —me dijo mientras se sentaba a mi lado, como interesado en conocer las respuestas a las preguntas que él no había sido capaz de hacerme en su momento.

Era el colmo del descaró, tantas veces que quise sentarme a hablar con mi esposo y siempre tenía una excusa para dejarme sola y bastaba que se sintiera amenazado para convertirse de la noche a la mañana en una persona nueva.

—Fui a tu oficina, Agustín, porque yo también tengo un secreto muy grande que contarte, pero el mío no se trata de una infidelidad —le dije con lágrimas en los ojos.

Me puso la mano sobre la pierna y lo rechacé una vez más.

—¿Un secreto? ¿De qué se trata? ¿Estás enferma, mi vida? —me dijo mientras trataba de abrazarme, pero se retractó al recordar que le había pedido que no me tocara.

—No, no estoy enferma y no soy tu vida, nunca lo fui o al menos fue lo que siempre me demostraste. Ahora que recuerdo, no era nada importante para ti y al final esa noticia no te iba a alegrar nunca —le dije mientras me fui a la cocina.

Ya no tenía sentido que se enterara sobre mis estudios de gastronomía,

reamente con él ya todo había acabado. Nunca terminamos la conversación sobre Priscila, para mí, lo que había visto era más que suficiente para cambiar definitivamente el rumbo del falso matrimonio que tenía con Agustín.

Regresé con un vaso de agua y él aun seguía sentado, pensativo, ni me molesté por conocer algo más. Agustín se encargó de anularse ante mí, tanto que pasé de largo a mi habitación y cerré la puerta para que él no entrara y así poder dormir tranquila lo que quedaba de la noche. A pesar de su insistencia en que le abriera la puerta, no lo hice le pedí con gritos que me dejara dormir.

En la mañana cuando desperté, pensé que él ya no estaba en la casa, siempre se iba temprano para evitar que yo le preparara los desayunos que según él, me quedaban muy mal, como todo lo que yo le hacía con mucho cariño, pero, ahí estaba en la mesa y con el ya desayuno preparado.

Me parecía una burla lo que estaba ante mis ojos. Agustín se veía como todo un amo de casas, era tan extraño verlo con un delantal como si fuera un chef, a pesar de que nunca le gustó mi comida, tampoco se había preocupado por meterse en la cocina y demostrarme cómo realmente le gustaban las cosas, pero como se estaba viendo con la soga en el cuello, pretendía sorprenderme con una imitación de familia feliz, pero la sorpresa de su vida se la iba a dar él al conocer que no había vuelta atrás.

No había podido dormir en toda la noche, no por pensar en la decisión que debía tomar, porque no tenía dudas, pero me debatía en lo que me esperaba detrás de esa decisión. Dejé de sentirme tan vulnerable, con la autoestima tan baja por un hombre, que hasta el carácter me había cambiado en tan solo horas. Me sentí con fuerzas para hablar con propiedad sin temer a que los comentarios de Agustín me hicieran algún daño.

—Escúchame bien Agustín, quiero que hoy mismo te vayas de la casa e iniciemos inmediatamente los trámites para el divorcio —le dije con mucha firmeza y mirándolo a la cara para que se diera cuenta que no tenía miedo.

Él pensaba que le pedía eso porque solo estaba molesta y que en cualquier momento lo iba a olvidar como había sucedido con todos sus desplantes, pero esta vez ya no era la tonta que callaba, tenía mi verdad en la mano y era el momento de reaccionar.

—No te apresures con las decisiones, mi vida. Ven y siéntate a comer

conmigo, mira que te preparé un delicioso desayuno —me iba diciendo mientras me tomaba de la mano para acercarme a la mesa.

Me provocaba coger su mano y hacer que él mismo se abofeteara por mal hombre, me imaginaba dándole una golpiza, pero solo en mi imaginación era capaz de hacerlo, pero en la realidad podía defender bien con las palabras.

—Un rico desayuno, como los que nunca te gustaron que te preparara ¿Verdad? —le dije con mucho rencor y desprecio.

—Pero, no lo digas así, Cristina. Si me gusta todo lo que haces, mi vida. Fui un tonto y un necio por no haber apreciado todo lo que hacías por mí, lamento no haberte correspondido al momento, pero a partir de hoy, todo va a ser muy diferente entre nosotros, soy un hombre nuevo, lo prometo, mi vida —me dijo mientras me besaba la mano.

De un solo golpe, me quité su mano, era mucho el asco que sentía con el solo hecho de tenerlo cerca. Me hizo sentir tan poco agraciada, tan poco amada con su desprecio y tan poca mujer. Pero, ya no había más motivos para sentirme así, ahora estaba dispuesta a perseguir mi sueño de ser chef y que todo el mundo conociera lo maravillosa que me hacía sentir la cocina y preparar cada platillo. Me empoderé del hecho de ser mujer, como siempre lo debí haber hecho.

—Te dije que no me volvieras a tocar y ahórrate tus promesas para Priscila o para cualquier otra amante de turno. Voy a salir y quiero que, al llegar, hayas sacado toda tu ropa de mi closet y de mi casa —le dije, para que se diera cuenta que estaba hablando muy en serio y que no se trataba de una decisión momentánea.

Me fui hasta el baño y me miré en el espejo, no aguanté las ganas de llorar, a pesar de la coraza que estaba aparentando por dentro me sentía rota. No podía creer que yo le había hablado de esa manera a Agustín, en todos estos años solo le había demostrado respeto y admiración. Siempre había sido la mujer sumisa que a todo le decía que sí y la que aceptaba todas las humillaciones que Agustín me hacía con cada uno de sus desprecios.

A pesar de que le había dicho que iba a salir, no tenía a donde ir. Hasta ahora no pretendía involucrar a mis padres y nunca me había preocupado por sostener alguna amistad que no sea por vía de las redes sociales, era la única

comunicación que tenía con algunas amigas de la infancia, porque a Agustín no le gustaba que confiara en las demás personas, claro, a él siempre le gustaba que me mantuviera encerrada en la casa para no tener descubrir todas las cochinadas que me hacía a mis espaldas. Aun así, salí de la casa y tomé un taxi hasta la empresa de Agustín, pero solo al sótano para sacar mi coche del estacionamiento, que por los nervios de ayer no me lo había podido traer.

Buscando algún tipo de distracción, me fui hasta un café, para dar tiempo que Agustín se fuera de la casa y cuando ya estaba en la mesa, llegó a mi móvil un e—mail de la academia de gastronomía donde notificaban a todos los graduados que ya tenían fecha para la reunión importante donde se iba a discutir los puntos de la graduación y las premiaciones de los bocadillos que debíamos presentar. Me iba a sentir un poco extraña, tenía mucho tiempo sin compartir con otras personas que no fueran de mi familia o la de Agustín, desde hacía años que no socializaba fuera de otro grupo.

No pude evitar emocionarme un poco e inmediatamente envié la respuesta para confirmar mi asistencia, sentía como un susto, tan solo eran nervios, pero necesitaba arriesgarme para que mi cambio una realidad.

Después de tomarme el café, dejé el coche estacionado y me fui caminando hasta una de las famosas tiendas que aparecían en los comerciales de televisión. Me quedé asombrada con tanta ropa bonita, me miré de arriba hacia abajo y sentí vergüenza por la ropa tan avejentada que estaba vistiendo y no porque estar rasgada o dañada de alguna manera, solo que Agustín siempre me elegía cada prenda de temporadas pasadas porque él decía que la moda para mí no tenía que ser importante, que solo me tenía que preocupar por estar en casa y tenerle su ropa lista y bueno, la comida también, solo que a él no le gustaba.

Me puse a recorrer la tienda, hasta que una de las vendedoras se me acercó para preguntarme si necesitaba alguna asesoría. Obviamente, me sonreí y le hice ver al mostrarle mi atuendo, que me urgía su ayuda para comprar ropa bastante actualizada, por no decir a la moda. Amablemente me guió por toda la tienda y me ayudó a elegir algunas prendas que consideró que me quedarían bien por mi color de piel, de ojos, mi estatura y mi delgada figura. A pesar de que leía mucho por la web, no sabía que para vestir bien había que tomar en cuenta cada uno de esos detalles.

Capítulo II

Me probé cada combinación y mientras me miraba frente al espejo, me sorprendía todo lo que podía cambiar con tan solo el vestir bien y que realmente era la mujer hermosa que estaba halagando esa señora.

Pantalones ajustados, faldas, vestidos y camisas hermosas, pero para completar, me trajo varios pares de calzados que no pude resistirme a comprarlo. Fue como cubrir esa carencia física que tenía y de algún modo olvidar la tristeza. En ese momento comprobé lo que decían de todas las mujeres, que, al estar estresadas, lo mejor era salir de compras.

Fui a buscar el coche para guardar todo en el maletero, la única compra similar que recordaba había sido antes de casarme con Agustín, el tiempo me estaba pasando y yo solo veía a través de los ojos de él. Estuve tan equivocada que lo único que buscaba era mi libertad. Me propuse convertirme en esa mujer con la que soñé ser desde que tan solo era una niña.

No quería volver a la casa, me puse a dar vueltas en el coche para dar tiempo a que Agustín saliera definitivamente de la casa. Así había llegado a las seis de la tarde hasta que me fui, pensando que ya era un hecho, pero cuando llegué, ahí estaba él, en el sofá, sentado como si me estuviera esperando que regresara alguien que salió molesta y que con tan solo una vuelta se le iba a olvidar todo, pero tenía que demostrarle que estaba muy equivocado.

—¿Qué haces aquí, Agustín? Pensé que al regresar ya no te encontraría. Mañana llamo a uno de los abogados de la familia para que comiencen los trámites del divorcio. Quiero quitarme el nexo contigo de inmediato —le dije con mucha severidad.

El hombre se había sentido vulnerado y pretendió hacerme ver que me iba a arrepentir.

—No te preocupes, no hace falta que me menosprecies, ya me iba, quise dar tiempo a que regresaras para ver si cambiabas de parecer, pero veo que mantienes la misma actitud que cuando te fuiste —me dijo con su cara de

niño castigado —Sé que te hice mucho daño y si la vida me da la oportunidad, pero he cambiado y te vas a arrepentir por sacarme de tu vida de esta manera —me dijo muy resentido.

Se levantó del sofá y tomó una fotografía donde aparecíamos los dos, recién casados y felices. Supuse que se la estaba llevando para recordarse que en algún momento se había enamorado de mí y eso fue lo que me dio a entender al ponerse a llorar mientras la miraba. Lo dejé ir y me mantuve firme, sin botar ni una sola lágrima, solo podía pensar en la nueva vida que me había propuesto llevar, la que realmente merecía como cualquier mujer.

Me fui a la cocina, mi lugar sagrado y me puse a experimentar, como siempre lo hacía, pero esa vez fue con más pasión y sin el temor de que Agustín me fuera a decir que no tenía sazón o cualquier otra crítica que en ocasiones me hacían dudar de mi don especial. Ahí, ponía en práctica los aprendizajes de cada clase y los combinaba con los que llegaban a mi imaginación y surgía como por arte de magia, una explosión de sabores que me dejaba extasiada de puro gusto.

Al día siguiente, me levanté bastante nostálgica, era indudable que me afectaba que Agustín no estuviera en mi vida, no podía hacer como si nada hubiera pasado. A pesar de lo patán que era conmigo, ya estaba acostumbrada a sentir su presencia en la casa, pero dejé pasar rápidamente esos pensamientos y me levanté con ánimos de preparar un delicioso desayuno. Comencé por consentirme como nunca, preparé mis tostadas preferidas y me fui a continuar con mi cambio físico radical.

Llegué al salón de belleza, pretendiendo salir de ahí hasta con un nuevo color de cabello, pero la estilista se enamoró de cada una de mis hebras y me bautizó como la chica de cabellos de oro, hasta me dio un corte que me hizo lucir renovada. Ya estaba preparada con todo mi nuevo aspecto físico, solo quedaba poner de mi parte para comenzar a socializar y a emprender mi nueva carrera.

Me sentía hermosa, como desde hace mucho no lo hacía, ya ni podía recordar cuándo había sido esa última vez que Agustín me lo había dicho, pero cada vez que algo que me afectaba mentalmente, me detenía a respirar y simplemente lo dejaba pasar. Ya se había convertido en un ritual que me mantenía alejada y libre de mi propia mente.

Llegué a mi casa y me senté frente al computador para tratar de entretenerme, pero no pude concentrarme, la casa era tan grande que por donde volteara a mirar, solo podía observar mucha soledad. Me fui a mi lugar favorito y traté de experimentar, era lo único que me salía bien, pero esa vez no cociné, quería aprender a distinguir los aromas sin mirar, como lo hacía mi gran maestro, el chef César.

Tomé todas las especias que estaban en la gaveta de mi alacena y realmente eran muchas, coloqué sus nombres hacía abajo para no poder hacerme trampa a mí misma y busqué un lápiz y papel. Me coloqué una venda en los ojos y comencé a usar mi sentido del olfato, como si fuera un sabueso en una búsqueda especial.

Cada día que pasaba, yo trataba de tomar unos minutos del día y hacer el mismo ejercicio con cada una de las especias hasta que después fui jugando con otros elementos. Había llegado el momento en que atinaba en cada selección, casi al punto de sentirme preparada para aderezar con los ojos cerrados y así poder ganar cualquier record en la historia, pero ya eso era salirme de la realidad. Con esos ejercicios, solía pasar horas en la cocina hasta que logré agudizar mi agudeza olfativa y terminar agotada.

El día anterior a la reunión, necesitaba preparar algo para la evaluación final, así que preparé unos pastelillos salados, pero con un toque de vainilla, fue lo primero que me vino a la mente y quedó muy bien. Sabía que iba a causar impacto entre los demás compañeros por la atípica combinación por eso decidí arriesgarme.

En la mañana cuando desperté, miré el reloj y tan solo me quedaban dos horas para arreglarme e irme a la reunión en la academia de gastronomía. Me había quedado dormida de tanto pensar qué ropa iba a vestir, pero me fue fácil elegir un atuendo relajado y que representara todo lo que soy como mujer.

Me fui a la cocina, y guardé en una hermosa caja, algunos de los pastelillos que había preparado y me fui hasta el coche. Apenas llegué, me miré en el espejo del coche para arreglarme el cabello y colocarme un poco de brillo en los labios.

Me bajé muy nerviosa, porque era la primera vez que alguien que no fuera

Agustín iba a probar algo de lo que yo preparaba y quizás me iba a quedar esperando ese comentario malintencionado diciendo que no tengo ninguna sazón para la cocina o era el momento para saber si era verdad. Pero volví a respirar y dejé pasar nuevamente esos pensamientos.

La academia era un lugar muy bonito, con solo estar en la recepción ya podía percibir lo diferentes aromas que venían de las diferentes cocinas que imaginaba había en el lugar por la descripción que daban en su portal de internet. Inmediatamente me recibieron y me acompañaron al gran salón donde iba a celebrarse la reunión de nosotros los graduandos. Mientras subía los escalones, me dio un ligero mareo y comencé a sentir un pequeño dolor de cabeza que logró nublar mi vista por unos segundos y volví a quedar con la visión borrosa y como si estuviera dentro de un túnel, aun así, continúe subiendo como si nada pasara hasta llegar al salón.

—¡Buenos días a todos! —les dije mientras colocaba los pastelillos en una gran mesa que habían dispuesto para degustar todos los preparados que cada alumno había llevado.

Con mucho cuidado, me senté en una de las sillas que estaban más cerca de los exponentes, para no perder ningún detalle, pero el dolor de cabeza comenzaba a empeorar. Unos minutos después, sentí que a mi lado se sentó alguien y pude percibir su perfume porque a mis laterales son veía muy oscuro. Me coloqué la mano en la cabeza y cerré los ojos, como para tratar de aliviarme un poco por la luz que me estaba saturando. Al parecer, el hombre había notado que me estaba sintiendo mal y amablemente me preguntó:

—Oye disculpa, llevo unos minutos aquí y te veo como si te sucediera algo, ¿Te estás sintiendo mal, puedo ayudarte en algo? —me preguntó mientras me colocaba la mano en el hombro.

Yo abrí los ojos y giré mi cabeza para poder mirar quien me estaba hablando y cuando quedé frente a frente, pude darme cuenta que mis sentidos estaban muy bien desarrollados y que de alguna manera los estaba agudizando porque al sentir que se había sentado a mi lado y el aroma de su perfume me dejaban claro que se trataba de un hombre, que por cierto se veía muy seguro de sí mismo y su voz lo hacía muy interesante además de ser muy guapo, pero me había quedado corta ante lo que mis ojos estaban viendo.

Estaba ante un hombre muy elegante, su cabello negro y ojos verdes lo hacían ver más encantador de lo que aparentaba y lo que le hacía ver más atractivo era su cordialidad, me pareció muy amable el gesto de preocuparse por una extraña como yo, inmediatamente le respondí con una sonrisa y traté de disimular un poco mi impresión.

—Hola, gracias por preguntar. Sí, un poco, solo es un dolor de cabeza, pero ya va a pasar. Últimamente me está sucediendo muy continuo —le sonreí, esperando ver si me respondía como para darme cuenta de que le interesaba la conversación.

Me sentía a gusto con su compañía, luego se integraron dos compañeras más y él y yo habíamos abandonado el tema. Cuando nos dimos cuenta, habíamos armado un grupo donde solo intercambiábamos prácticas de cocina. En su mayoría todos tenían experiencia de haber trabajado en restaurantes, menos yo, pero yo llevaba más tiempo experimentando en la cocina que ellos. Cuando ya estábamos poniendo muy cómodos, al punto de presentarnos, el director de la academia pidió un poco de atención para iniciar la reunión.

Rápidamente nos incorporamos a la escena y prestamos mucha atención. El dolor de cabeza me había pasado y también la oscuridad que veía a mis laterales, por lo que me pude dar cuenta que el joven de ojos verdes seguía sentado a mi lado. Al iniciar, anunciaron a la directora de eventos, y nos organizó de tal manera para que todos nos conociéramos y así hicimos, fue un momento maravilloso para mí porque después de mucho tiempo, pude socializar con un numeroso grupo y lo mejor para mí, era que esas personas compartían la misma pasión que yo, la cocina.

Todos nos levantamos y después de decir nuestros nombres, hablamos un poco de nuestras habilidades. Marcelo, era su nombre, fue uno de los poco que pude grabar en mi mente. Después de unas horas donde nos informaba sobre la fecha y lugar de acto de entrega de certificados, nos hicieron pasar a la mesa de degustaciones. Me puse muy nerviosa al saber que iban a calificar mi preparación. En ese momento, recordé a Agustín, pero solo cuando me decía, después de probar mi comida, que no tenía ningún tipo de sazón por eso sentí un poco de temor al escuchar los demás comentarios.

La dinámica era que cada participante del curso debía comer y darle alguna puntuación a cada plato, de acuerdo con una escala de aprobación. Para mí

era una situación difícil porque cada platillo era mejor que otro, aun así, fue un momento impresionante para mí el poder apreciar cada condimento que hacía particular y definía a cada compañero de curso. En cada uno, se podía ver la emoción y el gusto al comer cada bocado.

Por la cantidad de participantes, el momento se hizo bastante largo pero muy organizado. Marcelo se acercó a mí, justo en el momento en el que estaba escribiendo mi última votación.

—¿Cómo le fue a tu paladar en la decisión del mejor platillo? —me preguntó Marcelo, mientras sostenía en su mano uno de los pastelillos que yo había preparado.

Me puse nerviosa, no quise mirar su expresión en el rostro al darle cada mordida, aunque ya estaba acostumbrada a las críticas de Agustín, en este caso era diferente porque la evaluación era de muchas personas.

—Cada uno era mejor que el otro —le respondí con mucha risa sin poder evitar que notara lo nerviosa que me había puesto.

—Me pasa igual, aunque con este último, me confundí un poco y puede cambiar mi decisión, —me dijo con mucha atención.

Los dos sonreímos, él sin pensar que se estaba comiendo mi preparación, iba emitiendo un juicio delante de mí y no me atrevía a preguntar si era positivo o negativo, pero me moría de curiosidad por saber. Cuando me iba a sentar, Marcelo me pidió que esperara un momento y me detuve.

—Cristina, espérame para sentarnos juntos. Ya casi termino —me dijo mientras le daba el último bocado a mi pastelillo y apuntaba la calificación que debía colocar en la caja de votación.

Me quedé mirándolo con mucha impaciencia y pude notar que se tomaba su tiempo para escribir la puntuación, hasta que acelerando sus pasos se acercó a mí y nos fuimos a sentar porque ya estaban haciendo el llamado al orden, para poder apreciar las votaciones.

—Gracias por esperarme, Cristina. Me agradó mucho conocerte, por cierto ¿Cómo va tu dolor de cabeza? —me preguntó mientras me colocaba la mano muy delicadamente sobre mi cabeza.

Había un acercamiento muy rápido entre nosotros, pero también podía notar que con las demás compañeras era igual de especial en su trato y eso me parecía muy agradable, pero justo en ese momento llegó a mí el recuerdo de Agustín. Él pudo haberme apoyado en mi sueño, pero tenía cosas más importantes que hacer, como, por ejemplo, Priscila. Parecía una tonta trayendo a mi mente los malos recuerdos.

Miré con delicadeza a Marcelo, como si le estuviera agradeciendo el gesto.

—Gracias por preguntar, Marcelo. Mi dolor de cabeza se disipó a penas comenzamos a hablar de lo que nos apasiona a todos los presentes, el tema de la cocina. Para mí, cocinar es como un bálsamo milagroso —le dije mientras sonreía muy apenada.

Cuando ya nos íbamos a poner cómodos para seguir conversando, hicieron el segundo llamado para que nos sentáramos todos y los dos nos reímos. Yo estaba que moría con los nervios que me tenían muy impaciente por conocer los resultados.

La directora de eventos retomó la palabra y dio inicio a la premiación.

—Es momento de anunciar las tres primeras posiciones, pero ante todo, quiero felicitarlos y que sepan que fue muy difícil la elección y agradecemos a todos por su empeño, fueron muy buenos platillos, felicidades nuevamente a todos —dijo la directora de eventos al mismo tiempo que comenzaba a aplaudir y todos le seguíamos con las palmas —Voy a llamar sin ningún orden en específico a los ganadores: Ana, Guillermo y Cristina —fueron los tres nombres que mencionó.

A mí me dio por aplaudir, no podía controlar mi emoción al estar presente en mi propio evento. Los ganadores se fueron levantando de sus sillas y todos los homenajeábamos con nuestros aplausos, hasta que Marcelo me dijo:

—¡Cristina, solo faltas tú! —y me hizo señas con su mano para que me levantara.

Yo no había caído en cuenta de que esa Cristina que habían mencionado era yo. Sentí mucha confusión, hasta que la directora volvió a pedir que me levantara y reaccioné. No cabía en mi asombro y los ojos se me nublaron, pero esta vez por las lágrimas llenas emoción. Marcelo me miraba y sonreía

como para que me diera cuenta de que era real ese momento. Parecía una niña, pero toda esa emoción era muy nueva para mí, sabía que debía disfrutar el instante y que aún faltaban las premiaciones, hasta que nuevamente pidieron un poco de silencio.

Mientras los tres mencionados estábamos frente a todo el grupo, la directora hacía mención al orden de los ganadores:

—En tercer lugar, está Guillermo, en segundo lugar, Ana y el platillo ganador de los sesenta y tres que fueron presentados el día de hoy es para Cristina. Démosles un fuerte aplauso a todos —dijo la directora de eventos al mismo tiempo que se acercaba a nosotros para entregarnos un pequeño trofeo en honor a la premiación.

Por mi mente pasaba un collage de recuerdos inevitables, en los que podía ver las humillaciones por todo lo que cocinaba, demasiado había hecho con no caer en depresión por todo lo que me decía Agustín de mi comida, hubiera dado todo porque él estuviera aquí para dejarle saber que si sabía cocinar muy bien.

Yo estaba ahí, delante de todos mis compañeros y recibiendo mi primer premio de muchos que sabía que podía obtener, pensé y me llené de regocijo y orgullo. Ahora sí estaba dispuesta a cumplir mis sueños y preparar al mundo para que conozca desde hoy mi sazón, esa que Agustín trataba muchas veces de opacar.

Después de las premiaciones, todos se acercaron a felicitarnos, pero Marcelo me abrazó de una manera muy efusiva y me comentaba que, al probar ese pastelillo, se había dado cuenta que solo había lo podido hacer un ángel con sus manos.

—Tienes que patentar esa receta, Cristina. Estaba realmente delicioso. Me encantaría probar cada uno de tus platillos, ya veo que le pones mucho corazón. Tu esposo debe estar muy complacido contigo —me dijo al mirar mi anillo de casada en el dedo.

Sentí un poco de vergüenza, no entendía porque me había dejado el anillo, pero tampoco podía entender por qué estaba sintiendo algo de pena que Marcelo lo haya notado y no sé por qué motivo, traté de dar una explicación.

—¿Lo dices por el anillo? Me estoy separando, ni cuenta me había dado que aun lo tengo puesto —y me eché a reír con delicadeza, pero no dejaba de ser por los nervios.

Marcelo me miró y se notaba que la noticia le había dado cierta emoción, porque no pudo evitar sonreír y a mí no me desagradó. Estaba sucediendo algo entre nosotros que nació desde el mismo instante en el que nuestras miradas se cruzaron, era ese algo especial que desde hacía mucho que no sentía. Mi renovación se había dado en todos los sentidos, hasta en mis sentimientos había algo nuevo que estaba renaciendo. Apenas terminó el evento, nos pusimos de acuerdo para el día en que nos iban a entregar formalmente el título de chef. Todos nos despedimos como si estuviéramos en una gran hermandad.

Mientras había la algarabía con el final del evento, tomé mi trofeo y me fui caminando hasta el estacionamiento y mientras buscaba las llaves en mi bolso, sentí una mano sobre mi hombro que me tomó por sorpresa.

—¿Pensabas irte sin despedirte de mí? —me dijo Marcelo, mientras hacía un gesto de tristeza que me hacía pensar que estaba interesado en mí.

Me causó mucha gracia, parecía un niño que le pedía a alguien que por favor no se fuera, sus ojos parpadeaban muy rápido, lo que hacía más graciosa la escena.

—Vi que estaban todos hablando y decidí irme, Marcelo, pero gracias por venir a despedirme —le dije mientras sonreía.

—Estábamos haciendo una lista con los números móviles de todos y nos falta el tuyo. Así que no te puedes negar a dármelo —me dijo con mucha picardía, tanto fue así como podía pensar que me estaba coqueteando.

Me sentía cómoda al lado de Marcelo, me sacaba en todo momento una gran sonrisa que me hacía olvidar los malos momentos que había vivido con Agustín. No sabía que existían hombres tan divertidos y que me estaba perdiendo de la alegría de compartir tan buenos momentos con personas con los mismos sueños que los míos.

—Con mucho gusto, Marcelo. Ven para anotar lo —le dije mientras le quitaba la hoja y la pluma para anotar lo que me pedía.

Cuando le entregué la hoja, Marcelo tomó una actitud aun más cercana, al paso de llegar a incomodarme un poco. Ya se estaba tornando incómodo el hecho que en vez de manos parecía tener tentáculos, como si fuera un pulpo, me tocaba mucho para hablar y eso no me gustaba. En el evento también pude notar que era su manera de conversar con las mujeres, pero a mí, me parecía irrespetuoso de su parte.

—Discúlpame, Marcelo. No estoy acostumbrada a que me toquen tanto al hablar, es incómodo —le dije para que mantuviera un poco la distancia.

Pensé que mi comentario le iba a molestar, pero al contrario de eso, Marcelo se comportó como un caballero.

—Perdóname, preciosa. No fue mi intención ofenderte, a veces no me doy cuenta y me paso de la raya, pero es bueno encontrar a mujeres como tú, que saben hablar bonito —me dijo mientras me tomaba la mano y le daba un beso muy cariñoso.

Acepté las disculpas de Marcelo, pero él cada vez volvía a hacerlo y luego pedía disculpas por haberlo olvidado, parecía que de pronto perdía la memoria y en cuestión de segundos la recuperaba, eso me hacía pensar que estaba ante un hombre bastante extraño o la extraña era yo.



Capítulo III

No sé cuánto tiempo pasó mientras Marcelo y yo estuvimos conversando en el estacionamiento. Me sentía confundida porque me había parecido un hombre muy atento, totalmente diferente a lo que estaba demostrando en ese momento. Ya la incomodidad me estaba llevando al punto de querer irme a mi casa, pero no encontraba la manera de zafarme de él.

—Marcelo, tengo que irme. Ya me siento agotada y me está regresando el dolor de cabeza —le dije, pero no le mentía, ese dolor quería regresar y prefería estar en casa.

—Bueno, te voy a dejar ir solo por eso, pero ten en cuenta que te voy a estar llamando y que nos vamos a ver pronto —me dijo mientras me abrazaba muy fuerte y me dejó la mejilla casi bastante colorada por el beso que me dio.

Puse mi mejor sonrisa fingida y me subí rápidamente al coche y arranqué. Si hubiese podido salir corriendo de ese lugar lo hubiera hecho, pero necesitaba sacar mi coche. Mientras iba rodando, Marcelo me tocaba el vidrio para que me detuviera. Lo hice, y cuando bajé el vidrio, me hizo un comentario que una vez más estaba fuera de lo normal.

—Vas a pensar en mí, tanto como yo en ti —me dijo mientras me lanzaba un beso en el aire.

Inmediatamente subí el vidrio y ni volteé a mirarlo, arranqué el coche y cuando salí del instituto, me detuve para tomar un analgésico. Apenas estaba revisando el bolso y ya mi móvil estaba sonando con una llamada de Marcelo. Pensé en que después de haber sido una bonita experiencia el haberlo conocido, ya se estaba convirtiendo en una incómoda situación. No quise responder a la llamada, solo tomé el analgésico y me fui directo a la casa. Cuando entré, casi caigo al suelo de un infarto al ver a Agustín sentado en el sofá.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté con mucha ira.

Inmediatamente comenzó el dolor de cabeza y mi visión se nubló hasta que llegué a ver muy oscuro, pero traté de sostenerme, sentía mucha impotencia de ver a Agustín después de haberme ganado el primer premio en la academia de gastronomía. Verlo en ese momento era como querer darle una bofetada por todo lo mal que me había hecho sentir desde hace mucho tiempo.

Agustín me miraba con asombro al notar mi cambio radical, tenía literalmente la boca abierta y yo deseando que alguna mosca le entrara en ella y se la tragara, pero pobre mosca, pensé.

—¡Cristina, estás bellísima! No tengo palabras, cambiaste tanto, mi vida. Me gustas mucho así —me decía casi que chorreando la baba mientras se levantaba para observarme más de cerca como si yo me tratara de un maniquí extraño en un museo de cera.

Comencé a marearme, pero con pasos firmes logré llegar hasta el sofá, despreciando cada halago de Agustín. Extendí mi mano para pedirle que me entregara las llaves de la casa, cosa que no había hecho antes.

—Dame las llaves y por favor vete, Agustín. Yo te dije que no quería verte más hasta el día del divorcio y ante un juez. Así que vete de mi casa —le pedí con mucha decencia, cuando realmente merecía que lo sacara a patadas de ahí.

Gran actor había resultado Marcelo porque no le creía nada de lo que me decía, solo en la película de su mente él había planeado todo esto pensando que iba a lograr mi perdón.

—Está bien, Cristina. Pero ten en cuenta que no eres nadie sin mí, así te cambies por fuera, por dentro sigues siendo la misma mujer frágil con la que me casé —me dijo mientras se reía, burlándose de mi nueva apariencia.

Había sacado su verdadera personalidad, al ver que yo no daba mi brazo a torcer. Por un momento sentí que iba a llorar, él como siempre lograba que me desestabilizara emocionalmente, pero el malestar comenzaba a empeorar y traté de no darle más largas al asunto y por última vez más le pedí a Agustín que se fuera.

—¡Vete de mi casa o llamo a la policía! —le grité con desesperación, al punto de que se asustó por verme tan molesta.

No sé si llegué a asustarlo con decirle que iba a llamar a la policía, pero sabía que era un gran cobarde y que me había funcionado la amenaza, al punto que se levantó y dejó la llave tirada en el piso, tiró la puerta de un solo golpe y se fue.

Me levanté para asomarme a la ventana y ver si realmente se había ido. Cuando lo confirmé me fui directamente a la cama. Mi visión borrosa y la sensación de estar viendo a través de un túnel estaban ahí. Ya me estaba desesperando la frecuencia en que se estaban presentando, pero como duraba muy poco, la preocupación se me iba al momento.

Inmediatamente a mi mente regresaron las imágenes del evento y recordé la premiación y mi trofeo. Me levanté con una sonrisa para tomarme muchas fotos y enviárselas a mi familia. Rápidamente me respondieron felicitándome y causaron en mí una gran alegría, me hicieron sentir que a ellos sí les importaba. Cuando mi móvil sonó nuevamente, atendí de inmediato pensando que era mi madre a quien se le había cortado la llamada.

—¿Se te cayó la llamada, madre? —respondí sin haber visto la pantalla del móvil, pero cuando escuché la risa de un hombre, me di cuenta de que no era ella.

—No, no soy tu madre, pero puedo ser tu papi, las veces que quieras —me respondieron.

Aun sin reconocer la voz, miré el móvil y la llamada era de Marcelo. No podía creer lo que mis oídos escuchaban porque era tanto el desparpajo de ese hombre que acaba de conocer hoy, que con su mal gusto ya me estaba cayendo mal.

—¿Marcelo? —le pregunté, para que se diera cuenta que no había guardado su número y más aun que no le reconocía su voz —Espero que estés bromeando y de verdad te digo que no me gusta ese tipo de comentario, creo que no te mides con tus acciones —le dije muy seriamente —¿En qué te puedo ayudar? —le pregunté nuevamente para que fuera directamente al punto de su llamada, no tenía ninguna intención de continuar la conversación con él.

—No es para que te molestes, preciosa. Quise sacarte una sonrisa, pero ya veo que no gano una contigo. Me pones nervioso y te veo tan delicada que no

sé cómo sacarte una conversación, no logro llamar tu atención —me dijo mientras le bajaba un poco a su ego de macho guapo.

Quizás había olvidado cuál era el comportamiento de un hombre cuando trataba de conquistar a una mujer, pero el que estaba teniendo Marcelo conmigo, no me gustaba, no lo veía correcto.

—Está bien, Marcelo, pero no vuelvas a pedirme disculpas, lo haces y luego lo repites. Creo que deberías pensar mejor antes de hablar —le dije, mientras esperaba saber de su parte para qué me estaba llamando.

—Llamaba porque me dejaste preocupado con tu dolor de cabeza y necesitaba escucharte, para saber que estabas bien —me dijo, cambiando mucho su actitud para mejor —No quiero crearte una mala impresión mía, me siento muy a gusto por haberte conocido hoy, Cristina —me dijo con una voz muy dulce, como cuando se sentó a mi lado para preguntarme si me sentía bien.

Por un momento olvidé lo incómodo que se había comportado conmigo, en verdad me hizo sentir que si estaba preocupado por mí. Intenté borrar de mi mente lo que me había parecido mal y dejé solo el recuerdo de cuando volteé a mirarlo por primera vez.

—Gracias por preocuparte, Marcelo. No estoy tan acostumbrada a esto. El dolor de cabeza ya pasó, no hay por qué alarmarse —le dije para que no siguiera insistiendo.

—Permíteme invitarte a almorzar mañana, así limpio un poco la mala imagen que he logrado que tengas de mí. Esta noche trataré de hacer yoga o alguna meditación para calmar los nervios que siento al verte o escucharte —me dijo y mantenía la seriedad del caballero que pensé que era al momento de conocerlo.

Sonreí un poco, pero no supe qué responder, no veía bien la invitación a salir de un hombre porque apenas me acaba de separar de mi esposo y aun por la ley seguía siendo una mujer casada. Lo que necesitaba era resolver mi vida y enfocarme en ser una chef famosa y por qué no, la más famosa del mundo.

—Mañana tengo un compromiso familiar, Marcelo. Necesito organizar unas cosas en mi vida para poder salir nuevamente con un hombre, espero que me

entiendas —le di una pequeña explicación para que no se notara que lo estaba evadiendo.

—Sí, no hay problema, entiendo. Pero ten presente que me gustaría conocerte y quiero que también me conozcas. No soy ese hombre del que tienes un mal concepto —me dijo mientras se despedía de mí —Espero que descanses y que ese molesto dolor no regrese más a ti. Nos vemos en la graduación —me dijo.

Le agradecí por sus buenos deseos y nos despedimos muy cordialmente. Pensé al mismo tiempo que era muy pronto para adentrarme en una aventura amorosa, necesitaba recuperar mi autoestima para no dejar que ningún otro hombre me fuera a lastimar.

A la mañana siguiente, fui a ver al abogado, necesitaba ponerle fin a mi tortura con Agustín, de esa manera mi nueva vida iba a tener más sentido. Nos sentamos a discutir las condiciones del divorcio y para mí no fue muy fácil hablar del tema de la infidelidad, pero el abogado me iba diciendo que todo lo que pudiera aportar me iba a beneficiar en cuanto a la repartición de bienes. Así se me fue la mañana, entre malos recuerdos que pensé por un momento que no me afectarían, pero quién se casa para divorciarse, me preguntaba muchas veces y en mi caso, era imposible no hacerlo.

Después que todo había quedado por sentado en el acta, salí buscando mi coche con lágrimas en los ojos. Me dio mucho sentimiento al ver cómo con tan sola una sola firma, mi vida cambiaria, solo faltaba esperar la buena nueva que me diera el abogado, al lograr que Agustín no se opusiera a romper definitivamente nuestra unión.

Para distraer mi mente un rato, fui a tomarme un café. No sabía exactamente a qué sitio ir, no tenía ninguna referencia, recorrí algunas avenidas y vi un lugar pequeño, pero muy acogedor. Para mi sorpresa, en una de las mesas estaba nada más y nada menos que Marcelo, sentado con su laptop, escribiendo en su blog de recetas. Me alegré mucho al verlo, eso no podía negarlo. La sonrisa se dibujó en mi cara, sin querer, había llegado justo a la hora del almuerzo al que me había negado a aceptar la invitación que me había hecho él. Me acerqué a su mesa y traté de sorprenderlo.

—¡Hola, Marcelo! —le dije mientras le colocaba una mano sobre su hombro.

Marcelo volteó a mirar, inmediatamente y muy sorprendido, se levantó rápidamente de la silla, hasta se le cayó la taza de café que tenía sobre la mesa. Nuevamente yo estaba causando en Marcelo el efecto nervioso que hacía que su comportamiento lo convirtiera en un patán. Muy apenado, trató de darme la mano y terminó por abrazarme, haciendo la escena bastante graciosa.

—¡Cristina, qué sorpresa tan bonita! Me alegraste el día —me dijo muy sonriente.

Al darse cuenta de que me estaba abrazando, Marcelo se separó de inmediato y con mucha vergüenza trató de que no me molestara por lo efusivo que había sido por el encuentro. A mí me agradó mucho volver a ver a Marcelo, tanto, que estaba dispuesta si él me invitaba, a aceptar en el momento la invitación a almorzar.

—Que bueno verte, Marcelo ¿Quién iba a pensar que después que te había dicho que no podía almorzar, nos íbamos a encontrar justo a esa hora, verdad? —le dije haciéndole ver mi disposición —Terminé rápido mi compromiso familiar y vine por un café antes de irme a casa a preparar mi almuerzo —continué mientras esperaba que me invitara a sentar.

—Me parece muy bien, aun sigue abierta la invitación a almorzar, pero no aquí, mi plan era otro. Quisiera que vinieras a mi casa para prepararte uno de mis experimentos en la cocina. Apenas ayer logré dar con la combinación de sabores que buscaba y quién mejor que tú, para que me diga si he acertado o no, eres la ganadora número uno de la promoción —me dijo exagerando un poco la expresión y mirándome a los ojos.

Me agradó mucho la idea y me sentí muy segura de mí al escuchar que para Marcelo era muy importante mi opinión sobre su platillo. Pero estaba muy segura si en la primera salida estaría bien que aceptara la invitación a su casa. Confiaba mucho en mí, a pesar de que mi manera de ser era un poco a la antigua, decidí aceptar sin ningún tipo de remordimiento.

—¡Me encantaría, Marcelo! —le dije con mucha emoción, aunque evité que no fuera muy evidente —Para mí, sería un gran honor ser la primera que lo pruebe y darte mi opinión —sin dejar de sonreír, le estaba aceptando la invitación.

Marcelo señaló con su mano, mientras apartaba la silla para que yo tomara asiento, me preguntó si quería tomar algo, para así dar tiempo a que él terminara su publicación y poder irnos hasta su casa. Pedí un café mientras él seguía muy concentrado en su redacción. Yo no podía pensar en nada más que en poder ver a otro chef cocinar tan cerca de mí y así apreciar su técnica y por supuesto de tener la oportunidad de probar algo inédito. Los cinco sentidos se me agudizaron, ya comenzaba a pensar en especias y otros condimentos que me llevaban a cerrar los ojos, además que mi estómago me decía que era la hora de comer.

Un poco más de una hora estuvimos en el café, yo estuve sentada al lado de Marcelo en todo momento, leyendo su publicación y viendo cómo interactuaba con sus lectores, fue un momento totalmente diferente a los que estaba acostumbrada, y sabía que lo mejor estaba por llegar.

Nos levantamos de la mesa y cada uno se montó en su coche, yo iba siguiendo a Marcelo, emocionada por ver su cocina. Estábamos a tan solo pasos de su casa, casi no rodamos para llegar ahí. Llegamos al estacionamiento de su casa y pude estacionar mi coche justo a su lado. Inmediatamente nos bajamos y Marcelo colocó su mano sobre mi cintura para indicarme el camino. Al entrar, dejé mi abrigo cerca de la puerta y me quedé maravillada con la decoración de la sala, todo muy minimalista y de buen gusto, me pareció estar en una galería de artes.

—Toma asiento, preciosa. En unos minutos estaré contigo, voy a dejar la laptop en el estudio y regreso —me dijo Marcelo, manteniendo su actitud de caballero que no había abandonado desde que coincidimos en el café.

Tomé asiento y me relajé un poco, intenté cerrar los ojos por unos minutos para evitar que el dolor de cabeza tomara su curso, ya estaba sintiendo esas punzadas en la vista y se estaba poniendo algo borrosa. En ese momento Marcelo se acercaba y corrió al ver que yo trataba de levantarme y me iba hacia los lados a puntos de caer.

—¡Cristina! —gritó mientras se avanzaba rápidamente hacia mí —¿Es ese dolor de cabeza otra vez? —me preguntó mientras se veía preocupado por ayudarme como la primera vez que nos vimos.

—Estoy bien, Marcelo. No te preocupes, esto va a pasar rápido —le dije

mientras tomaba asiento nuevamente para que no sintiera que se me siguiera moviendo el piso.

Marcelo fue rápidamente a su cocina y trajo un tazón con hielo y sacó un fino pañuelo de su bolsillo. Trató de hacer unas compresas con el agua helada y la colocó sobre mi frente mientras yo cerraba los ojos, logrando así que sintiera un poco de alivio. Cuando el dolor de cabeza cesó, abrí los ojos y pensé que alguien había apagado la luz, pero de pronto, todo se volvía claro otra vez, tan solo que la sensación de estar dentro de un túnel estaba ahí. No quise comentar nada, no quería dar la impresión de que era una mujer enferma sin saber realmente si lo que me estaba sucediendo, era a causa del gran estrés que me generaba mi matrimonio y ahora el divorcio con Agustín.

—Ya me siento mejor, gracias por ayudarme, Marcelo. Fue un muy lindo gesto de tu parte —le dije mientras le sonreía y lo miraba con mucha ternura.

—Me asusté mucho, pero si ya estás bien, entonces vamos a lo nuestro ¡A la cocina! —me dijo en voz alta mientras se levantaba y subía los brazos, como si fuera un niño que dejara ir sus globos hacia el cielo.

Me levanté del sofá muy emocionada también. Cuando se trataba del tema de la cocina, mi estado de ánimo cambiaba radicalmente. Mi pasión se desbordaba a flor de piel. A pesar de que no podía ver a los laterales de momento, estaba dispuesta a disfrutar de cada detalle.

Cuando entré a la cocina de Marcelo, fue una impresión similar a la tuve al entrar a su sala. Todo de muy buen gusto, muy amplia y con una gran iluminación. Me senté junto al mesón para observar de cerca su técnica y la preparación de la que me hablaba Marcelo con tanta pasión.

Carne, vegetales y algas, una combinación algo excéntrica que prometía esa fusión mágica de la cual Marcelo se sentía orgulloso. Él hablaba de experimentos en la cocina, hasta en los términos coincidíamos y eso me acercaba cada vez a ese loco caballero. Mientras él cocinaba, yo lo miraba como si se tratara de un programa televisivo en el que me encontraba de espectadora y como jurado.

—¿No me vas a decir qué especies estás usando? —le pregunté con mucha curiosidad, al ver que colocaba las especies con mucho recelo, para que no pudiera saber cuál era el secreto de su sazón.

—No señorita, esos son mis secretos —me dijo con mucha risa.

Yo no pretendía invadir su territorio, así que guardé silencio y me sentí complacida de que un hombre haya estado cocinando por varias horas para mí, además de sentirme a la expectativa por lo que estaba a punto de probar. Los aromas eran algo fuertes al momento, pero cuando estaba a punto de estar listo, la sutileza de un buen plato se hacía esperar con ansiedad.

—Ya tengo hambre, Marcelo —le dije muy en serio y apenas lo mencionaba, ya Marcelo estaba decorando el plato.

—Ven, princesa. Sígueme hasta la mesa para que nos sentemos a almorzar. Bueno, aunque ya es casi cena por la hora. Es muy tarde y yo también tengo mucha hambre —me dijo muy sonriente.

El platillo se veía muy apetitoso con esa mezcla de colores y olores que me tenían con ansias de saborear tan deliciosa receta.

Marcelo me hizo sentar en la mesa y fue rápidamente a buscar una botella de vino en la alacena. Trajo dos copas y se sentó frente a mí después de servir.

—Espero que te deleites con este experimento, lo he preparado con mucho amor —me dijo mientras dábamos las gracias a manera de oración.

Me pareció un lindo gesto de Marcelo, el que se haya tomado unos minutos antes comer para bendecir los alimentos que íbamos a ingerir. Se notaba el tipo de educación que había tenido, ni siquiera Agustín lo hacía, con eso de que venía de padres muy religiosos. Como ya estábamos entrando en algo de confianza, los nervios se le fueron pasando a Marcelo y pude comenzar a notar a ese caballero que me había causado una buena impresión ese día que nos conocimos.

Cuando comencé a probar la comida, mi sentido del gusto se había activado de tal manera que mientras masticaba con los ojos cerrados, podía describir con mi paladar cada uno de los componentes de su preparación.



Capítulo IV

Con los ojos cerrados, iba degustando cada bocado que introducía en mi boca y Marcelo me observaba y disfrutaba de la escena porque sabía que me estaba deleitando con su experimento. Inmediatamente enuncié sin ningún orden, todo lo que mi paladar descifraba en una lista donde algunos condimentos y especias sobresalían, dejando así boquiabierto a Marcelo.

—Me parece increíble ese don que tienes ¿Cómo lo haces? —me preguntó muy asombrado —Solo las personas que son muy avanzadas en gastronomía tienen el poder de hacer eso, eres como un alma vieja, tan sabia para ser una mujer joven —me dijo muy interesado por conocer cómo lo hacía.

No podía detenerme al hablar, esa sensación al momento de comer me abría los cinco sentidos y el sabor era inigualable. Marcelo había logrado la mejor combinación de sabores en un solo platillo. Hasta en eso coincidíamos, en la delicadeza con que agregaba sus especias para que el protagonista en la comida se destacara sin opacar ningún otro elemento.

Marcelo y yo estábamos disfrutando de una gran velada. Hacía pequeños cortes en su comida y me daba pequeñas porciones en mi boca y entre probar y probar, nos estábamos sintiendo cada vez más cercanos.

Los días iban pasando y nuestros encuentros era más frecuentes. En su cocina hacíamos nuevas creaciones, juntos, pero también reíamos y disfrutábamos del sentimiento que estaba surgiendo entre nosotros dos, una nueva historia que estaba marcando el comienzo de una nueva vida.

Un día antes de la graduación, me desperté y casi no podía ver, aunque abriera al máximo mis ojos. El desespero me hizo levantar tan rápido al escuchar el móvil que me caí de la cama tratando de atender la llamada, pero al llegar hasta él ya se había finalizado. Era mi madre, como si estuviera sintiendo que algo andaba mal y comprendí que ya era el momento de acudir al médico para entender qué era lo que me estaba sucediendo.

Me senté un rato en la cama, esperando que mi visión regresara, lo extraño

era que por primera vez no había sentido ningún tipo de dolor de cabeza, pero fue pasando poco a poco hasta que decidí levantarme para arreglarme e ir a la clínica. Sin avisarle a nadie de la familia, llegué a la consulta con el especialista y mientras éste anotaba en su laptop, yo iba contándoles cómo había comenzado todo esto de la sensación de estar viendo a través de un túnel y los dolores de cabeza que lo anticipaban.

Después de una exhaustiva evaluación, el doctor me envió con una enfermera para hacerme unas tomografías y otros exámenes adicionales para descartar alguno de los posibles diagnósticos. Yo estaba segura de que pronto me iba a aliviar, no podía darme el gusto de enfermarse cuando tenía toda una vida llena de alegrías y éxitos por alcanzar y por qué no, también estaba muy entusiasmada con una posible relación con Marcelo.

No hubo que esperar mucho por los resultados. Apenas yo estaba entrando nuevamente al consultorio y ya le estaban llegando por e—mail al doctor por lo que me pidió que tomara asiento mientras los revisaba y estuviera seguro de acertar con el diagnóstico. Para mi sorpresa, el nombre que yo le daba de visión de túnel existía y era lo que yo estaba padeciendo desde hace algún tiempo.

Al fin, ya sabía lo que me estaba ocurriendo y no era nada de gravedad, solo bastante incómodo y molesto que requería de un tratamiento especial que debía comenzar de inmediato. Salí de la clínica muy contenta, no hubo necesidad de hablar con mi familia y alertarla porque me estaba ocurriendo algo malo que no tuviera cura, así que lo primero que hice fue llamar a Marcelo para ver si nos íbamos a comprar todos los insumos para los bocadillos que nos comprometimos a llevar para la celebración de la graduación.

—Hola, Marcelo —le dije inmediatamente que escuché que atendió a mi llamada.

Marcelo casi ni me dejó hablar, solo me preguntaba donde estaba y si me podía acercar a su casa porque necesitaba que probara unos pastelillos que acaba de crear. Sonreí mucho al escucharlo, siempre estaba muy emocionado cada vez que lograba alguna nueva receta y daba con una mezcla de sabores inéditos, saltaba de emoción e inmediatamente me buscaba para que le diera alguna calificación que, para él, era muy importante.

Nos respetábamos mucho nuestros puntos de vista y cada uno sabía cómo dar una crítica constructiva a diferencia de lo que hacía Agustín conmigo. Parecíamos dos novios, pero de esos del colegio en los que nos celábamos y peleábamos, pero hasta ahora no nos habíamos dado un beso que terminara de ponerle nombre a nuestra relación que hasta ahora era de amigos que se gustaban.

Compré algunas cosas que Marcelo me había pedido y me fui de inmediato para su casa para probar sus pastelillos y ponerme manos a la obra con mi preparación. Cuando llegué, estuve un rato llamando a su puerta, pensé que Marcelo se había ido, pero al asomarme al estacionamiento, vi su coche ahí. Continué insistiendo hasta que, al fin, abrió.

—Disculpa preciosa, pero tenía el manos libres puesto. Estaba hablando con mis padres, vienen mañana para la graduación y me estaban preguntando unas cosas sobre eso —me dijo muy apenado mientras me invitaba a pasar.

Como siempre de caballeroso, me ayudó a quitarme el abrigo y me invitó a pasar a la cocina. Me senté en el mesón y esperé a que buscara su nueva creación. El ambiente estaba impregnado a vainilla con otro ingrediente que no podía describir, pero era una combinación de olores perfectos.

—¡Aquí estoy! —se acercó por detrás de mí y me mostró un hermoso plato con dos pastelillos decorados con una crema que me incitaba a morderla — Espero que te gusten todos los sabores —me dijo al oído, haciéndome ruborizar por su cercanía.

Cuando colocó el plato frente a mí, se mantuvo a mi lado. Marcelo tomó uno de los pastelillos y con su mirada cautivadora, me lo acercó a los labios para que mordiera. No me disgustó la escena y como siempre jugábamos en la cocina, pensé que esa vez también sería igual. Pero cuando le di una mordida, quedó un poco de crema en mis labios, y yo no lo había notado.

—Tienes un poco de crema, ahí —me dijo algo apenado.

—¿Dónde? —le pregunté mientras me limpiaba en todos lados menos en la boca.

—¡Aquí! —me dijo Marcelo, acercando sus labios a los míos y quitando con ellos la crema que me había quedado.

Me quedé quieta por un minuto. No esperaba esa reacción, pero me dejó un grato sabor de boca combinado con el rico pastelillo. Le sonreí un poco y él no se alejaba, continuaba hablándome y preguntándome sin apartarse de mí.

—Ya te la quité, pero dime si te gustó —me preguntaba con picardía.

Yo le respondía que sí, asintiendo con la cabeza y él preguntaba si el beso o el pastelillo y me hacía reír y sonrojar a la vez.

—Las dos cosas —le dije una vez más.

Hasta que los pastelillos se terminaron y me levanté del mesón, pero Marcelo me rodeó con sus brazos y no tuve más salida que dejarme arrastrar por sus dulces besos con sabor a vainilla. Fue un momento lleno de mucha ternura, donde no hubo caricias, solo besos cortos que se repetían y hacían que mi interés por él aumentara.

Después de un momento, nos quedamos mirándonos a los ojos, hasta que los dos al mismo tiempo, decidimos romper el silencio.

—Me gustó mucho —me dijo.

—Me gustó, Marcelo —le dije al mismo tiempo.

Al ver que coincidíamos en nuestros pensamientos, nos reímos sin parar y terminamos abrazados yéndonos hasta el sofá de la sala. Era tanto lo que habíamos compartido juntos, que me sentía confundida y tenía esa necesidad de ponerle un nombre a la relación. No había dudas, nos gustábamos y desde el primer día hubo una química increíble entre los dos. Mientras permanecíamos en el sofá, Marcelo me hacía ver que desde que me conoció, no tenía otra cosa más importante que pensarme a cada instante y que se había enamorado de mí.

—Cada vez que despierto, busco una excusa para llamarte y trato de poner mi creatividad al máximo para crear una nueva receta y así poder invitarte para que seas mi jurado exclusivo con tu exquisito paladar —me decía sin parar — No puedo dejar de verte, Cristina. Eres muy importante para mí —continuaba hablándome con su voz bajita mientras me besaba muy suavemente.

—A mí también me pasa lo mismo que a ti, cuando me voy a dormir y cuando despierto, siempre estás en mis pensamientos y me gusta saber que

amas cocinar, crear, comer, eso para mí es tan importante, que no tienes idea lo valioso que ha sido para mí conocerte —le dije mientras le acariciaba su rostro.

Así estuvimos un rato, entre halagos y mimos, hasta que nos levantamos y me fui a preparar los bocadillos para lograr deslumbrarlo como él lo había hecho conmigo.

—¿Vainilla, también? —me preguntó al comenzar a salir el rico y delicado aroma del postre que estaba preparando para sorprenderlo.

—Sí, vainilla. Definitivamente los dos coincidimos en que es nuestro sabor especial y que da ese toque tan maravilloso, tan sutil y combina perfectamente con todos los experimentos que hemos hecho —le dije sonriendo sin dejar de batir.

Como un alumno que observaba la clase, Marcelo se sentó junto al Mesón y no dejaba de mirar cómo iba haciendo las cosas y hasta la técnica que estaba utilizando, luego me preguntó por mi dolor de cabeza. Le comenté sin dar muchos detalles, que había asistido al médico y que tan sólo el diagnóstico era de solo un dolor de cabeza que con un tratamiento con analgésico se me iba a pasar, le decía, tratando de desviar la conversación. Volvimos nuevamente a la preparación y al cabo de unas pocas horas, el postre estaba listo. Le preparé una crema deliciosa, con unas fresas picadas y para que ambos lo probáramos, traté de hacer el mismo juego que Marcelo había hecho conmigo.

Cuando le di a probar, a Marcelo también le había quedado crema en los labios, pero conociéndolo, sabía que lo estaba haciendo solo para que yo reaccionara como él. Esta vez yo con mucha sutileza me acerqué y besé su boca lentamente, quitándole la crema que estaba alrededor de sus labios.

Marcelo se sorprendió al ver mi gesto, me correspondió con un rico beso, donde ya le estábamos agregando algunas caricias que aun no habían pasado de los hombros. Quizás estaba esperando un poco más de pasión y por un momento llegué a pensar que su trato hacia mí, era como si yo fuera una virgen que nunca había estado con un hombre, tal vez mi forma de ser tan seria le hacía tener esa percepción, pero, así como se dio nuestro primer beso de manera inesperada, lo demás también estaba por venir.

Después de tanto jugar en la cocina, nos sentamos cómodamente a disfrutar nuestros postres. Mientras observábamos los platos, notamos que se parecían mucho, por lo que realmente cada experimento que hacíamos, eran casi los mismos. Al momento de cocinar, Marcelo y yo coincidíamos en todo y nuestro sabor especial y secreto siempre era la vainilla.

Marcelo era un romántico empedernido y muy risueño y me lo demostraba en cada momento, de miles de maneras hasta el hecho de hacerme reír con cada una de sus locuras. Nos estábamos poniendo muy cómodos, pero al ver el reloj me di cuenta de que se estaba haciendo un poco tarde, así que me levanté para irme a la casa y él me despidió con un tierno beso y un gran abrazo que al llegar a mi casa y cerraba los ojos lo seguía sintiendo mientras estaba acostada en mi cama.

A la mañana siguiente, me desperté muy emocionada por que había llegado la fecha de la graduación, el día esperado donde con sólo un papel me iba a convertir en chef internacional y graduada con honores, como para restregarle el título a Agustín por no haber creído nunca en mí.

Me levanté de la cama y fui directo al closet para elegir mi atuendo. Escogí un hermoso vestido azul que combinaba perfectamente con mis ojos y unas zapatillas del mismo tono, solté mi cabellera y me sentía muy feliz y relajada, pero también muy emocionado por verlo a él, a Marcelo.

Cuando estaba a punto de salir, mi madre me llamó al móvil para decirme que iba a llegar algo tarde y por eso se habían ido directo para el instituto. Ése iba a ser el momento ideal para conocer a nuestras familias y me debatía en la confusión de cómo lo iba a presentar, si como mi novio o mi amigo y me preocupaba la manera en que Marcelo me iba a presentar ante su familia. En mi mente había un gran desconcierto, pero preferí restarle importancia y sumarle prioridad al momento de recibir la certificación.

Cuando llegué al salón de eventos, había muchísima gente. Entre familiares, amigos, graduandos, profesores y directores, había demasiado ruido y mi visión de túnel se estaba comenzando a manifestar, pero traté de mantener la calma en todo momento y puse en práctica lo que me había recomendado el doctor. Miré a mi alrededor, tratando de ver si había llegado mi familia y entre tanta gente no podía apreciar mucho, así que decidí salir al estacionamiento para tratar de buscar si su coche estaba aparcado y sí, habían

llegado.

Me acerqué nuevamente al salón y cuando giré hacia las mesas, mi familia estaba conversando con otras personas. Se veían muy risueños, compartían unas bebidas mientras se tomaban fotos junto a la mesa de degustación, esperando que iniciara el evento.

—Madre, padre, hermanos ¿Cómo están? ¡Qué bueno verlos aquí! Para mí es un orgullo tenerlos a todos —les dije muy emocionada, mientras corría a abrazarlos.

Mis padres y mis hermanos inmediatamente me abrazaron y me felicitaron. No cabían de tanta alegría y emoción, para ellos era un orgullo porque yo siempre había sido la más sumisa de la familia y estaba a punto de recibir un título y en lo que más me gustaba y sabía hacer muy bien. Se lamentaron que Agustín se haya perdido esa oportunidad, pero también estaban agradecidos porque sabían que estando a su lado, este sueño no lo hubiese podido materializar nunca.

Por un momento se me habían olvidado mis modales y le pedí disculpas a la familia que estaban conversando con los míos cuando llegué, fui muy mal educada al irrumpir de esa manera, pero ellos se integraron nuevamente y mientras me felicitaban, me ofrecieron compartir con una bebida justo en el momento en el que estaba llegando Marcelo. Mi corazón comenzó a latir muy rápidamente, no sabía cómo me iba a saludar. Para mí era muy incómodo tener que iniciar desde cero con mi familia y presentarles a ellos mi nueva relación, requería de una preparación.

Marcelo, se acercó muy emocionado hacia donde yo estaba e inmediatamente saludó y abrazó a las personas que estaban con nosotros con mucho afecto, quienes resultaron ser sus padres, para sorpresa mía.

Por un momento pensé que me estaba ignorando, pero me había llevado una gran sorpresa. Con tantas personas en el evento, resultó que mis padres se habían juntado justo con los padres de Marcelo y de paso, estaban conversando como si se trataran de unos buenos amigos, mientras yo me preocupaba cómo nos íbamos a presentar. En ese momento, los dos nos miramos a la cara y Marcelo fue el que tomó la iniciativa.

—Madre, padre, tengo el placer de presentarles a Cristina, es la mejor chef

que he conocido, incluso se llevó el primer lugar de toda la promoción con unos pastelillos deliciosos ¿Verdad que es bellísima? —les dijo Marcelo a sus padres, haciéndome sonrojar con eso de que yo era bellísima.

Sus padres inmediatamente me extendieron su mano y afirmaron que sí, que era bellísima y le dieron una palmadita en el hombro a Marcelo como queriéndole decir que había escogido bien. En ese momento me entró la duda porque de algún modo ellos se habían dado cuenta de que había algo entre nosotros y no quería que mi familia se enterara de esa forma, aunque me agradó mucho la presentación porque no fue nada comprometedor, no mencionó que éramos amigos ni novios y traté de imitar su manera de presentarme.

—Gracias por lo de bellísima, Marcelo, pero no es para tanto —le dije mientras sonreía algo nerviosa —Madre, padre, hermanos, conozcan a Marcelo, otro excelente chef y también de la misma promoción —continué con mi risa nerviosa —Y de paso es un gran profesional —les mencioné con mucho orgullo.

Mi familia saludó con mucho respeto a Marcelo y se fueron integrando entre todos sin saber que entre Marcelo y yo estaba iniciando una relación afectuosa, que por ahora tratábamos de mantener en secreto.

Unos minutos después, hicieron el llamado para que tomáramos asiento, el acto estaba a punto de iniciar. El evento transcurrió entre risas y alegrías y el ver las caras de mi familia con tanto orgullo me hacía muy feliz, a pesar de que no podía mirar hacia los laterales, sólo de frente y por eso me sentía un poco incómoda, la emoción del momento sólo me hacía sonreír.

Durante el agasajo, Marcelo no se apartaba de mí ni por un segundo y mi madre ya estaba notando la cercanía que teníamos, pero tampoco preguntó, ella sólo observaba y me hacía recordar cuando en algún momento me decía que no me casara con Agustín y yo por llevarle la contraria decidí hacerlo.

Cuando íbamos saliendo del evento el padre de Marcelo propuso que nos fuéramos todos a un restaurante para celebrar, pero Marcelo como siempre de atento prefirió que la celebración se diera en su casa y a mí me agradó mucho la idea por lo que añadí a la propuesta que nos dieran la oportunidad de homenajear el momento con un rico platillo y un buen postre preparado por

nosotros.

Miré a mi familia para observar sus caras y no pasar por imprudente, pero a ambas familias les pareció que estaba bien. Era muy poca la oportunidad que tenían de compartir con nosotros, así que en el caso de mis padres prefirieron aceptar y en el caso de los padres de Marcelo también. Nos fuimos todos en nuestros coches y en el camino compramos unas botellas de vino. Yo dejé que mi hermano manejara a mi coche porque no me sentía en condiciones tampoco los quería alertar por mi visión de Túnel. Mientras íbamos conversando, mi madre hablaba de Marcelo y me hacía ruborizar al decir que era un hombre muy atento y muy guapo, pero sobre todo mencionó que estaba muy pendiente de mí, como si esperara que le confirmara su duda.

Capítulo V

En poco tiempo llegamos todos a la casa de Marcelo. Mientras todos conversaban en la sala, Marcelo y yo estábamos en la cocina experimentando, creando de alguna manera algo inédito para sorprenderlos. A escondidas nos dábamos algunos besos para que nadie nos lograra ver. Solo nosotros estábamos viviendo el idilio de un amor que estaba creciendo en nuestros corazones.

El plato principal estaba listo y decidimos preparar para el postre cada uno de los pastelillos que nos llevaron a ese primer beso, con el rico sabor de la vainilla para suavizar el paladar de nuestra familia.

Cuando casi estamos terminando, desde la sala comenzaron todos a aplaudir y a gritar:

—¡Queremos comer, queremos comer!

Marcelo y yo nos moríamos de la risa dentro de la cocina y me dio una palmadita en una nalga para que me apresurara. Me pareció un poco atrevido, pero me agradaba que entre nosotros se manejaran esos juegos. Para hacer el llamado a comer, Marcelo colocó sus manos en forma de trompeta y comenzó a imitar un sonido bastante extraño con el que pretendía hacer un anuncio y al terminar, les pidió que se acercaran a la mesa.

—Su atención por favor —dijo Marcelo con una voz muy fuerte —Les pido a los comensales que por favor se acerquen en la mesa, estamos a punto de servir la comida para que comiencen su degustación —continuó seriamente con su discurso.

Todos lo miraron con atención y se levantaron para sentarse en la mesa mientras esperaba que nosotros le atendiéramos como unos buenos anfitriones. Y así hicimos, llevamos plato a plato copa a copa hasta que todos estaban listos para comer y nosotros también.

El almuerzo se había extendido un poco y ya cuando las botellas de vinos se

estaban terminando, nuestros padres decidieron que era hora de partir para que no les tomara la oscuridad de la noche en el camino. Yo me despedí de Marcelo con unos delicados abrazos y de sus padres también. Todos parecíamos una gran familia, como nunca lo había estado, ni siquiera con la familia de Agustín.

Después de tantas palabras de felicitaciones y el compartir tan bonitos en casa de Marcelo, me subí en mi coche y me fui hasta mi casa, pero con muchas ganas de quedarme con él, aprovechando el vino que corría por nuestras venas y que de alguna manera nos podía desinhibir.

Mi familia se había marchado y estaban muy agradecidos y felices al igual que los padres de Marcelo. Ahora sólo quedaba la esperanza de construir un gran sueño, mi restaurante.

Llegué a mi casa y directamente me senté frente a mi computador a escribir en mi blog, quise expresar a todos mis lectores el logro que había obtenido y también compartir algunos tips que había aprendido a lo largo de mis estudios. Inmediatamente recibí una oferta de trabajo de uno de los restaurantes más famosos del país y no pude negarme ante tal petición sólo por tener la experiencia de lo que se sentía ser parte de una cocina profesional.

Al día siguiente fui a la entrevista y acepté la propuesta de trabajo para iniciar en tan solo pocos días. Marcelo estuvo de acuerdo conmigo e inmediatamente envió su hoja de vida a otro restaurante para tratar de tener la misma información que yo. Dos semanas después, me presente en el restaurante, el trabajo era muy fuerte y lo único que me pedían era cortar vegetales. Me frustraba ver lo mal que trataban a sus empleados, además que la cocina era un desastre, sólo se preparaban platos que ya estaban predeterminados, nadie tenía opciones para crear algo nuevo y mi creatividad se limitaba mucho, no era para mí y decidí renunciar. A Marcelo tampoco le había ido muy bien y quedó igual que yo, muy decepcionado.

Decidimos encontramos para discutir algunos puntos y los términos de una posible sociedad entre los dos, para tener nuestro propio restaurante, el hecho de tener el mismo gusto en común nos hacía más unidos como pareja o por lo menos debíamos intentarlo.

Como siempre nos veíamos en su casa, esta vez Marcelo había decidido que nos fuéramos a un lugar diferente y especial, una montaña hermosa, con unas cabañas acogedoras y una vista espectacular donde se podía apreciar toda la ciudad. Mientras caminábamos hacia el restaurante, podíamos observar los sembradíos de fresas, moras, durazno y una gran cantidad de hortalizas que simplemente nos ponían a volar nuestra imaginación gastronómica para crear.

Pero mi mayor sorpresa fue que al llegar al lugar había una mesa reservada para nosotros, lo que me pareció algo ya preparado por Marcelo que me dejó muy emocionada. La comida fue fuera de lo normal, diferente de lo que estábamos acostumbrados a comer, algo más casero, más autóctono y me agradó mucho. Al terminar Marcelo y yo nos fuimos caminando por un largo sendero al que le decían el camino del amor y en cada parada nos deteníamos para besarnos y tomarnos de la mano. Al llegar al mirador, nos detuvimos y los dos nos confesamos el amor que desde hace mucho había surgido entre nosotros.

—Mi vida, más que para hablar del restaurante, te traje aquí porque tengo la necesidad de confesarme ante ti. Todo este tiempo he estado a tu lado y he sido muy respetuoso porque te veo como una princesita de cristal, tan frágil y no quise hacerte daño, pero me he dado cuenta de qué eres la mujer de mi vida y de que cada día te estoy amando más —me dijo Marcelo con la voz un poco quebrada y sus manos temblorosas por los nervios, como si fuera un niño confesando la realidad.

Mi corazón palpitaba por la emoción de escucharlo hablar y ante las lágrimas que se asomaban, tomé la palabra para que también me escuchara.

—Esas palabras quise escucharlas antes, pero están llegando en el momento perfecto y en el sitio perfecto. Yo también siento ese amor por ti, Marcelo. Ese mismo amor que ha surgido entre los dos cada día, ha sido sincero y es lo que más me hace feliz, que no ha sido nada forzado y el respeto que hay entre nosotros, me hace ver que nuestra relación tiene un presente con el que podemos construir un futuro y que cada día te voy a seguir amando más porque eres un hombre que me cuida, que me apoya y eso para mí es muy importante. Además del amor que me das y me lo haces sentir —le dije con mucha emoción, mientras dejaba caer las lágrimas de mis ojos.

A medida que la confesión se intensificaba, Marcelo se iba acercando más

físicamente y estando de frente a mí, tomó mi cabellera con sus manos y lentamente iba juntando su boca con la mía y me iba susurrando que me amaba hasta que nuestros labios unieron para dar paso a un beso que hacía el momento muy placentero. El tiempo era perfecto en ese camino lleno de tanto amor y tanta naturaleza. Nos fuimos caminando como dos adolescentes enamorados hasta llegar a la cabaña que aguardaba por nosotros, sabiendo que, al estar ahí solos, nuestra historia cambiaría.

Mientras Marcelo servía unas copas de vino, yo me acerqué al balcón y la vista estaba preciosa. La noche llegaba y cubría con su manto de estrellas nuestro cielo y era hermoso ver el reflejo de la luna en la pequeña laguna que estaba al lado de la cabaña. Con unas copas de vino y parados en el balcón, brindamos por nuestro amor. Nos sentamos en los pequeños muebles de madera y ahí los besos se hicieron presentes una vez más. Nos levantamos sin separarnos un centímetro para así continuar con la luna como testigo de lo que estaba a punto de iniciar.

Marcelo me tomó entre sus brazos y me llevó hasta la cama y muy sutilmente me dejó caer y se colocó a mi lado. Mirándome fijamente, me susurraba que era la mujer más hermosa del mundo y continuaba besándome y cada beso parecía el primero, con diferentes niveles de intensidad. Se podía notar que los dos estábamos muy nerviosos. Yo tenía mucho tiempo sin estar con un hombre, a pesar de haber estado casada con Agustín, él no me tocaba ni me hacía sentir mujer desde hace más de un año.

—Estoy nerviosa, mi vida —le dije con un tono de voz muy bajito.

—Yo también lo estoy, pero hagamos algo —me dijo mientras se colocaba de lado y me hablaba junto al oído —Dejémonos llevar por el amor que nos tenemos, él nos guiará —al terminar de hablar, comenzó nuestro gran momento.

Marcelo acercó su rostro junto al mío y comenzó por oler mi cabello, luego me hacía sentir su respiración en mi cuello, mientras sus manos estaban inquietas recorriendo mi cuerpo hasta detenerse en mi cintura. En ese instante, se subió encima de mí y aun estando con mis piernas cerradas podía sentir a través de sus movimientos como se endurecía en su entrepierna por la excitación. Nos besamos sin parar, como si nos quisiéramos demostrar todo en una sola noche, con solo esa primera vez y cuando al fin logramos unirnos

en un solo cuerpo, podía tocar las estrellas como si el tapiz del cielo bajaba hasta cubrirnos con su majestuosidad. Así nos amamos en diferentes lugares de la cabaña, sintiendo en cada encuentro una entrega que no se comparaba con nada y que no podía vivir sin seguir disfrutando de la compañía de mi Marcelo.

Apenas coincidimos en que necesitábamos un merecido descanso, me levanté y llevé las fresas con el chocolate hasta la cama y Marcelo llenó nuevamente las copas que permanecían en la mesa de noche. Pasé una de las frutillas por el tibio chocolate y le di una mordida muy sensual, me sentía desinhibida, de tal manera que me subí sobre él y lo incitaba a verme saborear cada fresa e interactuaba tanto con su boca, que el descanso se interrumpió por volver a hacer el amor.

Quedamos exhaustos de tanto amarnos, pero aun así no dejábamos los mimos y cariños, permanecíamos abrazados hasta que el sueño nos venció muy de madrugada. Apenas trataba de moverme y Marcelo se despertaba para preguntar si me sucedía algo, como si no quisiera que nada malo me sucediera y eso me hacía sentir su protección, me sentía muy segura junto a él y entre sus brazos, la mujer más feliz del mundo.

Cuando despertamos, estábamos más amorosos que antes, ya había entre nosotros un sentido de pertenencia que no se podía describir. Después de besarnos y abrazarnos, nos levantamos y aun envueltos en la cobija, quisimos ver el amanecer. El frío se dejaba ver desde muy temprano como si fuera una fina sábana blanca que iba cubriendo las montañas, pero que se iba rompiendo con los finos rayos de sol que iban tocando a la tierra como si fuera un láser que abría paso para dejar ver la majestuosidad de la naturaleza que habitaba en los cerros.

El cantar de las aves complementaba la maravilla del paisaje, pero mi risa cortó de inmediato el momento romántico al sentir que Marcelo me quería morder el cuello porque según él, era un vampiro que había entrado por la ventana y me iba a convertir en su esclava.

Comencé a correr por toda la habitación jugando a estar muy asustada por huir de ese guapo vampiro de Marcelo, hasta que rodé por el piso entre las sábanas por haberme enredado con mis pies. Marcelo se dejó caer encima de mí y logró su cometido de morder mi cuello y convertirme en su esclava,

logrando a través de ese improvisado juego que iniciáramos nuestra mañana haciendo el amor.

La sutileza se mantenía, lo delicado de sus besos y sus tiernas caricias no habían cambiado después de toda la entrega de la primera vez. Hicimos el amor con más sentimientos, pero la dureza del suelo hizo que el momento no fuera tan placentero para nuestros agotados cuerpos. Después de alcanzar el éxtasis, nos levantamos y debajo de la ducha caliente nos reavivamos para salir a desayunar en el restaurante de la posada. Aun la niebla no se había retirado del todo, estaba como en una lucha con el sol y el frío se mantenía, para eso un buen chocolate caliente era lo ideal para la ocasión.

Nos sentamos a observar desde la altura y postergábamos la conversación de nuestro restaurante por no dejar de admirar el lugar ni un solo instante. Era todo tan romántico que no podíamos dejar de abrazarnos aun cuando ya teníamos el desayuno en la mesa, pero el hambre pudo más que el frío e inmediatamente comenzamos a comer. Nuestros paladares se encendieron al probar los pasteles que habíamos ordenado, inmediatamente descifré cada especia que le habían agregado y Marcelo me seguía el juego como si estuviéramos descociendo un traje poco a poco.

Era divertido para nosotros por lo que aprovechamos la inspiración para hablar de nuestro futuro restaurante mientras disfrutábamos de lo caliente del chocolate. Después de unas horas, logramos concretar nuestro proyecto que daba inicio a un gran futuro, juntos, solo quedaba por ejecutar las ideas con los especialistas en el área.

Con toda la emoción que estaba viviendo desde el día anterior, la visión de túnel no había aparecido, pero sí un leve dolor de cabeza que estaba asumiendo como consecuencia de las copas de vino y la larga noche que había pasado con Marcelo, tal vez la altura y el frío estaban influyendo a que mi sensibilidad aumentara, era lo que podía pensar, por lo que había muchos motivos para ese malestar que no pasaba de una pequeña punzada.

El fin de semana estaba pasando muy rápido, por eso tratamos de conocer gran parte de lo que nos ofrecía el lugar. Tomamos un pequeño tour a caballo, paseamos por todo un camino rocoso hasta llegar a una cascada en lo más alto de la montaña. Marcelo no paraba de grabar cada instante y de inmortalizar en fotos cada uno de los momentos maravillosos que estábamos

viviendo.

—Mi vida, voy a entrar al agua para que me tomes una foto —me dijo Marcelo mientras se subía un poco los pantalones para no mojarse la ropa.

Casi me caigo por la risa cuando vi a Marcelo salir saltando del riachuelo que formaba la cascada y gritando como si algo lo hubiera asustado.

—¡El agua está congelándome! —gritaba.

Mientras yo seguía riendo ¿Cómo no íbamos a pensar que, a esa altura, era imposible meterse en esas aguas? Me preguntaba viendo la escena de Marcelo.

Los señores que nos acompañaban en el tour se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo al escuchar los gritos de Marcelo y llegaron inmediatamente en sus caballos para preguntar si todo estaba bien. Después de oír la hazaña que Marcelo quería hacer por una foto, alargaron la risa y le preguntaron si estaba loco.

El buen humor de Marcelo lo hacía integrarse a su misma burla, sabía que ese momento iba a quedar para la historia porque le había tomado una foto y a su vez tenía en mi poder un pequeño video de su graciosa locura.

Estuvimos un rato recorriendo a pie el hermoso camino de flores que nos ofrecía la montaña y el sol nos estaba dando el calor que necesitábamos para continuar. El dolor de cabeza se estaba acentuando y mi visión de túnel había llegado haciendo que por un momento me fuera de lado mientras estábamos bajando sobre el lomo de los caballos, pero rápidamente me repuse para no preocupar a Marcelo.

La tarde estaba llegando y ya debíamos descansar para salir al día siguiente muy temprano. Sentía un poco de nostalgia al tener que abandonar el gran paraíso que nos pareció el bello lugar en la montaña, pero también extrañábamos la cocina y a ese rico sabor a vainilla que acompañaba a todos nuestros postres.

Mientras la nostalgia nos invadía, dentro de la cabaña recordábamos todo lo que habíamos vivido, los momentos de amor y risa y todo se mezclaba para dar como resultado a unos días perfectos. Quitamos el colchón de la cama y lo llevamos hasta el balcón, quisimos que esa última noche que por ahora

íbamos a disfrutar en esa cabaña, fuera a la luz de la luna, como si ella que había sido testigo de ese beso que nos llevó a hacer el amor por primera vez, también nos bendijera con su presencia en esa postrera velada.

—Me siento tan feliz, mi vida —me decía Marcelo, levantándose un poco para mirarme a los ojos —No podía tener a mi lado a una mejor mujer —continuaba mientras me daba sus besos cortos y muy seguidos.

Yo tenía los ojos cerrados porque al momento de acostarnos, se me había oscurecido todo, no podía ver nada y pensé que de esa manera pudiera volver a la normalidad con tan solo esperar algunos minutos.

—¿Te sientes mal, mi vida? —me preguntó al verme con los ojos cerrados.

—Sí, mi vida, un poco. Debe ser el sol, se me puso la vista un poco borrosa, pero ya está pasando —le dije mientras abría los ojos y le sonreía.

Le había mentado a Marcelo, cuando abrí los ojos había empeorado y no podía ver nada, todo estaba oscuro y me preocupé. Le coloqué mi mano en su rostro para saber a qué dirección debía colocar mi cara y así no se diera cuenta de lo que me estaba sucediendo, luego coloqué mi rostro sobre su pecho y ahí comencé a rezar en silencio pidiendo a Dios que me devolviera la visión.

Marcelo no paraba de hablar y yo me impacientaba por no saber qué hacer. Hasta que, sin querer, me había quedado dormida mientras Marcelo me miraba como si estuviera observando alguna constelación en el cielo estrellado. Aprovechó el momento para ponerse cómodo a mi lado y así logró conciliar también el sueño.

A la mañana siguiente, desperté exaltada, como si hubiese estado soñando algo muy feo pero que no era capaz de recordar. La alegría me había vuelto al cuerpo cuando veía todo nuevamente y con más brillo, en ese momento junté mis manos para agradecer a Dios y justo en ese momento despertó Marcelo y se dio cuenta de mi gesto. Me miró con un poco de confusión y me preguntó:

—Buenos días, mi vida ¿Estás bien o me estás ocultando algo importante que deba saber? —me dijo con una voz bastante seria.

Por más que había querido seguir ocultándole las cosas a mi familia, había llegado el momento de decir la verdad al menos a Marcelo sobre lo que

estaba padeciendo desde hace casi un año y que por no alertar a nadie más pensando que todo iba a mejorar pronto, mi padecimiento se había vuelto un desastre.



Capítulo VI

Me senté en el colchón y le tomé sus manos mientras lo miraba, tenía que armarme de valor para poder confesarle mi verdad. Marcelo se veía muy preocupado y se sentó frente a mí para escuchar atento lo que le tenía que decir.

—Desde hace algún tiempo, meses para ser un poco más precisa, he venido presentando este dolor de cabeza, pero no ha sido solo eso porque viene acompañado de una visión borrosa y luego comienzo a ver todo oscuro. Al principio solo tenía que esperar un poco e inmediatamente me volvía la vista de manera normal. El doctor me diagnosticó más que un dolor de cabeza, lo que padezco es una condición llamada visión de túnel y me dijo que con algunos ejercicios y tratamientos me iba a aliviar, pero no ha pasado y, por el contrario, esa visión borrosa y oscura ha ido aumentando y cada vez me dura más tiempo —le iba diciendo mientras él se colocaba sus manos en la boca como indicando que estaba asombrado con lo que me estaba sucediendo.

Continué comentándole y Marcelo no me interrumpía, hasta que me detuve cuando finalicé la historia.

—Mi vida, me duele tanto que estés padeciendo eso, tú sola ¿Por qué no le dijiste a tu familia o a mí? Te pudimos haber acompañado en este proceso ¿Qué viene ahora? —me preguntó bastante inquieto por la preocupación.

—Creo que solo queda esperar a que funcione el tratamiento y los ejercicios ayuden, mi vida, pero yo sé que pronto voy a estar bien —le dije mientras me abrazaba a su cuello buscando su protección.

Marcelo me hizo sentir que contaba con su apoyo y eso me alivió mucho. Después de haber sido sincera, me había quitado un gran peso de encima, podía descansar un poco sin fingir cuando me ocurriera el dolor, pero en todo momento le dejé claro a Marcelo que podía llevar mi vida normal y que teníamos que enfocarnos en el restaurante.

Nos levantamos y estando cada vez más unidos y llenos de amor, recogimos

todo para regresar a la ciudad. Mientras íbamos bajando de la montaña, Marcelo se detenía para recoger algunas flores del camino y me iba haciendo un hermoso ramo para que al menos por unos días pudiera tener un recuerdo natural de ese paraíso que nos hospedó durante esos días. La ruta se hizo corta y ya estando en la ciudad, comenzó la rutina del tráfico que no extrañábamos para nada. De pronto Marcelo y yo nos miramos y enseguida me tomo la mano mientras con la otra sostenía el volante.

En mi mente hice un recuento bastante corto. Apenas Marcelo y yo éramos unos noviecitos de solo besos, de manos sudadas como si fuéramos adolescentes y así duramos un buen tiempo, pero la romántica montaña nos hizo cambiar nuestro estatus. Pensaba en el camino en qué iba a pasar con nosotros ahora que ya nuestra relación había dado un paso más. Con Agustín había llegado virgen al matrimonio, no concebía otra forma de estar con un hombre, pero las relaciones actuales eran muy diferentes y quizás así íbamos a continuar por un tiempo más. No me disgustaba sentirme de alguna manera su mujer, tan solo tenía que dejar todo en manos del tiempo, ese había sido nuestro mejor aliado.

—¿Te dejas en tu casa, mi vida? —me preguntó Marcelo aprovechando que estábamos en la misma dirección.

Me sorprendió un poco su pregunta, pensé que quería seguir pasando los días conmigo después de lo que acabábamos de vivir, pero ya necesitaba entender que me tenía que tomar las cosas con calma.

—Sí, mi vida. Necesito revisar algunas cosas en internet y organizarme un poco con lo del proyecto —le respondí inmediatamente, recordando que necesitamos comenzar a concretar lo que hasta ahora eran unos planes.

Preferí pasar la página y mantener viva la llama que se había encendido entre Marcelo y yo.

—Bueno, preciosa, te dejas por hoy. Quiero que sepas que soy muy feliz a tu lado y pronto vamos a cumplir todos nuestros sueños, juntos. Voy a estar pendiente de ti —me dijo mientras me daba un tierno beso —Gracias, mi vida, por estos días tan mágicos e inolvidables, como muchos otros que pasaremos juntos, te amo —me decía mientras no dejaba de abrazarme fuertemente.

—Gracias a ti por ese escape tan maravilloso, Marcelo. Te has convertido en lo mejor que me ha sucedido en mi vida, te amo inmenso —le dije mientras me separa un poco para poder darle un beso de despedida que fue muy bien correspondido por él.

Me bajé del coche, después que Marcelo me ayudó con el pequeño equipaje. Ya en casa me puse cómoda y saqué los apuntes que habíamos hecho sobre el proyecto e inmediatamente me dispuse a buscar en la web algunos locales en venta que estuvieran relacionados con lo que teníamos en mente, eso habíamos acordado. Di con siete que me parecía que podían cubrir nuestras expectativas y los llamé para contactar una cita.



Capítulo VII

Me sentía muy emocionada con todo lo nuevo que estaba viviendo, mi abuela siempre decía que a veces había que sufrir para llegar a conocer la felicidad y ya había pasado por lo primero, ahora me correspondía lo segundo, ser feliz.

Necesitaba celebrar tantas buenas noticias en mi cocina y mientras recordaba todo lo de la cabaña, hice un rico postre en honor a ella y con la base de la vainilla, como siempre. Me quedó realmente delicioso, anoté la nueva receta y la subí a mi blog. Era genial la manera en que me ponía al pensar en Marcelo, me subía a mil mi autoestima y me sonrojaba ver todo lo que habíamos vivido

Me organicé con Marcelo para ir a ver los locales y luego reunirnos con los demás especialistas, con ello todo estaba listo para dar inicio a la ejecución del proyecto de restaurante. El día se nos hizo corto, para nosotros, esas veinticuatro horas no fueron suficientes, pero, aun así, habíamos logrado ver los locales que estaban muy cerca y llegar y elegir uno de ellos. Después de visitar el sitio con el ingeniero a cargo de la remodelación, solo nos quedaba esperar la maqueta y una vez aprobada solo quedarían días para la inauguración.

Los días siguientes, Marcelo y yo nos dedicamos día y noche a elaborar una carta para la comida, postres y bebidas. Ambos involucramos solo recetas propias, nada de imitaciones, queríamos dar un concepto único que fuera de la mano con la decoración del lugar.

Algunos meses pasaron en los que mi condición de la vista no mejoró y se lo oculté a Marcelo, solo para que no nos desviáramos de nuestro sueño a tan solo días de la apertura. En esas últimas semanas, casi me mudé a casa de Marcelo. Pasamos horas haciendo ajustes a nuestras recetas para no fallar en las combinaciones, hasta que al fin lo logramos.

Me sentía muy agotada, era tanto el trabajo que en todos esos meses no había

podido adelantar algo con mis terapias y el tratamiento para mejorar mi condición se había venido abajo, lo que hacía más frecuentes los dolores de cabeza y la visión borrosa permanecía a tal punto que a veces cocinaba casi sin poder ver, sabiendo el riesgo al que me sometía. Tenía en mente que, al inaugurar, ya todo cambiaría en cuanto al tiempo y podría visitar nuevamente al doctor.

Cuando llegó el día de la inauguración, quise llegar temprano al restaurante con Marcelo para revisar que todo el personal estuviera vestido con los uniformes correctos y que todo estuviera en orden. Marcelo y yo íbamos a preparar todas las preparaciones con los asistentes, él los platos fuertes y yo los postres. Como todo iba a ser a la carta, era necesario tener el mayor cuidado en la cocina. Me sentía muy nerviosa, porque la inauguración iba a ser un evento privado para los familiares, amigos y miembros de la academia de gastronomía y ya para el fin de semana estaría abierto al público en general.

Los comensales estaban llegando y los anfitriones lo iban ubicando en las mesas, nuestros nervios aumentaban al ver cómo se iban llenando las mesas. Mi tensión iba en aumento mientras Marcelo mantenía la calma para prepararse a recibir las órdenes. Sentí por un momento que me iba a desmayar, me sostuve la cabeza y cerré los ojos, en ese momento Marcelo se acercó muy nervioso.

—Cristina, mi vida ¿Por favor, dime que estas bien? Nos hemos descuidado tanto con tu condición, preciosa. No me perdonaría si te llega a pasar algo — me dijo con los ojos nublados por verme tan mal.

No podía fingir, me sentía realmente mal, pero me convertí en una mujer tan fuerte que por nada del mundo iba a permitir que se arruinará el sueño por el que habíamos trabajado tan duro. Me senté y no veía casi, era como si me dieran un pequeño tubo para mirar a través de él y eso hacía que la cabeza me doliera aun más al tener que esforzarme tanto.

—Mi vida, no te asustes, pero no puedo ver casi nada. Creo que me estoy quedando ciega Marcelo —le dije llorando —Pero prométeme que pase lo que pase vamos a continuar con este evento, hemos luchado mucho por llegar a donde estamos mi vida, no quiero que nada empañe esta felicidad. Te prometo que al salir de aquí vamos al médico —le pedí para que no fuera a

alertar a mi familia.

Marcelo no me dio la razón, pero trató de complacerme con la condición de que me quedara sentada en la cocina sin hacer nada, solo por esperar que pasara el dolor de cabeza y yo no tuve más opción que aceptar.

Las operaciones en la cocina habían iniciado y yo apenas podía ver cómo se estaban desarrollando Marcelo con el equipo, pero sí los podía escuchar. El joven que al que le habíamos delegado todo lo de los postres después de lo que me había ocurrido, estaba muy desorganizado y entregaba todo muy tarde a los meseros. Le pedí a Marcelo que se tomara un par de minutos para hablar de inmediato.

—Mi vida, necesito preguntarte algo —le dije con mucha seriedad —¿Tú confías en mí? —le pregunté sin titubear.

—Claro que sí, mi vida —me dijo con mucha seguridad.

—Permíteme preparar los postres. Con la ayuda de joven los puedo sacar en el tiempo estimado —le dije a Marcelo pidiendo que me diera la oportunidad a pesar de que ya no tenía mi visión al cien por ciento.

No podía ver claramente su gesto, pero si pude escuchar claramente cuando me pedía que me levantara de la silla y me pusiera a trabajar y a preparar con mis manos benditas esos postres que solo yo podía hacer.

Alberto se me puso a la orden y solo esperaba que le indicara cómo me iba a ayudar. Comencé a recordar las veces que hacía ejercicios en mi cocina con los ojos vendados y sabía que podía sacar adelante cada preparación. Dejé que él se encargara de la estufa y yo le pasaría las porciones de cada ingrediente. Así logramos sacar todo en cuestión de minutos sin hacer esperar mucho a los comensales.

Cuatro o cinco horas en la cocina para la ocasión especial y quedamos todos exhaustos. Nuestros invitados esperaban por nosotros para darnos sus comentarios. Yo no estaba segura de salir, no quería que me vieran tan desvalida, así que le pedí a Marcelo que llamara a mi familia hasta la oficina para conversar.

Cuando entraron, yo estaba sentada en una de las sillas frente al escritorio. Todos gritaron con palabras de felicitaciones, me levanté, pero me quedé en

el mismo sitio para evitar tropezar y caerme hasta que mi madre se acerca y me abraza, pero al ver que no le estaba mirando a su cara me preguntó si me sucedía algo.

Comencé a llorar, pero no podía sentir que las lágrimas salieran, mi madre desesperada llamo a mi padre y a mis hermanos y Marcelo también se acercó, me abrazó y les pidió a todos que lo escucharan. Inmediatamente me senté y escuché todo lo que Marcelo me contaba a mi familia y ellos no podían aceptar que nos hayamos descuidado tanto por el afán de que todo saliera bien con el restaurante, pero les hice ver que yo también le estaba ocultando la verdad a Marcelo.

Les pedí que por ahora no hicieran comentario, que mi meta en todo momento era de culminar este evento de la mejor manera, así que le pedí a Marcelo que saliera con todo el equipo para hacer la presentación formal a los demás invitados, mientras yo me quedaba en la oficina con mi familia. Para mí, era muy difícil no salir con todos ellos, porque para un chef, ése iba a ser el momento perfecto para el reconocimiento del éxito, pero necesitaba tranquilizar a mi familia.

Marcelo entendió que no tenía otra opción y así hizo. Todos lo felicitaron por el concepto del restaurante y extrañaron no verme con todo ellos, pero Marcelo les explicó que me había tenido que ir por una emergencia familiar. Después de unos largos minutos, Marcelo regresó informando que todo había salido a la perfección y ahora solo quedaba que nos fuéramos de emergencia a la clínica.

Nos fuimos todos y yo me sentía tan asustada, como si estuviera en una habitación a oscuras donde solo escuchara voces. El dolor de cabeza ya había cedido por completo, pero mi visión se había perdido por completo. Estaba muy asustada por lo que diría mi doctor, esperaba que, con alguna inyección o medicamento, pudiera volver a ver y esa era mi esperanza.

Nunca había querido preocupar a mi familia, pensé que solo se trataba de la visión de túnel como me había dicho aquel doctor, nunca me imaginé que podía perder la visión por no haber hecho los ejercicios, por eso sabía que estaba pasando algo más. Iba en silencio pidiendo a Dios que me ayudara a soportar la decisión que él quisiera, pero que no me abandonara.

Marcelo iba en su coche y podía sentir sus pensamientos de preocupación hacia mí, hasta que llegamos a la clínica. Entre mi madre y Marcelo me llevaron a urgencias y les hicieron esperar a todos en la sala de espera mientras a mí me evaluaban varios doctores. Me hicieron muchas preguntas y con cada respuesta iban autorizando un examen especial.

—¿Qué me sucede, doctores? Por favor, quiero saber —les pedí llorando, muy asustada por conocer qué estaban anotando y desesperada por no poder ver.

—Estamos ante una seria situación, Cristina. Te pedimos un poco de calma para poder decirte con exactitud lo que te está sucediendo —me dijo uno de ellos con un tono de preocupación.

Inmediatamente llegó una enfermera y me pidió que tomara asiento y con su ayuda, me senté en una silla de ruedas para que me pudiera trasladar hasta el laboratorio. Me sentía muy frustrada, después de haber logrado mi sueño, la vida me estaba apagando la luz para que no pudiera ver el éxito y disfrutar de la felicidad plena que estaba logrando al lado de Marcelo. Era tan perfecto para ser real, mi vida estaba marcada por el sufrimiento, pensaba.

Cordialmente me hicieron todo lo que habían solicitado los médicos y ahora solo quedaba esperar. Hicieron pasar a mis familiares de uno en uno por lo pequeña de la sala de urgencias y cuando pasó mi madre, estaba desconsolada y me partía el corazón escucharla llorar. Unos minutos después, me dijo que iba a salir para que pudiera entrar Marcelo a verme por unos minutos.

—Mi vida ¿Cómo estas, como te sientes? —me preguntó y aunque no lo podía ver, sabía por su tono de voz que había estado llorando.

Le pedí inmediatamente que me abrazara y tan solo con eso le estaba respondiendo que sentía mucho temor a quedarme así para siempre.

—No estás sola, mi vida. Yo estoy contigo y así estaré siempre. Vamos a tener fe. Recuerda esa primera vez que nos vimos, mantenla en tu mente y trata de ver, de buscar una luz en tus ojos para que la mantengas encendida a través del recuerdo. Todo va a salir bien —me decía mientras me levantaba la cara para darme un beso.

En ese momento, entra la enfermera para colocarme una vía, me iban a

colocar una especie de sedante que no me iba a permitir dormir, pero si calmaría mis nervios, era necesario para un análisis visual que me tenían que realizar en la cornea. Ya me sentía saturada de tantos análisis, tan solo quería que alguien me dijera ya qué e estaba ocurriendo.

Después de unas horas recluidas en la clínica, deciden pasarme a una habitación. Para mí fue una noticia que me partió el corazón, eso implicaba que tardaría mucho más tiempo hospitalizada, lo que me hacía creer que mi situación era bastante seria. Estando ahí, todos pudieron entrar para acompañarme y podía sentir la tensión que había en sus rostros, aunque no los pudiera ver.

Mi padre muy poco había hablado, sabía que la preocupación no o dejaba tranquilo. Por ser la única hija mujer, era la consentida y nunca se había imaginado que yo pasaría por algo así. Cuando le pedí que se acercara, tocaron a la puerta e inmediatamente la abrieron. Eran los doctores y la enfermera que traían los resultados de todo lo que me habían realizado.

—Buenas noches —dijeron todos los doctores al entrar —Ya tenemos los resultados de las evaluaciones que le realizamos a Cristinas y después de una discusión con todos los especialistas, ante el extraño caso de ella tenemos un diagnóstico no muy alentador —iba diciendo uno de los doctores.

Me senté en la cama sobresaltada por lo que estaba escuchando. Marcelo y mi madre no me soltaban las manos, haciéndome sentir que estaban conmigo y me resigné a escuchar.

—Necesitamos que te calmes, Cristina y puedas escuchar lo que tenemos que decirte, por favor —me dijo una de las doctoras, como si fuera ella la que estuviera sin poder ver.

No era fácil mantener la calma, pero me contuve y les pedí que por favor hablaran sin titubear.

—Lamentablemente tu visión se fue acortando con el tiempo y los daños internos en tu órgano visual fueron muy graves por lo que no podemos hacer nada ante la ceguera inminente que estás padeciendo, lo sentimos mucho, pero esta es una realidad que antes de venir hasta aquí, pedimos opinión con otros colegas del exterior y todos coincidimos en lo mismo —me decía la doctora.

Mi madre lloraba desconsolada y Marcelo me abrazaba mientras yo no entendía si había escuchado bien.

—Entonces ¿Ya no podré volver a ver? —les pregunté para que en tan solo una palabra me pudieran sacar de la duda.

—No, Cristina. Ya no podrás volver a ver —me dijo la doctora —Les pido a todos ustedes que son sus familiares que no la abandonen en este proceso y que estamos a la orden ante cualquier emergencia. Vamos a dejarles el número de una psiquiatra especialista en estos casos para que los pueda orientar en el proceso de adaptación —culminó su diagnóstico, dejó las indicaciones y recomendaciones y se retiraron todos ellos dejándome con los míos en la habitación.

Cuando se fueron los doctores, la habitación quedó en silencio, imaginaba que ninguno de ellos se atrevía a hablarme, solo podía escuchar a mi madre sollozando, hasta que Marcelo rompió el silencio del cruel momento que estaba viviendo.

—Vamos a hacer lo imposible porque recuperes tu vista, mi vida —me dijo para darme esperanzas.

—No, mi vida. No me des una esperanza que no quiero mantener ¿No escuchaste a la doctora? Ellos pidieron la opinión a otros médicos en el exterior para estar seguros del diagnóstico ¿Qué más necesito para aceptar que más nunca volveré a ver? —le dije con mucha tristeza y resignación.

Mi familia estaba muy afligida y yo con el alma partida en pedazos. No sabía qué hacer, cómo continuar, no tenía idea de cómo iba a afrontar mi vida sin depender de una mano que me lleve por el camino que debo transitar. Me sentía ahogada en mi llanto que no podía sentir caer en mi rostro, era como si algo dentro de mí había muerto y eran mis ojos, ese espejo donde podía reflejar mi alma, mi verdad, mi amor.

—Te vienes a la casa con nosotros, hija —me dijo mi padre con mucha autoridad.

Yo había comenzado una vida junto a Marcelo, solo me faltaba por llevar algunas cosas a su casa y ya estaría completamente mudada, viviendo con él, pero al saber que estaba completamente ciega, no quería forzarlo a una vida

tan oscura como la mía.

—Por favor, déjenme a sola un momento con Marcelo —les pedí a todos antes de darle una respuesta a mis padres.

Todos salieron, me había quedado sola con ese hombre que se había convertido en mi todo, con el que me había atrevido a las cosas más locas y divertidas, quien me hacía reír con sus locuras y me había mostrado los más maravillosos paisajes.

—Antes de que me digas algo, quiero que sepas que no pienso dejarte, estoy aquí para ti, para ayudarte. Somos un equipo, somos unos solo y tenemos un gran sueño que se está cumpliendo. Seré tus ojos, mi vida. Solo tienes que aprender a mirar a través de mí —me dijo Marcelo, dejándome sin palabras antes lo que le iba a pedir.

—Gracias por tus palabras mi vida, yo estaba pensando en no convertirme en un estorbo para ti y te iba a dejar libre de mí —le dije mientras lo abrazaba — Gracias por amarme y por hacerme sentir que me necesitas en tu vida —le dije mientras nos dábamos un beso.

Le pedí a Marcelo que hiciera pasar a mi familia y le hablé sobre mi vida en adelante.

—Padres, hermanos, desde hace mucho tengo una relación con este maravilloso hombre, como ya se habrán dado cuenta. No vivíamos juntos del todo, pero convivíamos casi todos los días. Tenemos un proyecto, juntos y en este momento él me pide que no lo deje —les hablé con el corazón.

Marcelo me abrazó y me pidió que lo dejara hablar un momento.

—Yo sé que no he compartido mucho con ustedes, pero quiero que sepan que Cristina lo es todo para mí. Si ella no tiene sus ojos para ver, yo le ofrezco los míos y que, a través de mí, pueda ver las maravillas que no conocía. Aun ella puede llevar una vida normal, miren lo que pudo hacer hoy, sacó todos los postres ella con la ayuda de un asistente y todo quedó perfecto, Cristina tiene el sentido olfativo más impresionante que haya podido conocer, es capaz de identificar especies, condimentos, alimentos, sin ver, eso es maravilloso. Seguirá siendo la chef más impresionante que el mundo haya conocido —les dijo Marcelo y al escucharlo me llenaba de esperanzas y mucho orgullo por la

admiración con la que se refería a mí.

—Te felicito hijo, por esas palabras —le dijo mi padre y pude notar que se encontraba muy conmovido —Jamás le había dicho esto ni al ex de Cristina, pero hoy te lo digo a ti de todo corazón ¡Bienvenido a la familia, Marcelo! — con mucho afecto mi padre se dirigió a Marcelo y pude escuchar el espaldarazo que le dio mientras se abrazaban al igual que mi madre y mis hermanos.



Capítulo VIII

Mientras ellos se abrazaban y hablaban del apoyo que nos iban a dar a Marcelo y a mí, yo me quedé analizando y era extraña la manera en que me llegaban los recuerdos y por más que quería, sabía que no iba a ser del todo fácil. Necesitaba aprender, comenzar de nuevo, pero de la mano de un hombre maravilloso.

Esperamos unas horas más hasta que llegaron de administración con la factura que se debía cancelar para poder irnos, bastante costosa por cierto por la expresión de mi padre. Marcelo inmediatamente se la quitó y le dijo que esa era su responsabilidad y mi padre se sintió muy orgulloso de su gesto.

Salimos de la clínica y Marcelo me tomaba de la mano como si yo pudiera ver de lo más normal, eso me hacía sentir segura porque escuchaba sus pasos e iba a su ritmo, apenas él se detenía y yo lo hacía. Nos despedimos de mi familia y mi madre no paraba de llorar, podía comprender su dolor y yo por dentro estaba deshecha, por más que pretendía hacerles ver que había aceptado todo, no era tan fácil lo que me estaba tocando vivir.

—Por favor, avísennos si les hace falta algo, estamos para ayudar hermana — me dijo Ángel, mi hermano mayor.

—Claro que sí, hermano. Ahora más que nunca los necesito a todos, así de unidos —les dije mientras recibía un caluroso abrazo grupal.

Cuando llegamos a casa de Marcelo, me sentí tan extraña que comencé a llorar. Ya podía sacar todo el dolor que ocultaba a mi familia, pero que con él necesitaba sacar para desahogarme. Era un momento de tristeza muy fuerte y no podía llegar a la cocina a prepararme algún postre con el aroma de vainilla como me gustaba para levantarme el ánimo. Me iba a costar mucho tiempo adaptarme a esta nueva vida, a esta nueva yo.

—Sé lo que estás pensando mi vida, sí puedes hacerlo. Ven conmigo por favor, vamos a la cocina y prepárame ese rico postre que ha llegado a tu mente —me dijo Marcelo como si leyera mis pensamientos.

—Sí, vamos mi vida, necesito mantenerme activa —le dije mientras me levantaba y extendía mi mano para que Marcelo me guiara.

Me dejé llevar por la emoción, la cocina era mi mejor centro de terapia y el amor de Marcelo sabía que pronto iba a superar lo que me ocurría. Ya era muy tarde en la noche y nosotros aun estábamos en la cocina, casi terminando el postre que me había llegado a la mente. Por un momento olvidé que no podía ver, estar cocinando me hacía olvidar de los problemas, me trasladaba a un mundo irreal y con la compañía de Marcelo se hacía un poco más fácil.

Cuando nos fuimos a la habitación, ahí comenzó mi frustración al querer ducharme y no poder hacerlo sola, pero Marcelo se encargó de hacer un momento maravilloso cuando nos fuimos a la ducha y los juegos, besos y caricias, hicieron que termináramos haciendo el amor en una habitación a oscuras.

Al día siguiente me levanté muy temprano y traté de que Marcelo no se diera cuenta. Caminando muy lentamente me fui hasta la cocina y como me conocía muy bien la cocina, preparé en la cafetera dos tazas de cafés. Intenté preparar el desayuno, pero por más que traté me dio un poco de temor el encender la estufa.

Por el aroma, Marcelo se despertó y al ver que no estaba en la cama, comenzó a gritar, como loco.

—¡Cristina, mi vida!

Traté de salir corriendo para que viera, pero tropecé con el mesón y me golpeé la cadera. Me sentí inútil y Marcelo me hizo ver que necesitaba ayuda, pero quise demostrarle que estaba poniendo de mi parte.

—¿Estás bien, mi vida? Me asusté al no verte en la cama —me dijo mientras me abrazaba, como si tuviera miedo de que algún extraterrestre me llevara en su nave espacial, aunque si me iba a devolver la vista, yo misma le pediría que viniera por mí.

—Quise preparar el desayuno, mi vida, pero solo alcancé a hacer el café, pero poco a poco iré aprendiendo —le dije muy sonriente mientras le daba un beso de buenos días.

Marcelo probó el café y me aseguró que estaba mejor que el que le preparaba cuando podía ver. Me daba mucha risa porque Marcelo a cada cosa que yo intentaba le hacía un chiste y eso hacía mi vida más fácil.

Decidimos ir a trabajar en la apertura al público del restaurante, así que necesitaba un atuendo para salir. Era como si volviera a depender de mis padres cuando era niña, que me dejaban en la cama la ropa que debía usar luego de la ducha, así estaba yo, esperando que Marcelo me buscara una ropa acorde para ir al restaurante.

Me estuve haciendo daño por varias semanas, a pesar de que Marcelo hacía lo imposible porque yo me sintiera bien, yo no terminaba de adaptarme a mi ceguera, me estaba volviendo insoportable al punto que estaba perdiendo el interés por la cocina, ya no podía seguir siendo esa mujer fuerte que estaba pasando por una situación momentánea, me estaba mintiendo a mí misma y ya no podía seguir aparentando. Había dejado en Marcelo gran parte de la responsabilidad de restaurante por esa inseguridad que se había apoderado de mí unos meses después de mi operación.

Marcelo se había convertido en mi sombra, me ayudaba en todo, era como si se hubiera convertido en mi esclavo y casi no tenía tiempo para él mismo, eso me tenía frustrada porque le estaba haciendo un daño, aunque Marcelo me demostraba que lo hacía con amor. Pensaba en todo momento que él se podía obstinar de la situación y lo entendía perfectamente, por eso con mucho dolor, yo había tomado la decisión de alejarlo de mí para que pudiera enamorarse de de otra mujer que le permitiera ser el mismo que era antes, aunque con tan solo imaginar que Marcelo pudiera estar con otra, me entristecía muchísimo y me llenaba de celos.

Cuando Marcelo llegó a la casa, le pedí que por favor tomara asiento porque era necesario que conversáramos, a pesar de que me sentía muy confundida con lo que iba a decirle, quise tomar el riesgo. Después de saludarme muy amorosamente, como siempre, se dispuso a escucharme.

—Marcelo, yo llevo algunos días pensando y me he sentido muy mal emocionalmente porque siento que de alguna manera te estoy arruinando tu vida. No quiero tenerte atado a mí, creo que puedes ser feliz con alguien normal. Esto no es vida para mí ni para ti, pensamos que iba a ser fácil, pero nos vemos engañado a nosotros mismos, cada vez más yo me siento más

torpe. Por favor Marcelo, quiero que nos separemos —le dije con mucho dolor y con la impotencia de no poder ver la expresión de su rostro.

Marcelo estaba consternado no podía entender cómo le estaba pidiendo que se alejara de mí después de todo el esfuerzo que le había puesto a nuestra relación desde que yo estaba ciega y más sabiendo que a mí me dolía mucho esa decisión. Sé que era injusto, pero cuando se ama siempre se busca lo mejor para la otra persona, era un sacrificio lo que yo estaba pensando porque él era un hombre tan bueno y tan noble y tenía tanta paciencia que inmediatamente se sentó a mi lado para tratar de calmarme al notar que estaba llorando y eso hacía que se notara que también estaba sufriendo mucho.

—¡Mi vida, escúchame por favor! Hace unos meses, cuando pasó lo de tu vista, en la clínica ¿Recuerdas que te dije que no quiero alejarme de ti? Es así, eres mi vida Cristina, y si te alejas de mí se acaba todo, te llevaras mis ilusiones contigo. Preciosa, déjate ayudar, vamos juntos a esa terapia que no has querido ir. Permíteme estar a tu lado y permítete a ti regresar a lo que tanto te gusta, no dejes que esto te detenga. Si quieres ver el sol salgamos, hazlo, mientras tú lo sientes sobre tu piel yo puedo decirte cómo está el cielo, puedes percibir el olor de las flores mientras yo te ayudo a describirlas. Déjame ser tus ojos una vez más, pero déjate ayudar mi vida, te amo entiéndelo ¡Te amo! —me dijo con mucho amor, mientras me tomaba mi rostro con sus dos manos para darme un beso muy tierno.

Sus palabras me devolvieron la alegría de permanecer a su lado, era como si me estuviera ubicando en mi realidad, esa que debía aceptar para conseguir ser feliz. Cada vez que me venía a la mente la idea de dejar a Marcelo, él rompía todo paradigma, me hacía ver todo lo equivocada que estaba, era esa horma de mi zapato que me hacía calzarlo perfecto y me hacía reaccionar al momento.

Necesitaba de alguna manera una sacudida como la que me estaba haciendo Marcelo. Yo tenía todo para ser feliz y lo estaba dejando a un lado por solo pensar en que romper la relación le hacía un bien a él y me estaba demostrando que solo yo quería eso, pero tampoco estaba segura al hacerle sentir tanta inseguridad en mis palabras.

—Siento mucha pena contigo mi vida. Ponerte ante esta situación para mí es

muy difícil si lo ha sido para mí. Aun no me he adaptado, pero sí hagámoslo, vamos a terapia. Sólo te pido una cosa, busquemos a los mejores chef y contrátenoslos para que lleven el restaurante por un tiempo y de esa manera tú y yo podamos dedicarnos un poco a nosotros y logramos mantener juntos a ese sueño que un día tuvimos y que materializamos en nuestro restaurante — le pedí con mucha tristeza ante lo que le había pedido anteriormente —Yo también te amo, mi vida y mucho y no creo que vuelva a ser la misma persona si tú no estás a mi lado.

Marcelo me acariciaba el cabello y me pasaba su mano por mi rostro, estaba siendo tan comprensivo conmigo que me tranquilizaba, me llenaba de paz ante tanta confusión y dolor por no terminar de aceptar mi ceguera.

—Ya lo había pensado mi vida, de hecho, era una de las sorpresas que hoy te traía. Aquí tengo varias hojas de vida, para que juntos las evaluemos, Cristina. Mi vida, yo te las leeré y así los dos podemos decidir a quiénes vamos a entrevistar para esta misma tarde. Vas a darte cuenta de que todo esto va a funcionar, yo quiero pasar el resto de mi vida contigo, Cristina — me dijo con mucho amor, mientras me daba besos y me hacía reír haciéndome cosquillas por todo mi cuerpo.

Yo necesitaba alejar todos esos pensamientos negativos de mi mente, estaba siendo una mujer insegura, pero cómo no serlo, si me estaba sintiendo como esa mujer sumisa que era cuando vivía con Agustín, atendida a lo que él dijera. No quería repetir la historia y menos después que había decidió por mi propia iniciativa a darme la oportunidad de un cambio en todo sentido. No podía negar que mi miedo era a sufrir otro fracaso de amor, otra decepción que terminaría por enterrarme en vida.

Esa misma noche después de cenar, Marcelo y yo nos fuimos a la a la cama. Esa vez, todo fue con calma, él volvió a tratarme como antes, como a esa princesa de cristal que en cualquier momento podría quebrarse, como antes del viaje a aquella mágica montaña, me hacía sentir que era su novia eterna, y me hacía sentir tan diferente que hacíamos el amor con una mezcla de pasión y ternura y había tanta delicadeza que parecíamos estar en el paraíso. Sus caricias me hacían ver a través de sus emociones y de sus gemidos, podía darme cuenta del placer que sentía Marcelo y eso me llenaba de mucho placer.

A la mañana siguiente, cuando desperté, me sentía muy firme y muy renovada, con muchas ganas de ir al restaurante para entrevistar a los chefs que habíamos seleccionado. Desperté a Marcelo con un beso en la frente, inmediatamente me abrazó y me llevó hasta su pecho. El sonido de una de las aves llegó muy de cerca, en la ventana y Marcelo me describió sus colores y yo adivinaba la especie y ya con eso podía reconocerlo en su próxima visita. Después de desayunar, nos fuimos a nuestro trabajo para comenzar el gran día que estaba por iniciar.

Los candidatos llegaron cada uno con su sueño y otros simplemente por querer trabajar, no fue muy difícil escoger. Les pedimos que preparan un plato especial y un postre con tan solo cuatro ingredientes y esa iba a ser la última prueba para dar por sentado quien era merecedor del cargo. Ganaría el mejor, escogimos a una joven que tenía mucho de mí, era muy risueña, encantadora, soñadora y, sobre todo, muy talentosa y a otro joven, un hombre con las mismas características y también muy bueno en la cocina. Estuvimos con ellos una semana para que se adaptaran al ritmo del restaurante y validar que se utilizaran las porciones exactas para que el plato o el postre salieran a la perfección. Todos se quedaron asombrados al verme en mi condición de ciega y cocinando. Pero, yo cocinaba con el corazón veía a través de mi pasión y de los olores y sabores que me llenaban de creatividad.

Salimos del restaurante de lo más alegres. Marcelo me llevaba abrazada por la espalda como si quisiera que lo cargara y así me iba guiando hasta llegar al estacionamiento. Mientras estábamos en el coche, me decía que se sentía muy feliz y yo solamente le podía corresponder con amor. En ese momento, pude sentir el aroma de las Flores tan cerca que cuando fui a colocar mi bolso en el asiento trasero toqué la bolsa y ahí estaban las rosas. Era tan intenso su aroma que podía verlas a través del olor que sobresalía. En mi mente eran de color rojo y me atrevía a afirmar que era así.

—Mi vida, gracias. Marcelo eres lo más lindo que me ha pasado en toda la vida, no sabes cómo me encanta recibir rosas y son rojas ¿Verdad? Puedo sentir su aroma, es tan fuerte, que estoy casi segura ¿Dime que son rosas rojas? —le pregunté muy emocionada, mientras yo continuaba con el ramo de flores en mis manos.

Marcelo se reía al sentirme como una niña tan emocionada por recibir un presente tan bonito.

—¿Sabes que no te mentiría, preciosa? Sí, es un ramo de rosas rojas, como a ti te gusta mi vida. Sólo para ti, porque te mereces lo mejor del mundo —me dijo con tanto amor, mientras con una de sus manos me tomaba por el rostro y me acercaba sus labios hasta sentir un beso tan tierno que me hizo volar como si fuera una de esas plumas tan livianas que se dejan llevar a través del aire. Realmente, me sentía muy feliz y muy dichosa su lado.

Agradecía a Dios por cada minuto al lado de Marcelo, sin él, creo que no hubiera podido avanzar en mi sueño de sostener el restaurante que, gracias a su perseverancia, se había convertido en una gran empresa.

Mientras rodábamos en el coche, Marcelo me toma la mano y me vuelve a sorprender con una gran noticia.

—¿Sabes para dónde vamos, mi vida? —me preguntó mientras me besaba la mano con mucha dulzura.

—No lo sé Marcelo, ya me tienes intrigada con tanto misterio ¡Dime, mi vida! ¿A dónde vamos? —le pregunté con mucha intriga mientras se dibujaba una sonrisa en mi rostro.

—Hoy iniciamos la terapia con la psiquiatra, mi vida. Eso nos va a ayudar a que no vuelvas a tener esos episodios de tristeza y nos va a permitir aceptar esta nueva condición en tu vida. Quiero estar involucrado en todo este proceso, por eso digo que hoy iniciamos la terapia —me dijo haciéndome sentir que está muy comprometido con lo que me está sucediendo.

No sabía en qué momento Marcelo había pedido la cita con la doctora, a pesar de que le había dicho que sí, no tenía establecida alguna fecha, pero mientras más rápido fuéramos, mi vida iba a ser más cómoda y me iba a sentir más segura.

—¿Te he dicho que me encantas? —le pregunté mientras buscaba tocar su rostro con mi mano —Tenías todo preparado, mi vida. Gracias por eso, porque si fuera por mí, no sé cuanto tiempo me hubiera tomado para decidirme —le dije mientras apoyaba mi cabeza sobre su hombro.

Marcelo sonreía y podía sentir la tranquilidad que le daba el que yo haya aceptado ese cambio.

—Para que veas, mi vida. Quiero lo mejor para ti porque eso siempre nos va

a beneficiar como parejas —me dijo mientras dejaba sonar la música en el reproductor de su coche.

Llegamos a la consulta y la doctora de lo más amable nos hizo pasar. Después de llenar mi historia clínica, me correspondió hablar de mi vida desde que era niña, para mí era muy privado y Marcelo al escuchar que había temas que me afectaban mucho, quiso salirse del consultorio, pero lo detuve, no tenía nada que ocultarle al hombre que amaba. Cuando llegué a mi vida de casada con Agustín, fue muy penoso para mí. A nadie le había comentado lo que él me había hecho vivir, tan solo algunos detalles, pero nunca tan profundo como lo que en verdad sucedió. Agustín me tomaba la mano y podía sentir lo consternado que estaba al saber toda la verdad, pero se trataba de una terapia que debía aprovechar al máximo.

La doctora luego comenzó a hacer preguntas muy puntuales, y yo sin ningún temor las respondía. Hasta que llegamos a mi vida con Marcelo y ahí mi sonrisa siempre permanecía.

Después de un par de horas ahí sentados, sentí un desahogo, como si me hubiera quitado un gran peso de encima, pero lo que más me importaba era conocer de manos de la doctora, cómo podía hacer para sobrellevar mi condición de ciega y cómo evitar que afectara de algún modo, mi vida al lado de Marcelo. Ya no quería continuar con esos altibajos que generaban en mí, algunos episodios de depresivos en los que solo pretendía romper mi relación amorosa por pensar que le estaba haciendo daño a él.



Capítulo IX

La doctora fue muy dura en la terapia, me hizo ver la realidad de una manera muy franca, sin adornos ni maquillajes, tanto que me hicieron aterrizar, como si hubiese estado viviendo en los últimos meses, una vida en la que mis pies no estaban tocando el piso, me bajó de un solo golpe.

Entendí que había que aceptar lo que nos toca vivir porque es lo que nosotros mismos buscamos. Mi vida con Agustín la merecía porque aun sabiendo que sufría y que no era feliz, me mantuve a su lado teniendo todos los motivos para dejarlo y con mi condición visual, yo misma propicié que sucediera al postergar el tratamiento y terapia por andar muy ocupada con el proyecto y arranque del restaurante.

Aun quedaban algunas terapias por asistir y Marcelo se emocionaba al sentir que mi vida estaba cambiando para bien. Las siguientes citas con la doctora, me llevaron por el camino de la aceptación, comencé a usar un bastón guía para caminar y no tropezar, Marcelo me escogió unas gafas oscuras que según él me quedaban muy bien. Tomé la decisión de mudar mis cosas definitivamente a casa de Marcelo. De vez en cuando nos íbamos al restaurante para conocer de mano de los empleados, cómo estaban funcionando las cosas y saber alguna sugerencia que nos llevara a mejorar.

De vez en cuando invitábamos a nuestros padres a alguna comida especial en la casa y disfrutábamos mucho en familia. Casi todos los días, Marcelo me acompañaba a la cocina para sacar adelante nuevos experimentos de postres, a lo que me había dedicado de lleno para innovar siempre el menú del restaurante. Marcelo se especializó en platos fuertes y sus creaciones dejaban extasiado el paladar de cualquier crítico gastronómico.

Me sentía como pez en el agua en la cocina, pero me era muy difícil hacer algo en la estufa, batía a la perfección, pero todo lo que tuviera que ver con la cocción se lo dejaba a otra persona.

Un mes después, Marcelo me propuso irnos de viaje para celebrar con unas

merecidas vacaciones que habíamos vuelto a ser los mismos enamorados y dejé en sus manos que escogiera el lugar, él estuvo de acuerdo, así que trató de darme una sorpresa como siempre estaba acostumbrado.

Habíamos contratado a una señora para que ayudara con las labores de la casa y se había convertido en una gran amiga, como una segunda madre que me consentía junto con Marcelo y también colaboraba en mantener al día mis publicaciones en mi blog, ya tenía muchos lectores que cada vez me manifestaban su admiración y muchos periodistas querían que les diera algunas entrevistas para conocer más de mí y que les preparara en vivo algún postre de esos que habían convertido al restaurante como el número uno en preferencia y recomendación. Marcelo también había ganado popularidad y nos habíamos convertido en la pareja gastronómica del momento.

—Cristina, mi niña, ya llegó Marcelo —me dijo la señora Alicia después de haberse asomado por la ventana —Voy a calentar la cena —me dijo mientras se iba a la cocina.

El sonido de las llaves me alertaba que ya mi vida estaba por entrar a la sala.

—¡Buenas noches! —entró gritando Marcelo —¿Dónde está la mujer más hermosa del mundo y con los ojos más lindos? —preguntaba, haciéndome sonreír.

—¡Aquí estoy mi vida! —le dije mientras abría mis brazos para recibir un gran abrazo y un beso de Marcelo.

Cuando yo permanecía en casa Marcelo llegaba del restaurante y me traía una flor diferente, para que a través de su aroma yo pudiera ejercitarme y reconocerlas, a mí me agradaba tanto su gesto, que siempre esperaba que llegara ese momento, como una niña a punto de recibir su golosina

Después de algunos minutos de compartir en la sala con Marcelo, la señora Alicia nos avisó que podíamos pasar a la mesa para sentarnos a comer. Ya no tenía que esperar para que me extendiera su mano para caminar, pero de igual manera lo hacía por ser un caballero.

Nos fuimos muy risueños hasta el comedor y la señora Alicia se alegraba mucho al ver que nos amábamos tanto, ella nos alentaba al decir que, en todos sus años de experiencia, nunca había visto tanto amor en una pareja y

eso nos daba más ánimo de derrochar nuestro amor. Nos besábamos en todo momento y con abrazos y caricias no hacíamos sentir que estábamos ahí, él uno para el otro.

La cena estuvo muy sabrosa, la señora Alicia también le gustaba mucho dedicarse a preparar comida, le ponía mucho corazón a cada plato y siempre nos pedía alguna recomendación.

—Buenos mis hijos, ya me tengo que ir. Nos vemos mañana temprano, sean felices —Nos dijo mientras se despedía con un abrazo y un beso para cada uno —Los quiero.

—También te queremos, Alicia —le dijimos los dos al unísono.

Cuando nos quedamos solos, Marcelo me llevó hasta el balcón y ahí nos sentamos a conversar con unas copas de vino.

—Mi vida, de todo lo que hemos vivido, ¿qué es lo que más recuerdas que te haya marcado? Ese o esos momentos que han sido inolvidables para ti —me preguntó Marcelo con mucha nostalgia.

—Contigo todos los momentos han sido inolvidables, mi vida. Pero, esos días que vivimos en la montaña fueron mágicos. Puedo extender la mano y sentir como la niebla desciende. Ahí fue nuestro primer encuentro desinhibido, nuestra primera vez haciendo el amor, no podría olvidarlo —le dije a Marcelo mientras me acercaba a él para apoyar mi cabeza sobre su pecho.

Marcelo se levantó por un momento y me dejó sentada esperando, pero en cuestión de segundos, se acercó a mí y se sentó. Podía escuchar cómo manipulaba un papel, pero no sabía aun de qué se trataba, hasta que rompió su misterio.

—Para mí también ese ha sido unos de los momentos que más me ha marcado en la relación, mi vida. Por eso, quiero revivir contigo esos días tan especiales —me decía mientras con su voz un tanto quebrada por la emoción, me colocaba en mis manos, un sobre —Sé que no puedes ver con tus ojos, pero sí puede hacerlo con el corazón, tan solo busca en tus recuerdos y dime ¿Qué tienes en tus manos? —me preguntó con mucho amor.

Cerré los ojos, no para dejar de mirar porque daba igual si estaban abiertos o no, solo porque de alguna manera buscaba en mi mente esa sensación de lo

que estaba tocando. Por la textura del papel, supuse que se trataba de algunos boletos y como Marcelo me había hablado de unas vacaciones, creí haber atinado con la respuesta.

—¿Unos boletos? —le pregunté, tratando de no quedar mal.

—Sí, son unos boletos para ir a visitar nuevamente nuestra montaña, pero esta vez con más calma, con más tiempo —me dijo mientras me estaba besando suavemente —Nos iremos sin coche, para que podamos estar más cómodos al bajar y regresar —continuó Marcelo con su sorpresa.

Yo no cabía de tanta emoción por saber que íbamos a revivir tan bonitos recuerdos, aunque ya no iba a poder ver el camino de flores ni la niebla sobre la montaña, pero iba a poder disfrutar del aroma de la naturaleza y el sonido de las aves y de los riachuelos y por supuesto el buen sabor del chocolate caliente que solo ellos podían preparar.

—Mi vida, me hace muy feliz esta sorpresa ¿Cuándo nos vamos? —le pregunté, casi saltando de la silla.

—El próximo fin de semana nos vamos, mi vida —me dijo mientras nos abrazábamos.

Apenas estaba iniciando la semana y ya quería adelantar los días para irnos, pero sabía que era necesario terminar de revisar la contabilidad de la empresa con el administrador para el cierre de año fiscal y Marcelo no se iba a ir sin dejar eso arreglado. Mientras conversábamos sobre el viaje, el móvil de Marcelo comenzó a sonar, pensé que atendería sin ningún temor delante de mí, pero se levanto y se fue hasta la sala para contestar. Me sorprendió un poco su actitud, pero no le di importancia, seguí con mi copa de vino hasta un par de minutos después él se volvió a acercar.

—Mi vida, debo salir un momento, pero en poco tiempo estaré nuevamente a tu lado, lo prometo —me dijo Marcelo mientras sonaban sus llaves y la puerta de la entrada cuando la cerró fuertemente.

Pude notar en su voz, cierta preocupación y nerviosismo después de atender esa llamada. Marcelo nunca había salido tan tarde de la casa, comencé a preocuparme a tal punto que le marqué varias veces a su móvil después que había pasado una hora desde que se había ido y él en ningún momento

atendió. Muchas cosas pasaron por mi cabeza, pero lo que más me preocupaba era que se tratara de otra mujer. Inmediatamente me levanté y dejé caer el bastón, confieso que me desesperé un poco al recordar la traición de Agustín con aquella mujer y caí al suelo al tropezarme con la mesa. Sentí mucha impotencia por no poder coger el coche e irme a algún lugar a buscarlo.

—¡Maldita ceguera! —grité en mi desesperación.

Volví a marcarle a su móvil y lo había apagado, me senté en el sofá, llena de ira, pensando que era normal que algo sucedería ¿Quién iba a soportar tanto tiempo con una ciega? Me martirizaba a cada minuto que pasaba si saber de Marcelo. Toda la escena que habíamos vivido hace un par de horas se había opacado con esa salida misteriosa.

Me sentía como una escoba, inmóvil sin poder salir de la casa, ni llamar a nadie más porque solo Marcelo me había enseñado a contestar una llamada y a marcar una tecla para hacerle una llamada a él.

Mentalmente me estaba preparando para decirle que todo iba a terminar porque no estaba dispuesta a soportar ser una cornuda, que no por estar ciega tenía que soportar que él me estuviera engañando. Pasaban muchas cosas por mi cabeza, el no tener respuesta de Marcelo me estaba haciendo enloquecer.

Hasta que, al fin, escuché el sonido de su coche y luego las llaves que abrían la puerta de la sala donde yo estaba esperando. Me sentía cargada de mucha tensión, no sabía si esperar que él tuviera un ataque de sinceridad y me confesara todo o levantarme y gritarle que no iba a soportar esa situación a la que me quería someter.

—Mi vida, aun estás despierta —me dijo mientras entraba y se sentaba en el sofá.

Podía percibir ese olor a humo que traía encima, como si se hubiese ido a una barbacoa a disfrutar y compartir mientras me dejaba a mí tirada como un trapo viejo.

—Sí, aun estoy despierta ¿No me vas a decir por qué saliste así de rápido y llegas a esta hora? —le pregunté sin ocultar lo molesta que me encontraba.

—Discúlpame, mi vida —me dijo, pero antes de que continuara y saliera con

una excusa, lo interrumpí.

—Nada de disculpas, Marcelo. Te exijo que me digas ¿Dónde estabas y por qué vienes con ese olor a barbacoa impregnada en tu ropa? —le pregunté.

—¿A barbacoa? —me preguntó asombrado —Creo que estas equivocada, mi vida. Necesitas calmarte, nunca te había visto de esa manera tan agresiva. Sé que salí de noche y nunca había llegado tan tarde. Se me había agotado la batería del teléfono, eran muchas cosas las que se estaban sumando y me fui así porque no quería darte ningún tipo de preocupación —me dijo subiendo un poco la voz al no agradaarle mi actitud.

—No me salgas con excusas, Marcelo. Bastante mal la pasé con Marcelo como para tener que soportar que tú también me hagas lo mismo —le dije mientras me levantaba y me iba muy despacio hacia el balcón a buscar el bastón que había dejado tirado en el suelo.

—¿Qué? —preguntó Marcelo al escuchar mi reclamo —¿Tú piensas que soy igual que tu ex esposo? ¿Con ese patán me estas comparando? —continuó muy molesto.

Marcelo se levantó hasta seguirme al balcón, la discusión se estaba acalorando mucho. Yo estaba perdiendo la cordura, solo quería escuchar de su boca que sí me estaba engañando, pero solo lograba que me diera excusas.

—Sí, solo cuando se va a buscar a su amante es que se hace lo que tú hiciste hoy —le dije llena de ira.

—Espero que te arrepientas de cómo me estas tratando, Cristina. Estas siendo muy injusta con tus palabras. Salí así de rápido y sin darte alguna razón porque no quería preocuparte —me dijo con voz de decepción —El restaurante se estaba incendiando y me llamó Alberto para avisarme que ya estaba todo controlado, que tenían rato llamándome, pero yo me había quedado sin baterías desde que salí de ahí, por eso cuando me llamaste te envió directamente a buzón. No quise preocuparte de nada y tú pensando lo peor de mí, hasta me comparaste con el idiota de Agustín, que broma Cristina, ya veo la confianza que hay entre nosotros —continuó Marcelo, haciéndome sentir cada vez peor.

No hallaba dónde meter mi cabeza, en ese momento quería que se abriera la

tierra y me tragara para no tener que pasar el bochorno que sentí al escuchar el por qué Marcelo se había ido tan de improviso de la casa. Respiré y me enfoqué en el problema que había escuchado, el restaurante.

—Pero ¿Qué tanto paso? ¿Por qué no me avisaste mi vida? —le pregunté demostrando mi preocupación —¿Pensaste que, si llevabas a la ciega, iba a estorbar en vez de ayudar? —le dije con mucha rabia.

Me tomaba como a una niña a quien habría que ocultarle las cosas, se trataba también de mi empresa y me interesaba todo lo que ocurriera con ella, pero también sabía que me había pasado de la raya al pensar todo eso de Marcelo y sobre todo el haberle dicho todas esas horribles palabras.

Las palabras eran peores que una bofetada porque el golpe siempre pasaba a medida que el dolor disminuiera, pero las palabras se mantenían con el tiempo y no podías maquillarla para borrar su huella.

Marcelo no me respondía y mi impotencia por estar ciega una vez más se apoderaba de mí, porque no estaba segura de si estaba parado frente a mí o simplemente se había ido hasta la habitación, hasta que decidió hablar.

—Solo una parte de la cocina sufrió daños. Mañana la compañía de seguros va a evaluar que tanto afectó y hasta donde nos pueden cubrir ellos los gastos, lo demás saldrá de nosotros —me respondió muy seco en sus palabras.

Sabía que necesitaba pedir disculpas, pero yo también merecía una por no informarme la verdad. No tenía por qué ocultarme algo así.

—Por favor siéntate a mi lado —le pedí a Marcelo, mientras le extendía mi mano, esperando que la tomara a manera de tregua. Sin soltarle la mano le pedí disculpa —No debí haberte dicho todo eso, pero entré en desesperación, era como si te hubieses ido me hubieses dejado encerrada, solo me hacía falta gritar para que alguien me sacara de aquí y así poder salir a buscarte. Estaba enloqueciendo con pensar que estaba haciéndome lo mismo que él, no quería volver a sufrir algo como lo que viví con Agustín, perdóname por favor por la comparación —le dije mientras lo abrazaba.

No le pude negar que los celos a que él estuviera con otra mujer me nublaron la razón, y me llené de ira al pensarlo en brazos de otra mujer. Marcelo me hizo ver que le dolía mucho que lo haya comparado con un hombre que me

había hecho mucho daño y que lo peor que pude haber hecho fue dudar del amor de él.

—Dudaste de mi amor por ti, Cristina. Después de todo lo que te he demostrado, aun estás insegura de nosotros, no lo puedo creer —me dijo Marcelo mientras se iba al cuarto de baño.

Yo lo seguí, tratando de que mis palabras pudieran de alguna manera resarcir todo lo que había dicho antes, aunque mis excusas no eran necesarias, si había dudado y era imposible de ocultar.

—Sí, dude por un segundo, mi vida ¿Cómo puedo hacer que olvides todo lo que te dije? —le pregunté, casi que le rogaba al notar que estaba siendo indiferente conmigo.

Marcelo no me respondía, se encerró en el baño y quizás por frustración no quería hablar conmigo. Era nuestra primera discusión, pero lo peor es que yo misma la había propiciado y lo había lastimado con pensar mal de él.

Me fui hasta la habitación, esperé en una de las esquinas e la cama a que él entrara, hasta que al fin abrió la puerta y entró, pero su silencio me hacía tan difícil todo porque no podía ver su expresión.

—Por favor, siéntate a mi lado, mi vida —le pedí con mucho amor — Necesito que me perdones, por favor —le dije llorando.

—Para mí es muy difícil todo esto, Cristina. Yo no quiero que sufras nunca y si tengo que evitar de miles de maneras que lo hagas ten por seguro que será mi prioridad, pero después que me di cuenta de que nuestro amor no es tan fuerte como yo creía, no sé qué decirte —me dijo con un tono de confusión que no podía soportar.

—Fueron los celos, miedo a perderte, mi vida. Te amo demasiado y no quiero separarme de ti, nunca —le dije mientras me acostaba sobre sus piernas.

Marcelo comenzó a acariciar mi cabello y continuaba desahogando su rabia.

—No sabes lo mal que me sentí al salir de aquí tan tarde y sin decirte a donde. Apenas llegara te iba a decir la verdad, pero quise ahorrarte la preocupación que tuve yo mientras iba en camino, porque no sabía con qué situación me iba a encontrar ¿Puedes entenderme, ahora? —me preguntó aun

muy indignado.

—Sí, mi vida, te entiendo, perdóname y entiéndeme tú a mí también. Me quedé aquí, sola, ciega y sin saber a dónde estabas y sin tener cómo llamar y tú no me respondías —le dije mientras levantaba mi cabeza —Tuve muchas razones para entrar en desesperación, pensé que hasta te pudo haber ocurrido algo malo y yo sin poder hacer nada, maldije mi ceguera y eso tampoco estuvo bien, me arrepiento de no haber tomado las cosas con calma, pero también te pido que por favor no te vuelvas a ir así —le pedí con mucha tristeza.



Capítulo X

Marcelo trataba de darme una lección, yo no podía continuar así, olvidando todos los consejos que me había dado la doctora donde el más valioso era la aceptación y con cada momento de ira terminaba con odiar mi nueva condición y para poder avanzar necesitaba poner en práctica la aceptación.

Al haber despertado la duda entre el amor y la fidelidad de nuestro amor, Marcelo ya no era el mismo. Había una distancia bastante notoria entre nosotros, se sentía muy distante y un tanto frío conmigo, todo era cuestión de tener un poco de paciencia y que se diera cuenta que le estaba siendo muy sincera al pedirle perdón y que confiaba ciegamente en él.

Cuando desperté, podía sentir que él ya tenía los ojos abiertos, pero no quería levantarse como yo. Todas las mañanas el que despertara primero era el que inmediatamente iba a despertar al otro, teníamos esa rutina que nos parecía muy bonita y nos hacía iniciar la mañana con amor. Yo no podía dejar de tener rabia conmigo misma, por haber causado tanto daño a la relación.

—Buenos días, mi vida —le dije a Marcelo, permaneciendo acostada.

—Buenos días —me respondió sin una palabra de amor.

—Ya no quiero que sigas molesto por favor, ya te pedí perdón, mi vida ¿Necesitas que me arrodille ante ti? —le dije llorando.

—No, por favor, no vayas a hacer eso no me lo perdonaría jamás —me dijo Marcelo e inmediatamente se giró para abrazarme —Perdóname si te hice sufrir un poco, pero dolió mucho y me dejaste muy confundido con tu actitud, sentí miedo, mi vida y era normal porque para mí eres la mujer más dulce del mundo y con esa reacción no sabía de qué otra cosa ibas a ser capaz —me dijo con mucha decepción.

Yo sentía vergüenza al escuchar a Marcelo, no podía seguir viviendo bajo la sombra de mi pasado, era el momento de poner nuevamente el orden en mi vida.

—Mi vida, ya olvidemos eso, te lo pido. Yo más que nunca quiero seguir adelante y avanzar. Vamos a ocuparnos de lo que nos corresponde, nuestra vida y nuestro restaurante —le dije para agradecer el gesto de aceptar mis disculpas y de aceptar de alguna manera borrar ese mal momento.

Me levanté de la cama inspirada, mientras Marcelo se arreglaba para irnos. La señora Alicia ya había llegado y el café estaba listo, solo quedaba preparar el desayuno y de eso yo estaba a cargo. Quise preparar algo entre dulce y salado para salir de la rutina y se me dio perfecto el momento de la creatividad.

Marcelo quedó maravillado, le fascinó lo que había preparado y me sentí de nuevo viva y orgullosa de mis manos.

Nos fuimos hasta el restaurante y cuando íbamos llegando, pude percibir el olor a quemado. Marcelo me describía que se había quemado toda la fachada, pero que no había afectado mucho el interior. Me dio mucha tristeza y pude comprender estando ahí el por qué Marcelo trató de evitar que me enterara al momento.

El ingeniero que enviaron de la compañía de seguros ya se encontraba trabajando. Los empleados permanecían en el lugar y preferimos darles el día libre y por supuesto les dejamos claro que la restauración iba a tardar un poco, pero sus pagos iban a estar al día. Probablemente en un par de semanas íbamos a reabrir el restaurante.

Por lo que nos habían comentado algunos de los asistentes de cocina, había llegado la prensa y de alguna manera trató de entrevistarlos para conocer sobre el incendio, pero todos respondieron que no estaban autorizados para dar ese tipo de información. Después de unas horas, algunos periodistas llegaron justo en el momento en que estábamos recibiendo el informe del especialista y se acercaron a nosotros casi que acorralándonos como si fuéramos el ganado vacuno a punto de ser atrapado.

Marcelo me preguntó si estaba bien y le respondí que sí, pero él se sentía aturdido por las luces de los flashes y las preguntas que hacían todos al mismo tiempo que por más que quisiéramos, no podíamos entender.

Marcelo estaba molesto y yo muy emocionada porque me sentía una gran celebridad y por supuesto que a mí no me afectaban las luces de las cámaras.

Era lo que siempre había soñado, llegar a ser una chef importante a la que reconocieran no solo a nivel nacional, sino internacional también.

Nuestro restaurante ya estaba en la boca de los grandes críticos y por eso la prensa se hacía presente por la importancia que le daban.

Marcelo estaba molesto, para él, los periodistas estaban haciendo una fiesta informativa con la desgracia que nos había ocurrido y en parte, tenía mucha razón. Solo estaban ahí por la noticia, no por nosotros. Inmediatamente me tomó de la mano y me hizo entrar rápidamente por la puerta trasera y la cerró dejándolos sin ningún tipo de acceso. Ahí nos mantuvimos hasta que al fin logramos que se retiraran.

Como nuestro viaje era en tan solo días, dejamos algunas instrucciones al gerente para que estuviera al pendiente de todo lo relacionado con la remodelación y a nuestro regreso íbamos a coordinar todo lo de la reinauguración. Yo estaba muy feliz, porque de esa manera me podía reivindicar con los invitados de aquel primer día y disfrutar como si se tratara de la primera vez que abriéramos el restaurante.

Entre las compras para el viaje se nos fueron los dos días, era mucho lo que necesitábamos para la montaña, iban a ser más largo que la primera vez y quería estar hermosa para Marcelo, aunque dependía de su buen gusto al escoger los atuendos, pero me sentía tranquila porque él sí conocía todos mis gustos. Cuando llegamos a la casa, nos reíamos de las locuras de Marcelo en cada tienda, aunque no lo podía ver, conocía cada gesto de él al hablar y me imaginaba lo gracioso que se veía al intentar ponerse cada pieza que elegía para mí.

—Yo me encargo de preparar la cena, mi vida. Alicia no dejó nada hecho — me dijo Marcelo, mientras me daba un beso muy emocionado.

—Me parece genial mi vida, yo puedo adelantar con el equipaje hasta donde pueda y luego me ayudas a terminar para que nos podamos acostar temprano —le dije muy sonriente, mientras él se iba hasta la cocina.

Marcelo estaba muy emocionado con el viaje y repetía la frase que mañana nos íbamos de viaje, como cuando los niños saben que se van de vacaciones con la familia y no para de preguntar si ya ha llegado ese gran día. Estaba como misterioso otra vez y así se ponía cuando tenía preparada alguna

sorpresa. Me mantuve serena sin prestarle mucha atención porque quizás yo era la que me estaba haciendo otra idea por la alegría de Marcelo.

Cuando llegó la hora de dormir, no aguanté y las ganas de saber.

—Marcelo, tú estás como muy emocionado, más de lo normal por el viaje ¿Acaso hay alguna sorpresa de esas tú me das a veces? Dime, mi vida, no me dejes con la intriga —le pregunte muy cariñosamente para ver si así lograba sacarle lo que quería oír.

Marcelo comenzó a reír y mientras yo trataba de torturarlo haciéndole cosquillas el no me daba la respuesta que quería escuchar.

—Mi vida, estoy emocionado porque vamos a volver a nuestro lugar mágico o es que tú no lo estás —me dijo tratando de hacerme ver que era normal su emoción.

Pero yo sabía que me estaba ocultando algo por su risa nerviosa. Entre juegos que se volvieron caricias y besos apasionados nos volvimos uno solo y terminamos haciendo el amor hasta quedarnos completamente dormidos. En la mañana, Marcelo despertó exaltado al ver que el despertador no se había activado. Nos despertamos tarde para arreglarnos con calma y poder preparar el desayuno porque le habíamos dado vacaciones a la señora Alicia. Nos tocó levantarnos apresurados para salir casi en pijamas hacia el aeropuerto, no nos dio tiempo de ducharnos.

—Mi vida ¿Crees que nos dé tiempo de llegar para tomar el vuelo? —le pregunté a Marcelo un poco preocupada.

—Claro, mi vida. Nada se va a interponer a que vayamos a nuestra montaña mágica, eso te lo puedo asegurar —me dijo Marcelo, con un tono de voz muy risueño.

No tuvimos ningún inconveniente con el tráfico, logramos llegar a tiempo y abordar el avión y en tan solo unos minutos, llegamos a la parte baja de la montaña, donde nos esperaba un transporte para llevarnos hasta el hermoso lugar. Podía sentir la fría brisa que entraba por la ventana, el aroma de los pinos que recuerdo claramente que estaban en la entrada se dejaban sentir con intensidad y en ese instante fue que comencé a entender la magia de esa montaña.

Marcelo al notar mi emoción, se acercó hasta mi asiento con mucho cuidado de no lastimarme por los bruscos movimientos del rustico al subir por el camino empedrado.

—¿Estás feliz, mi vida? Quiero saberlo, porque si tú lo eres, yo también lo soy —me preguntó al mismo tiempo que me daba un beso muy tierno en los labios.

Le correspondí a su beso que dejó en mí una gran sonrisa.

—Sí, soy muy feliz y es algo que no podré ocultar jamás, mi vida. Desde que estoy a tu lado solo he conocido la felicidad y no hay nada en el mundo que cambie eso —le dije mientras lo abrazaba muy fuerte.

Mientras yo iba en el camino percibiendo los olores de todo lo que recordaba del viaje anterior, Marcelo me describía con detalles los colores y texturas. Nos reíamos cuando no coincidíamos o cuando me equivocaba con los nombres, fue un momento muy emocionante, sobre todo al llegar al camino que nos llevaba a la posada.

Cuando pisé la entrada de la posada, todo olía a chocolate y vainilla. Al parecer habían aceptado mi sugerencia de ponerle ese toque especial para variar un poco, Marcelo sonrió cuando le hice el comentario como si ya hubiese estado enterado del cambio.

Los dueños nos recibieron e inmediatamente pidieron una foto con nosotros como acostumbraban a hacerlo con las celebridades. Me quedé sin palabras ante esa sorpresa, lo que quería decir que estaban al tanto del éxito que había tenido nuestro restaurante.

Después de tomarnos una buena taza de chocolate caliente, Marcelo y yo nos fuimos a la cabaña para dejar el equipaje y ducharnos para ponernos una ropa acorde.

—Me encantó el recibimiento que nos dieron, siguen siendo los mismos señores atentos que nos recibieron hace un tiempo, mi vida. Pensé que iban a hacer algún comentario al verme con las gafas oscuras y el bastón, pero fueron muy comedidos hasta con eso —le dije a Marcelo mientras me iba quitando la ropa.

Marcelo se acercó a mí y estaba comenzando con esos juegos de caricias que

nos llenaban de mucha pasión hasta llegar a hacer el amor. Así nos fuimos hasta la ducha y debajo de la tibia agua nos dejamos avasallar por el amor que sentimos el uno por el otro.

Salimos de ahí renovados, hacer el amor para nosotros nos llenaba de vitalidad. Marcelo quería descansar, pero le pedí que aprovecháramos al máximo el viaje, para dormir teníamos la noche, pero me convenció que quería una noche muy larga y por eso necesitábamos descansar. Sin mucha complicación, me acosté a su lado y mientras me acariciaba el cabello, me quedé dormida.

Cuando desperté, Marcelo no estaba a mi lado, al menos no lo sentía. Ya se había levantado y se estaba vistiendo.

—Mi vida, te estás vistiendo ¿Me ibas a dejar? —le pregunté aun estando en la cama.

—¿Y cómo sabes que me estoy vistiendo, mi vida? —me preguntó para tratar de desviar mi atención.

—Podría reconocer el aroma de tu perfume a distancias, mi vida —le dije sonriendo.

—Lo sé, preciosa. Tú me lo regalaste. No te desperté porque estabas profundamente dormida —me dijo mientras se lanzaba en la cama para abrazarme —Ya es hora de que te levantes y te pongas más hermosa, mi vida. Ya estamos de vacaciones, así que a disfrutar —me dijo al oído.

Marcelo tenía razón, era el momento de disfrutar, así que me levanté y me vestí para Marcelo. El me hacía creer que estaba realmente hermosa y así me sentía, radiante. Busqué mi bastón y nos fuimos a caminar por los alrededores de la posada. La noche estaba muy fría, pero nosotros habíamos comprado unos abrigos perfectos y por su textura, podía afirmar que parecíamos unos esquimales.

Marcelo me había dicho que en el mirador iban a hacer un evento, y mientras caminábamos hasta allá, podía escuchar el sonido de violines, sonaba muy clásico. Supuse que el evento sería una presentación muy clásica, bastante acorde para la noche.

—Bienvenidos, Cristina y Marcelo —nos dijo una voz muy carismática de un

hombre —Por aquí, por favor —continuó, mientras al parecer, le indicaba a Marcelo donde nos íbamos a sentar.

Al parecer Marcelo y yo éramos los primeros en llegar porque no podía escuchar más voces que las de nosotros dos y la del señor que nos recibió. El músico que tocaba el instrumento, lo hacía de una manera gloriosa, me sentía como en un castillo. Mientras me deleitaba con la música, escuché como sonaba el descorche de una botella, era Marcelo que abría una botella de vino justo a mi lado y comenzó a llenar unas copas. A pesar de no poder ver, podía imagina el lugar con elegantes mesas, flores rojas, vino y las luces de las velas en unos faroles por la fuerte y fría brisa.

—¿Cómo te sientes mi vida? —me preguntó Marcelo a notar que yo estaba bastante impactada por el momento.

—Maravillada, Marcelo. Si así comienzan nuestras vacaciones, creo que no me voy a querer ir de este lugar, mi vida —le dije con una sonrisa pícara.

—Me gusta que estés así, risueña, feliz. Así quiero que estés siempre y que estemos juntos por siempre ¡Salud por eso, mi vida! —dijo Marcelo en voz alta, mientras chocaba mi copa con la suya para brindar.

No me hacía falta mirar para sentir, podía ver con el corazón y era más puro, más verdadero. Cuando Marcelo estaba sirviendo la segunda copa, llegó el mesero con un plato de entrada. Aun me tenía sorprendida que no escuchaba a otras personas llegar y no anunciaban el evento que iban a celebrar.

—Estaba muy exquisita esa entrada mi vida, una combinación perfecta de sabores y la porción en el plato era la más correcta para este tipo de eventos —le dije aun manteniendo el sabor del langostino en mi paladar —¿Cuándo va a comenzar el evento? No he escuchado que hayan llegado otras personas —le pregunté algo sorprendida.

—Sí mi vida, es muy extraño, pero no te preocupes por eso. Disfruta el momento y prepárate que ya nos traen el plato fuerte —me dijo mientras hacía un espacio en la pequeña mesa.

Los platos que hasta ahora habían servido parecían sacados de la carta de nuestro restaurante, todo estaba posicionado de la misma manera, me sentía degustando mi propia receta, era algo fuera de lo normal.

—Mi vida, me he deleitado con la comida, cómo mejoraron, es exquisita —le dije muy emocionada.

—A mí también me dio esa impresión, preciosa. Brindemos por eso —me dijo Marcelo, mientras levantaba mi mano junto con mi copa —pero ahora está llegando lo mejor, el postre —Marcelo se levantó de inmediato para él mismo recibir el plato y colocarlo en mi puesto.

Le agradeció al mesero y se sentó. Unos segundos después, la música sonaba más fuerte, el músico se había acercado a mi mesa. Marcelo me dijo que quería que mordiera el postre y luego le diera mi opinión.

—A ver mi vida, muerde un pedazo y mastica con mucho cuidado para que me digas que te parece —me dijo Marcelo muy interesado en que le diera mi opinión por el postre.

Mordí casi la mitad del pastelillo y estaba delicioso. Inmediatamente pude apreciar el rico sabor de la vainilla. Pero al masticar, había algo de metal muy duro en mi boca, traté de sacarlo y tomarlo con mi mano. Cuando pude detallar, se trataba de un anillo. Me quedé en silencio y el músico también se detuvo. Me preguntaba si lo que estaba pensando era cierto, hasta que escuché que rodaron una silla y Marcelo comenzó a hablar.

—Aquí estoy, mi vida, a tus pies —me dijo mientras me tomaba la mano — Todo esto es para ti, este es el evento que iban a presentar hoy, con la comida hecha de tu propia receta, con una sola mesa en el mirador y un músico especialmente para ti, porque mereces todos, porque eres una princesa que llegó a mi vida para cambiar mi mundo con su sabor a vainilla. Te amo y quiero compartir el resto de mi vida contigo, cástate conmigo Cristina —me dijo Marcelo, mientras me quitaba el anillo que tenía en la palma de mi otra mano.

Lloré de alegría, me emocioné porque Marcelo había sido muy original. Había planificado todo y le había salido muy bien. Hubiera dado todo por poder ver sus ojos en ese momento y reflejarme en ellos.

—Marcelo, sí, quiero compartir el resto de mi vida contigo, sí acepto —le dije e inmediatamente me colocó el anillo en el dedo.

El músico comenzó a tocar el violín con mucha sutileza y Marcelo se levantó

y acerco su silla muy cerca de la mía para darme un tierno beso y decirme que seremos felices por siempre. Comencé a sacar conclusiones por la emoción que tenía con la preparación del viaje, sabía que había alguna sorpresa, pero jamás imaginaba que se trataba de algo así.

—Me haces el hombre más feliz, mi vida. Gracias por aceptar, te amo Cristina —me dijo mientras no paraba de besarme.

Le pedí que me contara cómo había organizado todo, desde la comida hasta la música y resulta que se había traído a uno de los chefs del restaurante para que me preparara todo exactamente como a mí me gustaba y al músico se lo habían sugerido aquí en la posada. No tenía ninguna crítica, todo había quedado muy bien y me había deleitado con la combinación de música, vino y comida gourmet, pero lo principal era que estábamos en nuestro lugar especial.



Capítulo XI

Marcelo me comentaba cada anécdota que tuvo en la organización de esa noche que no parábamos de reír como locos, después de un largo rato, nos tuvimos que ir hasta la habitación porque la niebla estaba muy fuerte y la brisa casi que nos congelaba hasta las pestañas. Cuando entramos a la habitación, un fuerte olor a rosas estaba impregnando el lugar.

—¡Que rico huele, mi vida! —le dije muy asombrada —¿Puedes olerlo? —le pregunté para que me confirmara o no lo que estaba percibiendo.

—Sí, son rosas, mi vida. Están en toda la habitación, en el suelo, en la cama y rodeando el rico jacuzzi que nos está esperando junto a una botella de champagne —me dijo Marcelo, mientras me abrazaba por la espalda y mordía mi oreja suavemente.

Me quité las botas para sentir los pétalos y pude notar que había todo un camino con ellos, velas con aroma de vainilla, el olor y sabor del amor estaba presente.

—Simplemente espectacular, mi vida. Me dejas sin palabras. Pensé que eras una caja de sorpresas, pero resultaste ser un baúl lleno de muchas grandes ideas y un gran corazón —le iba diciendo mientras me desnudaba delante de él.

Traté de acercarme a Marcelo sin tropezar y poco a poco le fui quitando la ropa interactuando con besos en su cuello y espalda hasta que ambos quedamos completamente desnudos. Me tomó entre sus brazos y me sentó en la escalera del jacuzzi. Podía escuchar el sonido del agua burbujeante y metí mi mano en la tina. El agua estaba tibiecita, lista para nosotros.

Marcelo se sumergió de primero y me tomó de la mano pidiéndome que bajara con mucho cuidado para no resbalarme y nos sentamos un rato dentro del agua para brindar con el espumoso champagne. Nuestra vida juntos se basaba en un compartir, más que importarnos nuestra intimidad, todo era un complemento que formaba parte dentro de nuestra relación. Un par de horas

disfrutamos al máximo de nuestra velada en el jacuzzi y un tanto embriagados nos fuimos hasta la cama quedándonos dormidos con nuestros cuerpos arrugados de tanto estar remojados.

No tuve tiempo para pensar, las bebidas de la noche habían causado un efecto sedante en mí y en Marcelo más que eso, porque apenas había tocado la almohada con su cabeza, ya se había quedado completamente dormido. Yo me giré para quedar frente a frente junto a él y así poder sentir su respiración.

La noche había sido perfecta, solo me faltaba haber tenido la oportunidad de volver a ver aquel cielo que nos hechizaba con su lienzo cargado de estrellas, pero ya una vez las tuve muy cerca de mí y era la imagen que se había quedado grabada en mi mente para siempre.

Al día siguiente, la resaca del vino no nos dejaba levantar. Dolor de cabeza y Marcelo un fuerte dolor de estómago que nos obligó a permanecer en la habitación. Marcelo llamó a la recepción para que nos trajera algunas infusiones calientes, porque literalmente iba a dejar su humanidad en la taza de baño. La mezcla de sabores que él mismo había elegido, le habían caído muy mal, tenía una fuerte indigestión que le hacía doler todo por dentro. Yo sentía mucha pena, no sabía cómo podía ayudar en su caso, más que con apoyo moral.

Aproveché de pedir un desayuno ligero para restablecer la función del estómago, pero nada ayudaba a Marcelo y se estaba poniendo realmente mal de tantas veces que había ido al baño.

Esperé hasta finales de la tarde para dar tiempo a que las infusiones hicieran algún efecto en la salud de Marcelo, pero todo fue inútil. Su dolor de estómago aumentaba y no paraba de vomitar. Los dueños del restaurante llamaron a los bomberos de la parte baja y ellos nos llevaron hasta la clínica con todo y equipaje. Mi madre estaba conmigo para no estar sola con Marcelo, mientras mi padre me llevaba el equipaje a la casa y regresaba a la clínica con nosotros.

—No sé, madre. De pronto despertamos y pensé que había sido una mala digestión, porque la noche anterior nos deleitamos con lagunas preparaciones, mientras me pedía que me casara con él ¡Mira! —le decía mientras le mostraba el anillo que estaba segura de que era una pieza muy deslumbrante

como todo lo de Marcelo.

—¡Felicidades, hija! ¡Tú mereces ser la mujer más feliz de este mundo! —gritó mi madre por la emoción.

Mientras nos abrazábamos, me quedé algo pensativa y cabizbaja, preocupada por la salud de mi prometido. No podía tolerar saber que estaba con ese fuerte dolor, necesitaba estar con él, así que me levanté e intenté llamar a algún doctor. Mi madre me detuvo y me dijo que teníamos que esperar, pero por mi desesperación, me acompañó hasta la sala de enfermeras para preguntar.

—Le están haciendo unos exámenes especiales, por favor espere en la salita —me dijo muy amablemente una de las enfermeras.

Esperar, esa palabra que encierra tanto misterio, que puede traer o no alguna noticia buena. Aun no podía llamar a los padres de Marcelo, nada ganaba con alertarlos si tan solo se trataba de una bacteria o algo menor, entonces comprendí que la enfermera tenía razón, debía esperar.

Mi madre trataba de calmarme e insistía en que le comentara cómo había sucedido esa propuesta de matrimonio de Marcelo y a medida que le iba diciendo mi emoción aumentaba, pero mi preocupación seguía ahí, hasta que sentí unos pasos firmes que se acercaban a nuestras sillas y me levanté de inmediato.

—¿Familiares de Marcelo Trejo? —nos preguntó directamente a nosotras.

—Sí, doctor, somos nosotras ¿Cómo se encuentra? —le pregunté con mis manos temblorosas por los nervios, mientras mi madre me sostenía.

—Tomen asiento, por favor —nos pidió el doctor, al mismo tiempo que él también se sentaba a nuestro lado —A Marcelo se le está haciendo una biopsia en su estómago, se le encontró una bacteria muy fuerte que es la causante del cáncer en esa área y necesitamos conocer qué tan afectado se encuentra. En este momento, va a ser trasladado a una habitación y permanecerá ahí por algunos días ya que se le estará aplicando un tratamiento muy fuerte desde aquí, es importante eliminar la bacteria, pero más importante saber el grado de la lesión que ha dejado. Les pido un poco de calma. Pueden esperar al paciente en la habitación 201 que se le ha asignado, en unos minutos estará con ustedes —culminó el doctor al mismo tiempo que

ponía una de sus manos sobre mis hombros y se levantaba de la silla para retirarse.

Era muy fuerte lo que había escuchado, solo me pude quedar enganchada cuando mencionó que eso ocasionaba el cáncer en el estómago, pero me alentaba saber que Marcelo nunca se había sentido mal, así que decidí no pensar en lo peor.

Nos fuimos a la habitación y desde ahí le pedí a mi madre que se comunicara con la familia de Marcelo y les explicara, pero sin mencionar que le estaban haciendo una biopsia por el momento, no quería hacer una falsa noticia hasta tener la certeza del diagnóstico.

Unos minutos después, trajeron a Marcelo y podía escuchar cómo se quejaba del dolor mientras lo acostaban en la camilla, yo traté de levantarme y mi madre me acercó hasta donde estaba él.

—Marcelo, mi vida ¡Aquí estoy, contigo! ¿Cómo te sientes? —le dije a Marcelo mientras trataba de encontrar su mano para poder sentirlo cerca de mí.

No encontraba otras palabras, para mí era muy difícil saber que él estaba enfermo porque Marcelo se había convertido en mi fortaleza, en esa fuerza que me impulsaba a continuar.

—¿Qué le están haciendo? —les preguntaba a las enfermeras.

—Le estamos colocando el tratamiento que ordenó el dolor y un calmante para que pueda sentir menos dolor, señorita. Pronto va a estar bien —me dijo con una voz muy dulce y unas palabras bastante alentadoras.

Mi madre me puso mi mano junto a la de él, pero Marcelo solo se quejaba del dolor. Toqué su rostro con mi mano y me di cuenta de que sus lágrimas caían de sus ojos y mi corazón se partía en pedazos, me imaginaba la escena y no lo podía soportar.

Cuando la enfermera se acercó, mi madre y yo le hicimos ver a Marcelo que todo iba a estar bien. No nos separamos de él ni un segundo, hasta que el dolor estaba cediendo un poco. Marcelo tomó mi mano y me dio un tierno beso que me tranquilizó.

—¿Cómo te sientes, mi vida? —le pregunté un poco más calmada después de la dura escena que habíamos tenido con los gritos de dolor de él.

—El dolor está pasando, mi vida. Lamento que me hayas visto de esa manera. Nunca había sentido algo igual, era como si algo me estuviera rompiendo por dentro. El doctor me explicó que esa bacteria actuaba silenciosamente hasta que deja lesiones y es cuando ocurren estas manifestaciones como las de esta mañana y el dolor es muy fuerte. Pero, no te preocupes mi vida, voy a estar bien —me decía Marcelo con mucho entusiasmo —Gracias por estar aquí, suegra —se dirigió a mi madre con mucho afecto.

Marcelo se quedó dormido por el fuerte calmante que le habían suministrado y un rato después, entró el doctor para ver cómo seguía su paciente y lo encontró dormido. Nos dijo que en tres días se iban a conocer los resultados y que era necesario que siguiera una dieta estricta. Pensaba en todo lo que le iba a afectar a Marcelo el llevar una dieta siendo un gran chef, era como abandonar la cocina y dejar de comer nuestros experimentos, pero si era necesario que por un tiempo hiciéramos ese sacrificio, con todo gusto lo iba a acompañar.

Los padres de Marcelo llegaron justo en el momento en que se retiraba el doctor y me senté con ellos a explicarle.

—Yo me quedo con mi hijo, Cristina —me dijo muy seria la señora como si yo no tuviera algún derecho.

—Está bien, pero yo también me quedo con mi marido, señora Aurora —le dije con mucha firmeza.

Podía entender la reacción de la madre de Marcelo. En su mente, yo era la culpable por no poder atenderlo, porque seguramente creía que, por estar ciega, solo permanecía sentada en una silla esperando a que él me hiciera todo en la casa o el trabajo. No quise entrar en polémica y guardé silencio.

Mi madre si pudo notar que me había exaltado un poco, así que me pidió que fuéramos al cafetín a tomarnos algo para calmar los nervios.

—Fue muy grosera tu suegra, hija. No debió hablarte de esa manera —me dijo mi madre mientras me abrazaba.

—Ella no me quiere, madre. En los últimos meses he podido escuchar a Marcelo discutir con ella en secreto por mí, ella dice que él merece a una mujer completa y no una a medias como yo lo soy —le dije a mi madre llorando, mientras nos sentábamos.

—Pero si tú eres una mujer muy valiosa, Cristina ¿Ella no sabe todo lo exitosa que eres? —me preguntó mi madre, subiendo un poco la voz.

Realmente la señora Aurora no sabía que yo también había alcanzado el éxito y reconocimiento en mi carrera y que, aun estando ciega, podía preparar cualquier plato o postre al igual que cualquier otro chef profesional, solo necesitaba demostrárselo para que se quitara esa mala imagen que se había creado de mí desde que perdí por completo mi visión.

Iba a tratar por recomendación de mi madre, de buscar un acercamiento con la señora Aurora, pero tampoco me iba a humillar ante ella por el solo hecho de que era la madre mi futuro esposo, por eso le estaba llevando un té para que le bajara un poco a su mal estado de humor.

—Aquí les traje unos tés, señora Aurora ¿Y el señor Basilio? —le pregunté al escuchar mucho silencio, mientras me acercaba hasta ella con mi madre y le entregaba en su mano el vaso.

—Gracias, no te hubieses molestado —me dijo de manera muy cortante — Basilio fue a buscar unas cosas al carro que necesito para quedarme con mi hijo.

—Entiendo —le dije mientras me sentaba a esperar a mi padre que me iba a traer un pequeño bolso con algunas cosas personales para mí y Marcelo.

Cuando mi padre llegó, Marcelo estaba despertando y se saludaron con mucho afecto.

—¡Hola campeón! ¿Vas a estar bien, verdad? —le dijo mientras le apretaba la mano.

—¡Suegro, que bueno verlo! Muchas gracias por venir, ustedes son realmente importantes para mí —les dijo a mis padres.

Ellos se acercaron y se despidieron con un beso y un abrazo de Marcelo y de mí. Trataron de ser cordial con la señora Aurora, pero ella seguía con su

actitud despectiva. En cambio, el señor Basilio los acompañó hasta el estacionamiento después de despedirse de nosotros también.

Mi madre ya me había enseñado el camino hasta el baño, la camilla y el sofá donde iba a dormir. Mi padre dejó el bolso en el pequeño closet. Macelo me había regalado un reloj especial para invidentes y no tenía problemas en conocer la hora. Marcelo al ver que había mucha tensión entre su madre y yo, nos pidió que nos acercáramos.

—Madre, quiero decirte que anoche, le pedí matrimonio a Cristina. Ella es la mujer de mi vida, me ha apoyado en todo, ha sido la de las grandes ideas, me ha enseñado mucho en la cocina y es el mejor ejemplo que quiero para nuestros futuros hijos —nos decía mientras me tomaba de la mano.

Hubiese dado todo por ver la expresión el rostro de la señora Aurora, pero en respuesta a las palabras de Marcelo, ella se pronunció muy sincera.

—No sabía que su relación iba a avanzar hasta el matrimonio, hijo. Yo sé que tú eres un hombre muy valioso y si le hiciste a Cristina esa propuesta es porque crees que merece estar a tu lado por siempre. No tengo nada más qué decir ¡Los felicito de corazón! —nos dijo mientras nos tomaba de la mano a los dos —Cristina, disculpa si has sentido un mal trato de mí, Marcelo es mi único hijo y solo he querido lo mejor para él y estoy segura de que si mi hijo te escogió a ti, es porque lo mereces, así que bienvenida a la familia, hija — me dijo mientras me abrazaba.

Yo me sentía emocionada dentro de la preocupación que me causaba saber que Marcelo estaba mal de salud, pero las palabras de la Señora Aurora me reconfortan de alguna manera. No había sido fácil ganarme su aprecio y reconocimiento y él que me dijera todas esas palabras bonitas justo en ese momento al lado de su hijo me hicieron sentir que verdaderamente me estaba aceptando en familia después de tanto tiempo.

Como para que realmente comprendiera que estábamos llevándonos bien, la Señora Aurora me invitó a cenar en el cafetín y ahí le conté todas mis hazañas en la cocina después de comenzó mi ceguera y de cómo los periodistas estaban tras de mí para que les diera una entrevista. Ellos querían conocer cómo había llevado mi vida en la cocina en todo este tiempo y de cuál era el secreto del menú de nuestro restaurante.

Después de darle detalles de mi travesía en la aceptación de mi ceguera, le dije que Marcelo había sido mi gran apoyo y que a través de él podía ver colores y texturas pero que los olores y aromas los conocía muy bien. Así pasamos un par de horas como si ese mismo día estuviera conociendo a la madre de Marcelo por primera vez.

Regresamos a la habitación y Marcelo aún seguía despierto y podía notar en nuestras caras una sonrisa. Yo sabía que él estaba feliz por nosotros, pero su voz denotaba mucha preocupación. Cuando llegó la noche, mi suegra y yo nos acomodamos en el sofá, pero sin dormir porque el dolor de Marcelo se iba y venía constantemente.

El dolor iba cediendo durante los días siguientes, podía escuchar de Marcelo que se estaba sintiendo mejor, lo que podía significar que le estaba ganando la batalla a esa temible bacteria. Ya se habían cumplido los tres días para saber los resultados de la biopsia y todos estábamos a la expectativa dentro de la habitación. Queríamos conocer qué se había descubierto, pero también había mucho temor en que le estuviera ocurriendo lo peor a Marcelo. Hasta que por fin entró el doctor con los resultados.

—Buenos días señores. Marcelo ¿Como éstas, cómo te sientes? Aquí tengo los resultados en mi mano —dijo el doctor hablando muy rápidamente.

En seguida me levanté y me acerqué a Marcelo para tomarle su mano. Inmediatamente giré hacia donde escuchaba el doctor.

—Por favor, doctor —le dije casi que rogando que nos sacara de la duda — Por favor díganos ¿Cuáles fueron los resultados de Marcelo? Por favor —le pregunté sin ningún tipo de rodeos.

Todos en la habitación estaban en silencio, parecía que solo estuviéramos Marcelo, el doctor y yo. Se habían quedado pasmados ante la presencia del doctor y el poder que ejercía el papel que tenía en sus manos.

—Bueno, los resultados de la biopsia salieron negativos para el cáncer. Lo que significa que la bacteria no tuvo más lesiones que una simple úlcera que se curara con varios días de dieta, pero una dieta muy rigurosa que deben cumplir al pie de la letra para que la bacteria no vuelva a reproducirse —nos dijo el doctor con una sonrisa —Voy a hacer las indicaciones del tratamiento que debes seguir en casa y todo estará listo para que te puedas ir ¡Cuídate

mucho, Marcelo! Estaremos a la orden por aquí —terminó de decir el doctor muy amablemente.

Todos saltamos de la alegría inmediatamente que el doctor cerró la puerta. Yo no cabía en mi agradecimiento hacia Dios, me acerqué a Marcelo y lo abracé muy fuertemente.

—Te dije que todo iba a estar bien, mi vida. Tú sabes que nunca miento. Me hubiese muerto de la tristeza si algo malo te hubiera ocurrido. Fueron los días más terribles de mi vida, al escucharte con ese dolor tan fuerte, te amo Marcelo —le dije delante de toda la familia mientras nos besábamos.

Al parecer, todos nos estaban mirando porque quedó todo en silencio. Cuando dejamos de besarnos se acercaron y nos felicitaron por el bonito amor que habíamos conservado en todo ese tiempo, juntos.



Capítulo XII

S alimos todos de ahí como una gran familia, celebrando la vida, el amor y la unión.

—Vamos todos a la casa, quiero prepararles algo especial y a Marcelo lo voy a consentir con unos vegetales deliciosos para que no piense que va a estar en dieta —les dije sonriendo.

—¡Sí, vamos! —gritaron todos al unísono.

Parecíamos una pandilla de colegiales, pero saliendo de un centro de salud. Era imposible ocultar que estábamos muy alegres al conocer que Marcelo no tenía cáncer.

Mientras íbamos en el coche, yo iba creando un nuevo plato para consentir a la familia y para Marcelo, mientras ellos continuaban con su algarabía hablando de mi boda que aun no tenía fecha. Ya la estaban planificando sin tan solo consultarnos, era una locura como nuestras familias se habían complementado y de cómo la madre de Marcelo había terminado por aceptar que nos amábamos de verdad.

Llegué a la casa e inmediatamente le marqué a la señora Alicia para que viniera a ayudarme y a compartir con nosotros. apenas entró y la puse al tanto de lo que había sucedido y se puso a llorar al conocer por lo que habíamos pasado, cuando ella nos imaginaba disfrutando del frio de la montaña, pero al conocer de mi compromiso con Marcelo, se llenó de emoción y quería que comenzáramos a planificar todo, en ese mismo instante.

—No, señora Alicia. Por ahora necesitamos alimentar a una tropa hambrienta que está allá afuera y a Marcelo, vamos a prepararle algo muy especial —le dije mientras me lavaba mis manos para sentarme a preparar todo.

La señora Alicia era mis ojos en ese momento, hicimos una fusión impresionante, sentía un cariño muy especial por ella. Desde la cocina podíamos escuchar la algarabía de la familia y eso me hacía cocinar con más

emoción.

Marcelo se acercaba de vez en cuando pero después de darme un beso, yo le pedía que se saliera y se sentara a descansar, después la señora Alicia y yo nos reíamos de eso a escondidas.

La comida casi estaba lista y les avisé para que fuera tomando asiento, en ese momento mi madre se acercó para ayudar a llevar los platos a la mesa y la señora Aurora también. Era tan real lo que estaba viviendo que no lo podía creer.

Pensaba en que la vida es un ciclo que termina y vuelve a comenzar, donde cada punto en un momento de felicidad o tristeza que termina y otro igual que comienza. Había aprendido que las tormentas no son eternas y que el sol siempre sale para todos y en mi caso, ese sol estaba en mi corazón.

Todos disfrutamos de la comida especial, aplaudieron mi sazón y más cuando el postre había llegado. Quedaron sin palabras ante el perfeccionamiento de la técnica que habíamos logrado, porque sin Marcelo no lo hubiera hecho posible. Marcelo me decía al oído que quedó fascinado.

La familia muy complacida por toda mi atención, pedían la fecha de la boda para comenzar con su preparación.

—Un mes, será dentro de un mes —les dije sin consultarlo con Marcelo.

—Sí, dentro de un mes será el gran día —me siguió Marcelo para apoyarme.

Comencé a escuchar aplausos, todos se oían muy felices y nuestras madres no paraban de hablar de sus vestidos.

—Muy bonito, ustedes hablan de sus vestidos ¿Y la novia? —les dije mientras nos reíamos —Eso está como cuando va a nacer un niño y al marido se le olvida llevarse a la mujer y por los nervios solo se lleva la pañalera y al llegar a la clínica es que se da cuenta —les dije a manera de chiste.

Las risas no se hicieron esperar, estábamos viviendo un momento muy agradable y así nos pasó la tarde antes de que todos se marcharan y volviéramos a quedar solos, Marcelo y yo.

—Gracias por todo esto mi vida, gracias por este día, gracias por estar

conmigo, gracias por aceptar ser mi esposa y compartir tu vida a mi lado — me dijo Marcelo muy emocionado.

—No tienes nada que agradecerme Marcelo. Esto es para celebrar la vida para celebrar que Dios nos juntó y que nos quiere seguir teniendo juntos. Ahora es que nos vienen días maravillosos, sólo tenemos que poner de nuestra parte y continuar amándonos como siempre —le dije en respuesta a su comentario.

A pesar de que nuestras vacaciones se habían acertado muchísimo con lo de la enfermedad de Marcelo, decidimos tomarnos un tiempo para nosotros y así organizar nuestra boda. Todo quedaba perfecto y coincidía con la reinauguración del restaurante por el incendio. En cuatro semanas nos casábamos y la celebración sería en nuestro restaurante, no había otro lugar tan perfecto para esa ocasión tan especial.

Esa noche fue algo atípica, nos fuimos a la cama, nos abrazamos, nos acariciamos y nos besamos, pero no hicimos el amor de forma física, hicimos el amor de forma mental y fue algo tierno y maravilloso, nos quedamos dormidos abrazados como si no quisiéramos separarnos nunca. Cuando despertamos, ya estaba ese rico olor a café tan particular de la señora Alicia que nos esperaba con un delicioso desayuno, diferente para mí y para Marcelo porque a él necesitábamos consentirlo y cuidarlo.

—Buenos días señora Alicia ¡Qué bueno tenerla con nosotros! No sabe la alegría que me da el despertar y sentir el aroma del café que usted nos hace, es demasiado gratificante —le dije mientras me acercaba con Marcelo a la mesa.

—Buenos días, señor Alicia, gracias por estar con nosotros una vez más —le dijo Marcelo mientras se sentaba un poco convaleciente en la mesa.

—No sigan con esos mimos, miren que me van a hacer llorar. Yo a ustedes los quiero como si fueran mis hijos —nos dijo la señora Alicia mientras se sentaba después que le hicimos seña con la mano para que tomar asiento junto a nosotros.

—Hoy es un día especial para nosotros, porque hoy es el día en que planificaremos nuestra boda, nos queda mucho por hacer —les dije mientras iba degustando el desayuno que muy amablemente nos preparó la señora

Alicia.

La señora Alicia había traído algunas revistas sobre bodas, pero en mi caso no las podía ver, así que Marcelo las iba revisando en detalle, mientras me iba leyendo algunas cosas que consideraba interesante.

—¿Mi vida y si contratamos a un especialista en planificación de bodas? — me preguntó Marcelo —Se me ocurrió la idea, así sólo te sentaras con ella y le dirás qué es lo que quieres o qué es lo que buscamos ¿Te parece? —Me pregunto muy inspirado.

La idea me parecía muy buena, tener una persona que pudiera cumplir el sueño de una boda como siempre había soñado era algo inigualable. Marcelo había atinado con esa propuesta, yo no lo había pensado y me pareció muy acertada para la ocasión.

Esa misma tarde contactamos a una planificadora de bodas, de las que recomendaban en la revista, ella se acercó a nuestra casa. Después de presentarnos algunos de sus trabajos, inmediatamente comenzamos a hablar de nosotros.

—Me gustaría saber cómo se conocieron y qué es lo más importante para ustedes. Quiero que me hablen un poco de cada uno para saber más o menos el concepto que quieren lograr para su boda —nos preguntó con una voz muy tierna que inspiraba lo mucho que le agradaba su trabajo.

Marcelo y yo quisimos iniciar al mismo tiempo, pero yo preferí darle la palabra a él. Quería emocionarme por saber cómo él contaba nuestra historia en cada palabra. Marcelo manifestaba que se enamoró de mí desde el primer día era algo que siempre dejaba claro en cada parte de su discurso. La joven mujer planificadora de bodas estaba muy sorprendida con nosotros, decía que en tantos años de experiencia éramos la pareja más bonita que había conocido.

Después de escuchar a Marcelo, me correspondió a mí decir cómo era mi boda soñada y cómo imaginaba mi vestido, porque también se encargaría está de cumplir ese sueño.

Cuando comenzamos a hablar del tema de la comida, ahí si la detuve. En ese momento le dimos a entender que éramos chef y dueño de un restaurante. Se

quedó muy sorprendida y admirada, después le planteamos que la boda la queríamos en el restaurante y ella concluyó en que sería el lugar ideal. Nos dijo que ya lo conocía y le encantaba también la comida que ahí se preparaba y sólo nos pidió hacer algunas recomendaciones para el momento de la elección del menú, pero que estaba totalmente de acuerdo en que todo se preparara ahí.

Después de unas largas horas de planificación, habíamos sido un poco exigentes. La planificadora se retiró de la casa y al día siguiente nos había enviado un e—mail con todo lo que ella pensaba que podía hacer. Nos citamos para la tarde y nos trajo un álbum con la maqueta de la decoración, aunque yo no podía mirar las fotos, Marcelo me describía los colores y en cada uno de ellos estaba reflejado nuestro amor con el verde de la montaña, el rojo las flores, el olor a vainilla y ese toque personal que nos diferenciaba de todas las otras parejas.

Nos había pedido de lista de invitados y casi que entrábamos en discusión Marcelo y yo, porque él quería invitar a todos sus amigos de la infancia que serían un total de trescientas personas. Yo sólo tenía gente muy seleccionada que, contadas, no alcanzaban a ser más de cincuenta personas y todas de mi familia. Ya era mi segundo matrimonio y tenía cierta experiencia en cuanto a la lista de invitados, así que logre que Marcelo se pusiera de acuerdo conmigo y depurar a su famosa lista reduciéndola a cien.

Al día siguiente, teníamos una cita por separado, yo con la planificadora para medirme algunos vestidos y Marcelo con su asistente para hacerse el traje a la medida. Le había pedido a mi madre y a mi suegra para que estuvieran conmigo. Llegamos a uno de los mejores sitios, según la planificadora, donde los diseñadores ofrecían sus mejores vestidos. Yo quería uno sencillo pero que fuera muy romántico, con encajes y algunas flores delicadas, un poco ceñido al cuerpo pero que no fuera un traje de salón, quería que se sintiera como un traje de novia.

La planificadora entró con la ejecutiva de ventas y trajeron seis vestidos de los cuáles mi madre y mi suegra tenían que coincidir en cuál era el ideal para mí. Ya la joven sabía qué es lo que buscaba y confiaba plenamente en su búsqueda.

Entre con ella al probador, me sentía muy nerviosa a pesar de que era la

segunda vez que me casaba, pero mi primera vez ante la iglesia, por eso era muy especial para mí. Cuando sentí que subía el cierre de mi primer vestido y me ajustaban en la parte de la cintura con algunas pinzas, pasé mis manos por mi cuerpo buscando sentir la textura de la tela. Fue una sensación única, sentí que había una fuerte conexión con ese vestido y podía estar segura de que ése era el que buscaba. Me ayudaron a salir hasta el salón y me hicieron subir en un escalón. Las palabras de mi madre y mi suegra me hicieron sentir segura de lo que había sentido en el probador.

—Es espectacular, hija —me dijo mi madre —Te queda precioso —continuó mientras podía escuchar cómo comenzaba a llorar.

—Es el vestido perfecto para ti, Cristina. No tengo más palabras —me dijo mi suegra.

La planificadora decía que ese vestido cumplía con todo lo que yo había pedido en su vestido soñado, pero que aún quedaban cinco más por probar.

—No, ya no quiero probarme los otros vestidos. Desde u principio sentí esa conexión con este y puedo decir con toda la seguridad del mundo, que éste, es mi vestido —le dije mientras comenzaba a llorar de alegría.

Mi madre y mi suegra se levantaron y me abrazaron mientras ellas aplaudían. Dentro de todo estaba siendo una clienta muy fácil y eso les dejaba más tiempo en su agenda. Luego mi madre mi suegra aprovecharon la sugerencia y se midieron algunos vestidos que también compraron. Fue un momento de chicas donde todas habíamos salido muy complacidas.

Le marqué a Marcelo para conocer cómo le estaba yendo a él con mi hermano y sus primos y me dijo que ya habían escogido todo y que había sido muy rápido, por lo que le hice el mismo comentario con nosotras y se había quedado muy tranquilo al saber que todo estaba marchando bien.

Al día siguiente era el momento de ir al restaurante con la planificadora y ya estaba listo para la reinauguración y por ende el momento de nuestra boda estaba llegando. Se habían escogido los bocadillos, el plato fuerte y el postre que se iba a servir. El pastel quedaba en mis manos, pero con la ayuda de mi asistente y de la gran señora Alicia.

La prensa estaba muy pendiente de nosotros, nos enviaban e—mails y

comentarios en nuestros blogs, querían conocer la fecha exacta de la boda, pero nosotros quisimos que fuese un evento muy íntimo, algo muy nuestro, sin la presión de una noticia que fueran a vender. Ya después habría momento para dar esa tan esperada entrevista que nos haría las celebridades importantes que siempre habíamos soñado Marcelo y yo.

Me sentía exhausta por todo lo que se había logrado, pero realmente sin la ayuda de esa planificadora de bodas, no lo hubiera podido lograr a la perfección. Todo había pasado muy rápido y el día de la boda había llegado, pero la tranquilidad de saber que lo que habíamos pedido estaba dispuesto para que fuera el evento más especial de nuestras vidas, no tenía precio.

—¡Estas hermosa, hija mía! —me dijo mi padre —Quiero que seas la mujer más feliz de este mundo, te mereces lo mejor y sé que Marcelo es ese hombre que Dios ha dispuesto para ti —me dijo sollozando un poco.

—Quiero que sientas mi felicidad, padre. No siento ninguna limitación en mi vida, aprendí a ver con el corazón y me veo bañada en amor, en el amor de mi familia y la que a partir de hoy voy a construir con Marcelo —le dije con mucho sentimiento —He sufrido mucho, pero también he aprendido y me quedo con lo que he cosechado porque ha sido el fruto de un maravilloso trabajo en equipo al lado de mi gran amor, ese hombre maravilloso que ha decidido compartir su vida conmigo, Marcelo.

Mi padre me abrazó y a través de mis palabras, supo que no había mejor elección. Se quedaba tranquilo al saber que lo había hecho bien, que Marcelo era lo mejor que me había pasado en la vida.

—¿Te vas a llevar tu bastón, hija? —me preguntó, mientras lo sostenía en su mano.

—No, a partir de hoy mi guía será mi corazón y aprendí a escucharlo para que no me fallara nunca más —le dije a mi padre mientras lo abrazaba y le pedía que nos fuéramos a la iglesia porque no quería hacer esperar más tiempo a Marcelo.

Caminé hacia el altar del brazo de mi padre, con mucho orgullo, sin bastón y podía escuchar como muchos murmuraban y se preguntaban si ya podía ver, pero sí, mi corazón me hacía imaginar ese camino lleno de rosas por el que transitaba hacia mi felicidad.

Mi padre me entregó en las manos de Marcelo y ahí comenzó la ceremonia que finalizaba con el felices, hasta que la muerte nos separe. Cuando todos gritaron ¡Que vivan los novios! Fue el momento en que caí en cuenta que ya era un hecho nuestra unión para siempre.

Marcelo no me soltaba, era como si tuviéramos una esposa entre nuestras muñecas, me sentía enlazada a él desde lo más profundo de mí ser. Nada podía empañar la felicidad que sentía con cada palpitación en mi corazón.

Cuando llegamos a la celebración, fue un momento mágico, sentir la cálida música y el aroma a vainilla que se combinaba a la perfección con las rosas rojas que había escogido para la decoración me hacia volar, me sentía muy enamorada. La planificadora estaba en la entrada esperándonos y nos llevó hasta el pastel.

—Le coloqué un detalle especial —nos dijo.

—¡No puede ser! Era lo que faltaba —me dijo Marcelo muy emocionado — Son una pareja de chefs con nuestros nombres, mi vida —continuó Marcelo, muy conmovido.

—¡Que alegría! Deben ser perfectos, no se me había ocurrido —le dije a Raquel, la planificadora —Muchas gracias por hacer nuestro sueño realidad, gracias por todo —le dije mientras le daba un caluroso abrazo.

La joven muy agradecida por nuestro trato se despidió satisfecha con todo lo que había logrado y nosotros no cabíamos en la emoción.

Todo estaba transcurriendo como se había dispuesto. Marcelo y yo nos habíamos retirado para irnos de luna de miel a nuestra montaña, a terminar lo de las últimas vacaciones que habíamos suspendidos hace un mes. Cuando regresamos, nuestra vida era más bonita, estábamos muy conscientes de lo que habíamos jurado ante el altar, amarnos por siempre.

Decidimos dar esa tan esperada entrevista, pero quisimos hacerlo en nuestro restaurante, en la gran cocina y terminaron por ir más de diez representantes de los más importantes medios de comunicación del país. Ahí me pidieron en particular que contara mi historia, de cómo siendo una ciega podía hacer maravillas en la cocina y les dije después de hablarles sobre eso, que la vista también venía del corazón, porque yo tenía la ventaja de ver la realidad a

través del amor y eso hacía cuando preparaba algún postre.

Me levanté y fui por algunos instrumentos de cocina y los ingredientes para preparar mi postre favorito de vainilla, esta vez me sentía tan segura de mí misma que no quise tener un ayudante. Marcelo me preguntaba en silencio que si estaba bien y le pedí que confiara en mí.

Preparé una bandeja de panecillos con una crema de vainilla y les día a probar a todos. Después de deleitarse con su sabor, se levantaron a aplaudir.

Al día siguiente, Marcelo y mi familia leían la reseña de nosotros y nuestro restaurante donde reflejaban las maravillas que ahí servíamos y la excelente atención y a mí me dedicaron un párrafo en el que resaltaban mi valentía y la admiración que sentían de haberme conocido.

Mi nombre se conocía en varias partes del mundo y muchas veces iba como chefs invitada a algunos importantes restaurantes en los que solo se atendían a grandes personalidades.

Marcelo y yo habíamos logrado tener a la familia que tanto habíamos soñado y en el momento preciso, Dios nos había premiado con la llegada de unas hermosas gemelas.

Antes de quedar ciega, miraba solo lo que quería ver a través de mis ojos y siempre había vivido ciega del corazón y por no querer escucharlo, llevaba una vida infeliz. El destino me enseñó a mirar a través del corazón, es lo que necesitamos muchas veces para entender el amor.

Fin